

REINARÉ EN ESPAÑA

NÚMERO EXTRAORDINARIO



MC-1926

VALLADOLID

1939

Preciosa colección de cuadros, en fotograbado, para la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en los hogares cristianos

Hermosa estampa con los principales monumentos de España en homenaje al Sagrado Corazón de Jesús, en cartulina tamaño 42 X 49 centímetros, una peseta. Dos cuadros tamaño 42 X 27, representando uno la *Gran Promesa* al P. Hoyos, y el otro el Sagrado Corazón de Jesús sobre la *barca* del Santuario, con la invocación «Sagrado Corazón de Jesús, sálvanos que perecemos», a 0,50 céntimos uno. La colección completa 1,80 pesetas. Estos mismos cuadros en estampas: 2 pesetas el ciento, y con oración en el reverso 2,50 pesetas el ciento.

POSTALES para el correo, al precio de 10 céntimos cada una y a una peseta la docena.

PAPEL DEL ESCRIBIR CARTAS Nuevos modelos, con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y las palabras «Reinaré en España», todo en relieve. Cien pliegos 5,75 pesetas; incluyendo nombre, apellidos y dirección del interesado, 8 pesetas.

ARTÍSTICAS INSIGNIAS ESMALTADAS, que sirven como distintivo para los devotos del Sagrado Corazón de Jesús, o como adorno o emblema para los católicos. Llevan en el centro el Sagrado Corazón sobre una cruz blanca, a los lados el escudo de España, y alrededor la siguiente inscripción: «Reinaré Santuario del Sagrado Cora-



zón. Valladolid». Van sobre pasta de cristal con los colores nacionales, a 4,50 ptas. Existen varios modelos, que sirven muy bien para regalos.

Alfiler para señoras, 2,75 pesetas; botón para solapa de caballeros, 2,75 ptas.; alfiler largo imperdible para señoras, 3,85 pesetas; gemelos para puños, 5 pesetas, etc.

PARA PEDIDOS: «Museo del Sagrado Corazón de Jesús»,
Palacio Arzobispal.—VALLADOLID

"CASA DEL LIBRO"

OBJETOS DE ESCRITORIO
LIBROS DE TEXTO

SE COMPRAN GRANDES
Y PEQUEÑAS BIBLIOTECAS

LIBRERIA

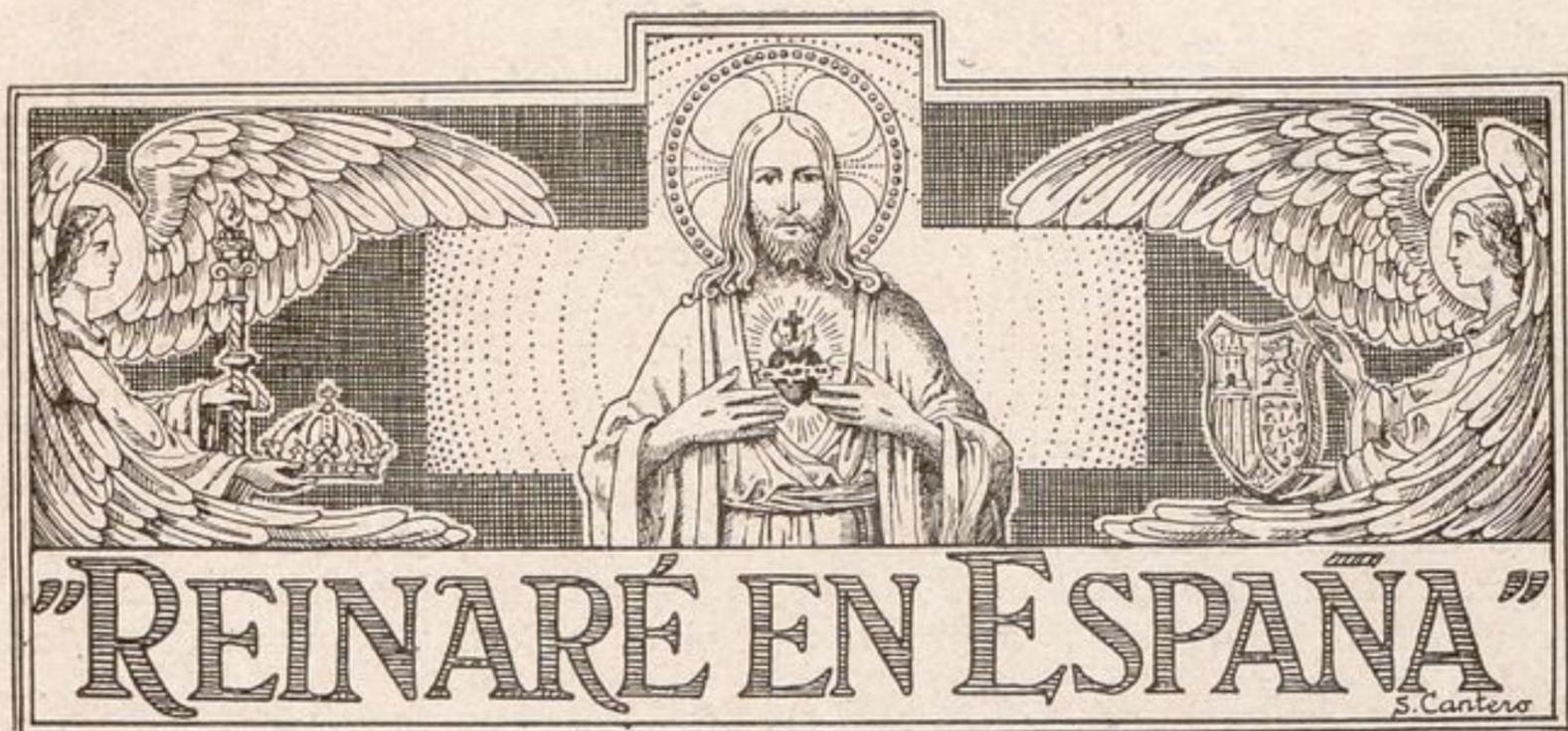
Angustias, 19 :: VALLADOLID

"Reinaré en España"

PRECIOS

de suscripción por año		de anuncios por año	
España.	5,00 ptas.	Una plana.	250 ptas.
Otros países	7,00 »	Media plana	135 »
Número suelto	0,60 »	Un cuarto de plana	75 »
		Un octavo de plana	45 »

Precio de este número extraordinario: DOS pesetas



REVISTA MENSUAL, BENDECIDA POR SU SANTIDAD PÍO XI
ÓRGANO DEL SANTUARIO NACIONAL DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

AÑO VI

VALLADOLID, MARZO-ABRIL DE 1939

EX LIBRIS

NUM. 57

¡Viva Pío XII!

En todos los pueblos del orbe católico ha resonado este grito universal, entusiasta, atronador.

La Iglesia, huérfana durante breves días, cuando apenas había enjugado sus lágrimas por la muerte del Santo Pontífice Pío XI, mostró su júbilo clamoroso por la elevación del Emmo. Cardenal Eugenio Pacelli al primer trono del mundo.

Y como los hijos no pueden menos de participar de la exultación de la Madre, los católicos han sentido su corazón inundado de gozo no sólo porque tienen fe en la virtualidad intrínseca del Pontificado, cuya enseñanza infalible es luz que ilumina a todo hombre, sino porque las cualidades del elegido llenan las aspiraciones de todos.

«Nos mueven a hacer este nombramiento —decía Pío XI al designar al Cardenal Pacelli para la Secretaría de Estado— ante todo la confianza nacida de vuestro espíritu de piedad y de oración, que no pueden menos de propiciarle la ayuda divina, así como las altas dotes con que Dios os ha enriquecido, de las que tan brillantes pruebas habéis dado, singularmente en las dos Nunciaturas de Baviera y Alemania, en donde habéis sabido hacer tan buen uso de esas profundas y brillantes cualidades, para gloria del Divino Dador y en servicio de su Iglesia».

He ahí trazados por la mano más autorizada los rasgos fundamentales de Pío XII.

JOAQUÍN DÍAZ

Cuando fué a la Capital de la Argentina en calidad de Legado Pontificio en el Congreso Eucarístico internacional, corrió por Buenos Aires que en la habitación donde se recogía no era necesario hacer la cama, porque el Legado Pontificio dormía sobre una alfombra, en el suelo. Al pueblo argentino no le pudo extrañar esta noticia, cuando le contempló en la carroza, adorando, de rodillas, al Santísimo que llevaba sobre un reclinatorio. Iba inmóvil, unidas las manos, cerrados los ojos y así permaneció el entonces Cardenal Pacelli como un ángel, durante las dos horas que duró la magna procesión. Cuando le exhibieron días después la película documental obtenida de aquel acontecimiento grandioso, quedó extrañado el Cardenal al verse y admirado al contemplar la multitud imponente que rendía honores a Jesús Sacramentado, como heredera del amor de España a la Eucaristía...

He ahí otro rasgo expresivo del Pontífice a quien designa la llamada profecía del Obispo S. Malaquías con el título de «Pástor Angélicus»...

De nuevo se sienta en la Silla de Pedro un «hombre, que —al decir de Veuillot— se parece a los otros y que no ha nacido para las obras comunes... Es el hombre a quien dijo el Salvador: «Estoy contigo». Hay en esta carne mortal más inmortalidad que en nosotros; el espíritu contiene más elemento divino. Enseña, avizora, libera, reina; tiene las llaves del Cielo, que abre o cierra con sus manos. No es el príncipe de la fuerza, ni del oro, sino el Príncipe de la Fe. Es un rey: el único que puede responder delante de los hombres de la solidez de su trono».

Porque se cumplirá hasta el fin de los tiempos aquella promesa de la Eterna Verdad, hecha al Apóstol Pedro, escrita en las páginas del Evangelio y entallada con imborrables caracteres alrededor de la majestuosa cúpula de Miguel Angel, que sirve de corona a la tumba del Príncipe de los Apóstoles: «Tú eres Piedra y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las potestades del infierno jamás prevalecerán contra Ella»...

Como todos los demás Pontífices, es la Santidad de Pío XII todo lo que del Vicario de Cristo en la tierra decía San Bernardo: Pastor del rebaño de Cristo, Llaverero de la Casa de Dios, Pastor de los Pastores, Sacerdote magno, Pontífice Sumo, Príncipe de los Obispos, Heredero de los Apóstoles, Abraham por el Patriarcado, Melquisedec por el Orden, Moisés por la Autoridad, Aarón por el Sacerdocio, Samuel por la Judicatura, Pedro por el Poder y Cristo por la Unción.

El mundo católico le ha aclamado enfervorecido, y aun los mismos que están alejados del hogar del Padre común no le han negado su testimonio público de veneración, como el que se tributa por los corazones extraviados a todo lo que es santo y puro, a todo lo que lleva el sello de la justicia o destella rayos de divinidad...

Sea, pues, para él, como lo fué para sus excelsos antecesores, nuestra sumisión absoluta, nuestra fidelidad sin límites, nuestra obediencia más rendida y nuestro afecto más tierno y filial.

REINARÉ EN ESPAÑA quiere condensar todo su fervor y toda su alegría en el vibrante vítor con que ha estampado por vez primera el nombre del nuevo Sumo Pontífice:

¡VIVA PÍO XIII!



SU SANTIDAD PÍO XII, en su primera bendición.

Mensaje de amor y de paz

Al iniciarse el día primero de su Pontificado, Su Santidad Pío XII se dirigió al mundo por medio de la radiotelefonía, para dictar su augusto mensaje de Paz. Era el primer acto que realizaba con su sagrado carácter de Pastor universal de los fieles: y fueron estas primeras palabras encendidas, cordiales, anhelosas de paz y de hermandad entre los hombres de buena voluntad.

«Invitamos – dijo el Papa – a todos los hombres a la paz de las

conciencias, al amor de Dios y a vivir en armonía. En estas horas turbulentas y difíciles hacemos un llamamiento a los Jefes de todas las Naciones, sobre los que pesa una gran tarea».

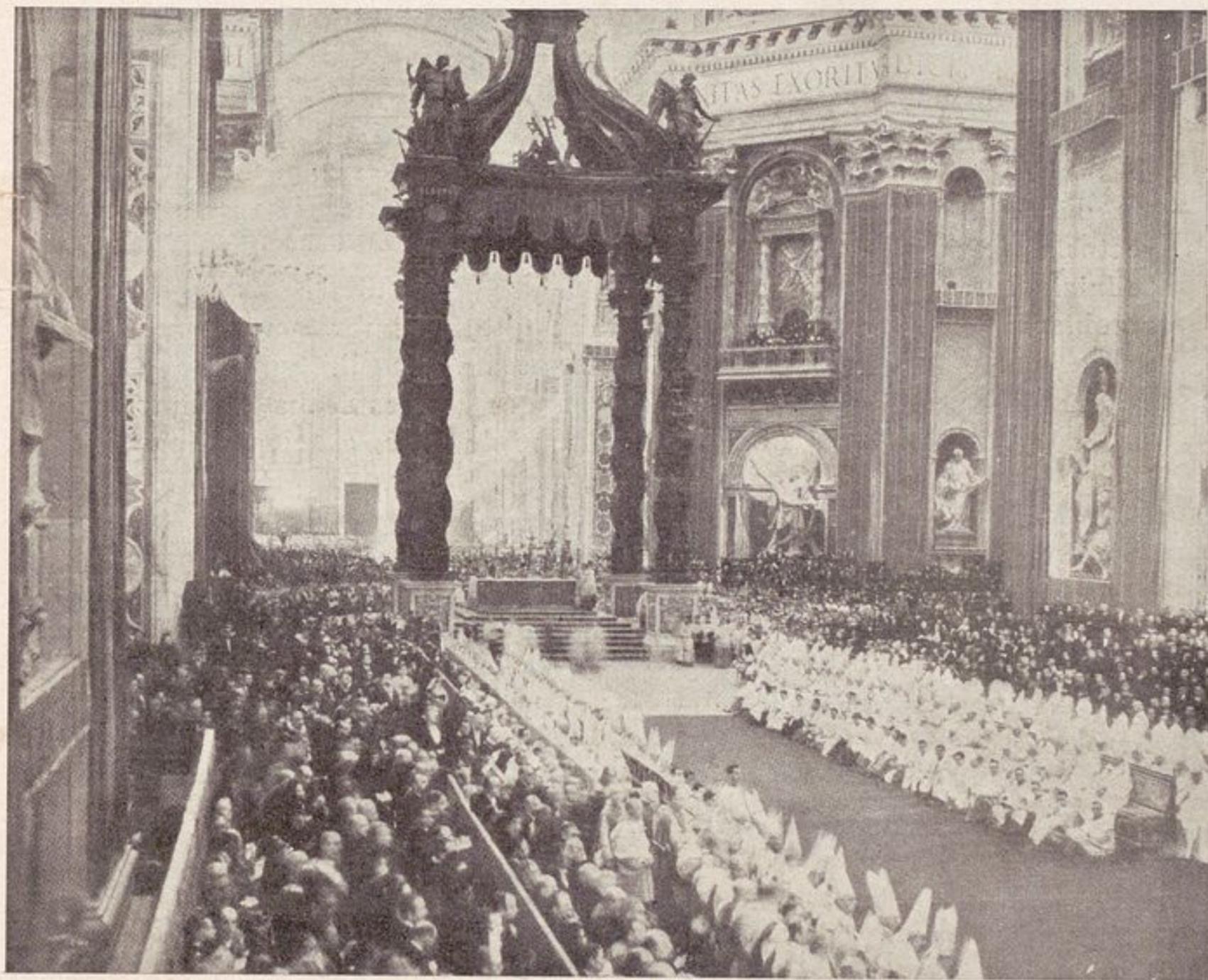
Estas palabras augustas del nuevo Papa en su mensaje augural de reconciliación y de paz, al llegar a todos los rincones del mundo, habrán llevado a muchos organismos estatales un noble impulso de meditación y de calma. En el am-



Su Santidad Pío XII, en la Capilla Sixtina, recibiendo la obediencia de los Cardenales. A los pies del Romano Pontífice el Eminentísimo Sr. Cardenal Maglione, hoy Secretario de Estado, seguido de los Emmos. Cardenales Gomá y Tomás, Vidal y Barraquer y Verdier.



Su Santidad desde el balcón central de la fachada de S. Pedro da su bendición *urbi et orbi*.



La gran nave de S. Pedro y el Altar de la Confesión bajo el gigantesco baldaquino de Bernini durante la primera Misa Papal de Pío XII.

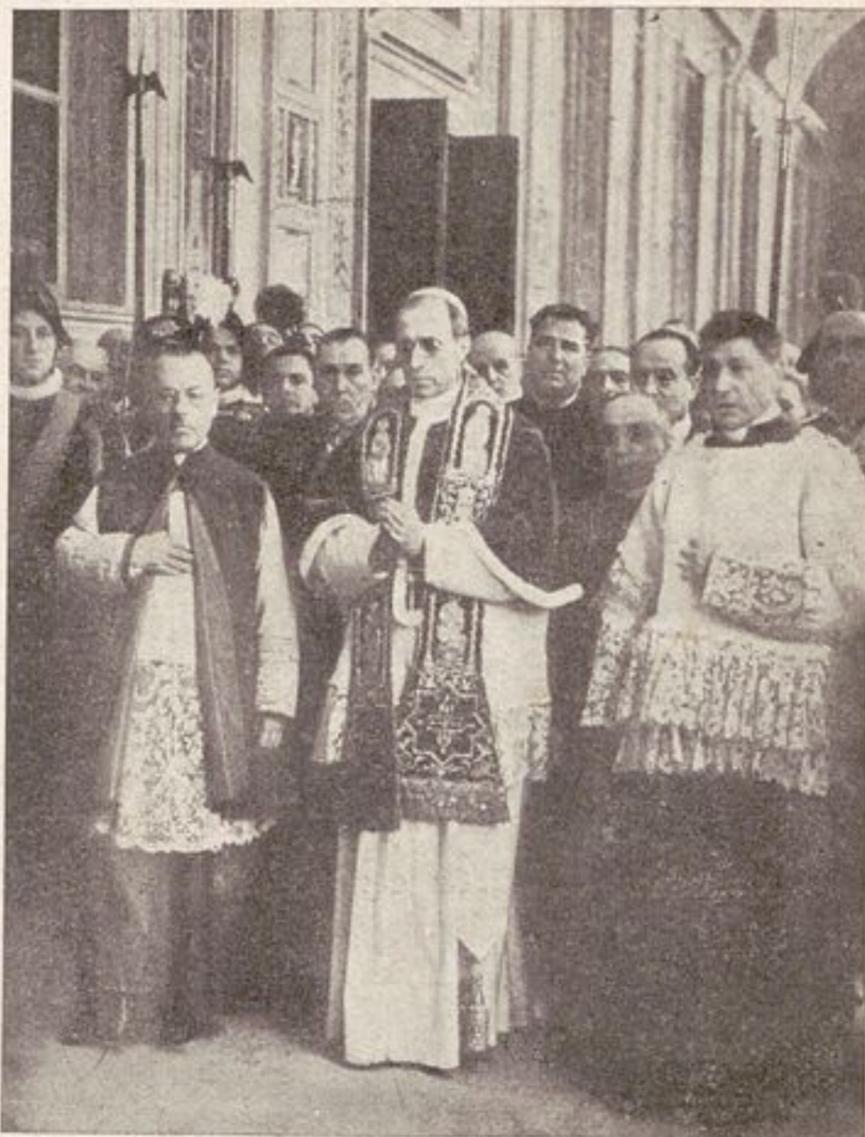
biente internacional, tan saturado de difíciles problemas, se ha dejado oír una voz, unida de acentos divinos, modulada por la honda hermandad cristiana, por la nobleza y el desinterés. No hay en ella acentos de amenaza: son palabras penetrantes y rectas como brazos dispuestos a la acogida efusiva y cordial. No tiene el mensaje del Papa intenciones ocultas ni intereses escondidos: es claro, limpio y puro como la verdad evangélica que representa.

«Urbi et Orbi...» Para la Ciudad y para el Orbe se ha alzado, ofreciendo su vida en holocausto de amor y de paz, al inaugurar su Pontificado, la voz apostólica de Pío XII. El mundo ha de escucharla, sin duda. Ella señala la trayectoria de un Reinado que se inicia. No en vano el escudo



E. Card. Pacelli

Escudo y firma del Cardenal Pacelli, cuando siendo Secretario de Estado, comunicó a REINARÉ EN ESPAÑA, la dádiva inestimable de la bendición de Pío XI a nuestra Revista.



Su Santidad Pío XII se dirige hacia la Capilla Sixtina para dar lectura al mensaje de paz que dirige al mundo.

arzobispal del que es ya Pío XII llevaba junto al simbolismo prometedor de su antiguo nombre Pacelli, y como divisa de su escudo en que se destacaba la simbólica paloma con el ramo de oliva, este lema elocuente: *Opus justitiae, pax*, «Obra de la justicia, la Paz».

Y este anhelo espiritual, reciamente evangélico, se ha hecho carne fecunda en este primer mensaje de Pío XII, «Mensaje de Amor y de Paz».

El amor a la paz es, pues, el sentimiento que culminará en la obra bienhechora de Pío XII. La paz, la paz para todos es su anhelo vivísimo, su aspiración trascendental, el impulso de su corazón de Padre universal.

¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!
¡Bendito el que viene en alas del amor bendiciendo la paz, anunciando la paz, augurando la paz, procurando la paz...! ¡Pástor Angélicus!

Semana Santa del III Año Triunfal

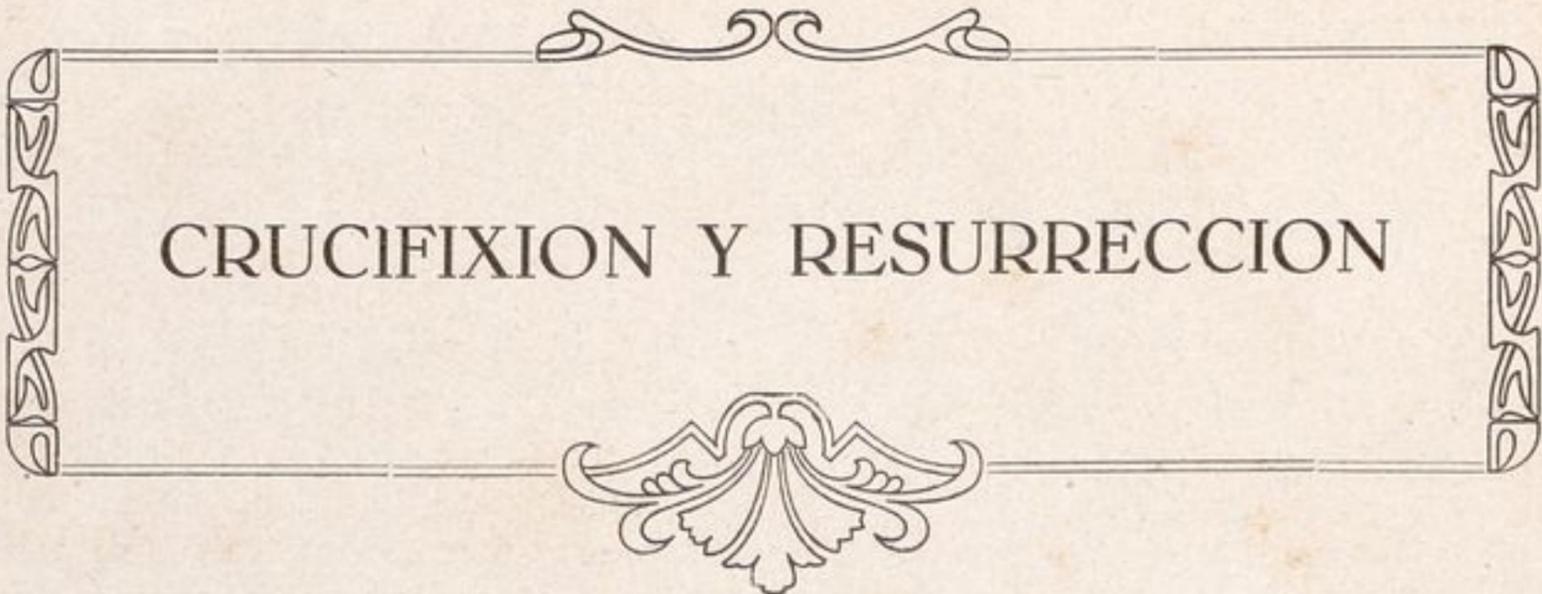
Nos hallamos una vez más cara a cara del gran acontecimiento... Pasan los días y los años y los siglos, empujados por una mano invisible, y, sin que haya perdido nada de su fuerza evocadora, nuevamente retorna la gran Semana con sus misterios, con sus tinieblas y con sus dolores... Ni el tiempo, ni las grandes preocupaciones de la Humanidad, ni las grandes catástrofes sociales, ni las hecatombes espantosas han privado de su interés inmenso al drama del Calvario. ¡Son conmovedoras aquellas escenas en que luchan la justicia y la misericordia, el amor de Dios y las pasiones de los hombres, la caridad suprema, que se entrega en sacrificio, y la suprema ingratitud que entrega a la muerte al que es Autor de la vida! La Humanidad no quiere olvidar aquella página sangrienta de su historia. La recuerda todos los años con amor indecible. En el templo, en la calle y en el hogar los hombres rinden tributo al recuerdo de la Pasión del Salvador. La vida misma queda como en suspenso. Y en este silencio sublime, parece como que se oye todavía el respirar fatigoso del Divino Mártir, que, levantado en una cruz, entre el cielo y la tierra, entre el tiempo y la eternidad, da su sangre y su vida como precio de redención. ¿Qué significan ante aquel suceso todos los trastornos de la historia y todas las revoluciones políticas?

Ante el cuadro de la Redención palidecen las más grandes realidades. Ante la figura del Divino Redentor se empequeñecen las más altas y prestigiosas figuras de la historia. Las más grandes conquistas de la Humanidad son nada ante los bienes que de lo alto de la Cruz descendieron sobre la tierra.

¡Veinte siglos! ¿Qué no ha cambiado en ese tiempo? La civilización, las leyes, las instituciones, los usos y costumbres, las lenguas, la faz misma de la tierra... ¡Cuántos cambios y vicisitudes! Entre tanto, sólo la Cruz permanece. ¡Stat Crux, dum volvitur orbis! En lo alto del Calvario sigue la Cruz extendiendo en el aire sus brazos amorosos. Y no sólo en el Calvario, sino en todos los pueblos civilizados. Por todas partes se alza como signo de redención y de vida, no obstante todos los esfuerzos del averno para derribarla.

¡Callad, callad durante estos días, hombrecillos miserables apartados de la Cruz! Ni vuestra ciencia, ni vuestros descubrimientos, ni vuestras promesas de felicidad nos interesan... Vuestras voces son ruido molesto; vuestra elocuencia no es más que gárrula palabrería. Dejados escuchar en silencio las elocuentes lecciones de aquel Cuerpo ensangrentado, que por todas sus heridas, nos dice palabras vivificantes, que llevan al alma dulzura y alegría.. Por todas sus heridas, sobre todo por la del costado abierto, entrada del sagrario de aquel «Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha perdonado medio alguno hasta consumirse por ellos de amor...»

¡Dejados escuchar las amorosas lecciones del Corazón divinísimo de Jesús!



CRUCIFIXION Y RESURRECCION

En todas estas semanas que constituyen la *Santa Cuaresma* y el *Tiempo Pascual*, anhela la Santa Iglesia Nuestra Madre producir o vigorizar en todos sus hijos la vida cristiana, para que todos espiritualmente resucitemos con Jesucristo y participemos espiritualmente de su vida y así merezcamos llegar un día a la plenitud de la vida que al hombre corresponde en el presente orden de Providencia; vida que es la perfección total y definitiva del vivir humano y divino, natural y sobrenatural, para el alma y para el cuerpo.

Como se ve, en la *clave del arco* que forman la *Santa Cuaresma* y el *Tiempo Pascual*, está la Solemnidad de las solemnidades cristianas, la *Fiesta de la Resurrección de Jesucristo*, que es simultáneamente la proclamación del Misterio santísimo y santificador de la Resurrección del Divino Crucificado y la proclamación de la sublime ejemplaridad, divinamente aleccionadora que encierra este Misterio de Vida, resonancia de la Natividad de Jesucristo, otro Misterio de Vida; en éste nace Jesucristo de las entrañas de María, fecundadas por la efusión del Espíritu Santo; en aquél, treinta y tres años más tarde, renace el Redentor a vida gloriosa e inmortal, de las entrañas de la tierra, regada con la efusión de la Sangre del Verbo humanado.

Pero no se puede entender adecuadamente el Misterio de la Resurrección de Jesucristo sin penetrar el Misterio de su Muerte en la Cruz. Es íntima e indestructible *la conexión entre la Resurrección y la Crucifixión*. Las raíces de la gloria y de la exaltación de Cristo en su Resurrección son las mismas raíces del árbol de la Cruz. Ved por qué a este trabajo le hemos dado un título que en síntesis epigráfica lo hemos redactado así «Crucifixión y Resurrección».

Enseñanzas fundamentales.

Es una verdad históricamente cierta y un dogma de la Fe Católica la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; verdad histórica y verdad dogmática, de inmensas e incalculables derivaciones morales y aplicaciones prácticas a la vida de los individuos, familias, pueblos y naciones.

De aquí la *necesidad de recordar esta verdad transcendental* de la Resurrección de Nuestro Divino Redentor, y no sólo recordarla, sino meditarla asiduamente y predicarla frecuentemente.

Y hoy *acaso más que nunca*, porque tanto y tanto se habla de resurrección, pero con tal imprecisión y desorientación, que nos tememos sean no pocos los que hablando tanto y tanto de la resurrección de España, por aquella imprecisión y desorientación con que hablan, queden ellos y dejen a España en

el sepulcro de sus desdichas y de sus malas costumbres, de sus pecados y escándalos, manifiesta u ocultamente sometida a las potestades del Averno y al poder mortífero de tantos enemigos como tiene en la tierra.

Importancia y alcance de la Resurrección.

Recordemos, pues, el artículo quinto del Símbolo de la Fe Católica, que dice así: «Descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos».

Dos partes tiene este artículo; fijemos la consideración en la segunda.

El Apóstol San Pablo a su discípulo Timoteo, Obispo, escribía: «Ten bien presente en la memoria que Jesucristo Nuestro Señor resucitó de entre los muertos». Y ¿qué maravilla que hiciera esta recomendación el Apóstol a aquel santo Obispo y discípulo suyo queridísimo cuando Nuestro Divino Redentor, antes de subir a los Cielos, encargó a los Apóstoles que se esparcieran por toda la tierra y por toda ella testificaran que Él había resucitado?

Puede afirmarse que una de las razones principales de la institución del Episcopado es para que todos los Obispos en todos los tiempos y lugares prediquemos la Resurrección de Jesucristo. ¡Oh espectáculo sublime! Millares y millares de Obispos, a lo largo de los siglos, por toda la tierra, proclamando esta verdad histórica y dogmática: Jesucristo verdaderamente resucitó.

Y ¿por qué debemos tener tan presente la Resurrección de Jesucristo y por qué instituir el Episcopado y encargarle *que con tanta insistencia testifique y predique la Resurrección de Jesucristo?*

El Apóstol San Pablo con su conducta y sus enseñanzas responde admirablemente a esta pregunta. El fué predicador incansable de la Resurrección de Jesucristo, como lo fué de su Crucifixión, y en sus Epístolas a cada paso nos habla de Cristo que fué crucificado y resucitó, y llega a escribir aquellas magníficas palabras: «Yo no sé nada más que a Cristo y éste crucificado», (I. Cor., II, 2); palabras que debemos completar añadiendo «y resucitado», porque el Misterio de la Cruz tiene su complemento en la Resurrección y ciertamente la ciencia del Apóstol, acerca de Jesucristo, era completa. El creía y sabía a Cristo muerto en la Cruz; *pero no vencido y derrotado en la Cruz*, ni postrado y deshecho en el sepulcro, sino vencedor y triunfante entre esplendores de gloria en su Resurrección. ¡Oh qué conexión entre el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección!

Sí; la Resurrección es el complemento de la Obra de nuestra Redención.

Como enseña el Catecismo Romano, «Cristo con su muerte nos libró de los pecados y resucitando nos restituyó los bienes principales que pecando habíamos perdido». Esta doctrina del Catecismo Romano está basada en aquel texto del Apóstol en su carta a los Romanos, cap. 4, vers. 25: «Christus traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram». Jesucristo se entregó a los tormentos y a la muerte de Cruz para librarnos de nuestros pecados y resucitó para darnos los dones preciosísimos de la justificación.

Es que la redención del hombre implica dos factores: uno negativo y otro positivo; el primero es la destrucción del pecado, el segundo la construcción en el hombre del edificio maravilloso de la gracia y las virtudes. El factor negativo es de Jesucristo que muere y el factor positivo es de Jesucristo que resucita.

De aquí se deduce con qué frecuencia y diligencias hay que predicar acerca

de la Crucifixión y Resurrección de Jesucristo, principalmente durante la Santa Cuaresma y tiempo Pascual.

La materia es abundantísima y puede exponerse en mil formas muy variadas, combinando estas verdades de nuestra fe con otras muchas, y así dar a los fieles alimento sustancioso y que lo coman con gusto y gran provecho, con grandes provechos. ¡Son tantos los bienes que se derivan del Misterio de la Resurrección de Jesucristo y de su predicación!

Mas no olvidemos que *no puede haber Resurrección sin Crucifixión*, ni pudo haber Crucifixión sin Resurrección. Jesucristo no podía quedar vencido y derrotado en la cruz, postrado y deshecho en el Sepulcro. Y lo mismo debemos afirmar de los individuos, familias, pueblos y naciones: si queremos resucitar con Jesucristo, es necesario que vivamos crucificados con Él. ¡Cuán hermosa y divinamente expone esta doctrina el Apóstol San Pablo!

Bienes preciosísimos de la Resurrección.

Beneficios que nos ofrece la Resurrección de Nuestro Señor. Basta enumerar algunos y explanarles sucintamente.

Primero.—La Resurrección de Nuestro Redentor es el fundamento de nuestra fe.

Como enseña el Apóstol, *si Jesucristo no resucitó, nuestra fe no tendría consistencia*, sería algo vacío de todo sentido y realidad, sería una ficción y quimera, una ilusión, un delirio, una locura, una insensatez... ¡Ah! pero como la Resurrección de Jesucristo es un hecho indubitable, certísimo, dogmática e históricamente, nuestra Fe tiene un fundamento solidísimo, firmísimo, incommovible.

No serían los pensamientos y los sentimientos de los hombres, de los católicos, a veces tan tornadizos, si en su ciencia y conciencia llevasen el conocimiento claro, la convicción firme, la persuasión íntima de la Resurrección de Jesucristo, con la fe en ella bien plantada y bien arraigada. Mas desgraciadamente es tanta la superficialidad y frivolidad de la vida religiosa de tantos cristianos...

Segundo.—Otro beneficio que produce el gran Misterio y verdad histórica de la Resurrección de Jesucristo es darnos el sostén y el acicate de nuestra Esperanza.

Resucitó Jesucristo y nosotros también resucitaremos, porque Él es la cabeza y nosotros los miembros de su cuerpo místico. Es doctrina del Apóstol San Pablo. ¡Qué consoladora y confortadora!

Al contemplar a Jesucristo resucitado y glorioso, inundado de luz, impregnado de vida en su alma y en su cuerpo... podemos decirnos a nosotros mismos, aunque nos veamos sumidos en el abismo de las más atroces miserias del espíritu y en las más nauseabundas miserias del cuerpo: yo también *resucitaré espiritualmente y corporalmente, si me abrazo con la cruz y en ella muero amorosamente enclavado como mi Redentor y Maestro Jesucristo.*

Estas ideas llenaban el corazón de San Pedro cuando escribía los primeros versículos de su primera Carta y no pudiendo contener el gozo que le daba esta esperanza, exclamó: «Benedictus Deus, et Pater Domini Nostri Jesu Christi, qui secundum misericordiam suam magnam regeneravit nos in spem vivam, per Resurrectionem Jesu Christi ex mortuis in hereditatem incorruptibilem».

¡Bendito sea Dios, bendito sea el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por medio de la Resurrección de Jesucristo y usando con nosotros de su gran misericordia, nos ha regenerado dándonos una esperanza viva de que llegaremos a la herencia incorruptible, inagotable del Cielo!

¡Qué fuente de energías es la Resurrección de Jesucristo, por la esperanza que infunde en el alma! *Toda la historia de la Iglesia lo demuestra, y la historia contemporánea*, la de nuestros días en España, lo ilustra con los resplandores de tantas heroicidades realizadas con valor sobrehumano, por tener nuestros héroes la mirada puesta en la Corona inmarchitable de los laureles del Cielo.

Tercero.—Pero la Resurrección de Jesucristo no solamente es fundamento de la fe y alimento de la Esperanza, sino también incentivo de la Caridad.

Podemos decir con plena verdad y dulcísima complacencia: todos los tesoros de la Resurrección de Jesucristo, como todas las riquezas de su Crucifixión son para mí. «Christus dilexit me et tradidit semetipsum pro me». (Gal. II, 20).

Sí, Cristo me amó a mí, puso su amor y su corazón en mí, y para mi bien se entregó: se entregó al trabajo y a la oración, al dolor corporal y a los tormentos del espíritu, a la Pasión y a la muerte, a la Cruz y al Sepulcro, y para mi bien se entregó a la gloria y a la dicha, a la victoria y al gozo de su Resurrección, para que yo participe espiritualmente de este gozo y dicha y gloria y triunfe aquí en la tierra y después plenamente y también en cuanto al cuerpo allá en el cielo.

¿Cómo no amar yo a Jesucristo y su Ley?

.....

Injertos con púas de Cruz.

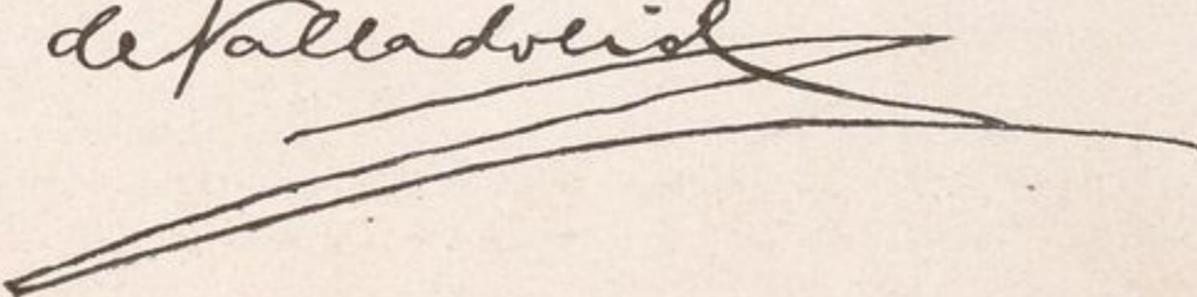
Hay que apremiar a las almas para que mediten la Pasión Santísima de Jesucristo. Así apreciarían en mucho los tesoros encerrados en Cristo Crucificado y estimarían los ejemplos sublimes de virtud que atesora.

Todas las enseñanzas esparcidas por Jesucristo con su lengua divina, las condensó y escribió con su Sangre preciosísima en las horas horribles de su Pasión sacrosanta.

.....

¡Qué transformación tan honda se obraría en las almas y consiguientemente en las familias y en los pueblos y en toda España, si aprovechásemos bien la Santa Cuaresma y el tiempo Pascual para predicar y meditar la Crucifixión de Jesucristo y su gloriosa Resurrección! Son tantas las fuerzas divinas que ejercerían su influjo sobre toda la vida nuestra individual y familiar y nacional, que entonces, sí, *que España entera después de estas horas de Calvario y Crucifixión, resucitaría gloriosamente para ascender a alturas sublimes de grandeza humana y divina, natural y sobrenatural!...*

Antonio, Obispo
de Valladolid



El Corazón de Jesús en la Pasión

Observa muy atinadamente un escritor contemporáneo (1) que «cuando meditamos los sufrimientos de Jesucristo incurrimos frecuentemente en un error sobre la verdadera naturaleza de la Pasión. En ella no se ve más que un drama algo realista de carne y de sangre, de nervios retorcidos, de músculos magullados. Sin duda que la Pasión fué en parte fisiológica, pero fué también y sobre todo psicológica. El corazón: he ahí el verdadero centro de la Pasión». Muchos siglos antes que el autor citado había escrito San Buenaventura (2) que la Pasión de Cristo brotó de la raíz del Corazón, porque el corazón es la fuente del calor vital. Es indudable que la causa de la entrega tan completa y sin reservas, que de sí mismo hizo Jesucristo en la Pasión a favor nuestro ni fué, ni pudo ser otra que la caridad, vida del alma, porque quien de ella carece, queda en la muerte (3).

Por la caridad que nos tuvo el Padre, nos entregó a su Hijo unigénito (4); por la caridad excesiva con que nos amó el Hijo, se entregó a sí mismo por nosotros (5). Y, como la

raíz de la caridad es el corazón, del Corazón sacratísimo de Jesús brotó la Pasión; él es el verdadero centro de la Pasión. Hondísima impresión deja en toda alma piadosa la consideración de los sufrimientos padecidos por la sagrada Humanidad de nuestro divino Redentor: los golpes que le propinaron los esbirros encargados de apresarle, la bofetada sacrílega del criado del Pontífice, el tormento indescriptible de la flagelación, las punzadas lancinantes de la corona de espinas, el peso abrumador de la cruz, que tres veces le hizo caer en tierra, el agotamiento producido por la fatiga, el resaca de la sed, el dolor inenarrable de la crucifixión, cuando, a golpe de martillo, los clavos taladraron las manos y los pies de la sagrada Víctima con desgarramiento de músculos y tendones, las torturas agudísimas que necesariamente había de causarle la posición violenta en el árbol de la cruz... todo esto llena de pavor y de tristeza, al mismo tiempo que conmueve el ánimo de quien seriamente medita la Pasión de Jesucristo. Pero ¿qué son, ni qué suponen todos estos sufrimientos fisiológicos de la Humanidad adorable de Jesús comparados con el padecer de su divino Corazón? Ahí es donde se desarrolla con caracteres más agudos y terribles el drama de la Pasión. ¡Cuánto debió sufrir el Corazón de Jesucristo! Desde el discurso de la

(1) Hoornaert: A propósito del Evangelio

(2) De sanctis angelis. Sermo 9.

(3) 1.^a de S. Juan, 3, 14.

(4) Joann. 2, 16.

(5) Ephes, 5, 2.

última cena, que rezuma tristeza por la separación de sus discípulos, hasta la queja confidencial y amorosísima dirigida desde el árbol de la cruz a su Eterno Padre por el abandono en que le ha dejado, todas las palabras salidas durante la Pasión de labios del divino Maestro revelan un corazón traspasado de dolor. Su oración en el Huerto de Getsemaní, la paternal reconvención con que responde al beso traidor de Judas, las suaves y mansísimas palabras que dirige a la soldadesca enviada para prenderle, las contestaciones que da a las capciosas preguntas del pontífice y demás jueces y testigos del Sanedrín, sus diálogos con Pilatos, el *elocuentísimo* silencio que guardó en presencia del raposo Herodes y las siete postreras enseñanzas, que nos dió desde la cátedra augusta de la cruz, son otras tantas pruebas de la acerbidad de los sufrimientos psicológicos de Jesucristo. En ellas se manifiesta un corazón anegado de tristeza, de tedio y de pavor; atribulado por la deslealtad del hijo de perdición (1); entristecido por las calumnias que contra Él levantan sus acusadores, interpretando arbitrariamente las divinas enseñanzas, que habían salido de los labios de Él; lleno de amargura al contemplar a Pilatos, que pregunta ¿qué es la verdad?, para continuar en su ceguera voluntaria, entregando, venal y débil, al Justo en manos de sus verdugos; rebosante de santa indignación y repugnancia por tener que soportar la presencia y pretensiones del inmoral Herodes Antipas, que toma al que era la Sabiduría increada por un histrión y le califica de imbécil o loco; y, sobre todo, lo que atormentó al Corazón sacratísimo de Jesús fué el espectáculo de todo un pueblo congregado en torno de la cruz, no para compadecer a la Víctima, que voluntariamente se sacri-

ficaba por nuestra salvación, sino para aumentar sus dolores y tormentos con las blasfemias, befas y escarnios, que, sin piedad, le dirigían. Si a cualquiera de nosotros la ingratitude nos hiere en las fibras más delicadas, ¿cuál no sería el sufrimiento del Corazón más tierno y sensible de todos los corazones, al recibir el zarpazo de aquellas fieras en forma humana, cuya ingratitude superó a la de los animales? Cuando contemplaba el espectáculo bochornoso de aquella muchedumbre abigarrada, reunida ante el pretorio y que, azuzada por los sacerdotes que representaban la santidad, por los escribas que representaban la ciencia religiosa, por los ancianos que representaban la madurez de juicio reclamaban con salvaje griterío la crucifixión del Justo, cuya sangre pedían que cayese sobre sus propias cabezas y sobre las de los hijos de ellos; cuando, entre las turbas feroces, reconociese a no pocos de los por Él sanados de sus dolencias y miserias espirituales y corporales; cuando a los oídos del divino Crucificado llegasen los denuestos e improprios, los escarnios y blasfemias que le dirigían los mismos que pocos días antes le habían bendecido; cuando presentía la inutilidad de su sacrificio para muchas almas, representadas en el reo que, a la izquierda de Jesús, moría impenitente, a pesar de que quizá llegase hasta él alguna gota de sangre divina; cuando, al pie de la cruz, viese, firme y valiente, a su Santísima Madre con el alma atravesada por la espada, que profetizó el anciano Simeón; cuando notase la ausencia de *todos* los Apóstoles, excepto Juan, que en la hora de la prueba se olvidaron de las protestas de amor, de adhesión y de lealtad hechas por todos ellos en el Cenáculo, prometiendo, primero el *olvidadizo* Pedro y después «omnes», todos, que jamás abandonarían al Maestro... en este trance, en tales cir-

(1) S. Juan, 17, 12.

cunstancias, ¿quién es capaz de medir la anchura y largura, la alteza y profundidad del dolor del Corazón sacratísimo de Jesús, que sufría por los que

nosotros sobrepuja a todo conocimiento y, como el dolor está en razón directa del amor, bien puede afirmarse que las dimensiones del sufrimiento

psicológico de Jesús sobrepuja toda medida y excede a toda ponderación. Asegura un comentarista de los Evangelios, nuestro P. Maldonado, que si el soldado abrió a golpe de lanza el costado de Cristo se ha de creer que *divino consilio fecisse*, lo hizo por disposición divina para que por aquella abertura saliesen las llamas del amor que, abrasadoras, ardían en el Corazón de Cristo, *fons caloris cunctae vitae*, como decía S. Buenaventura, fuente de

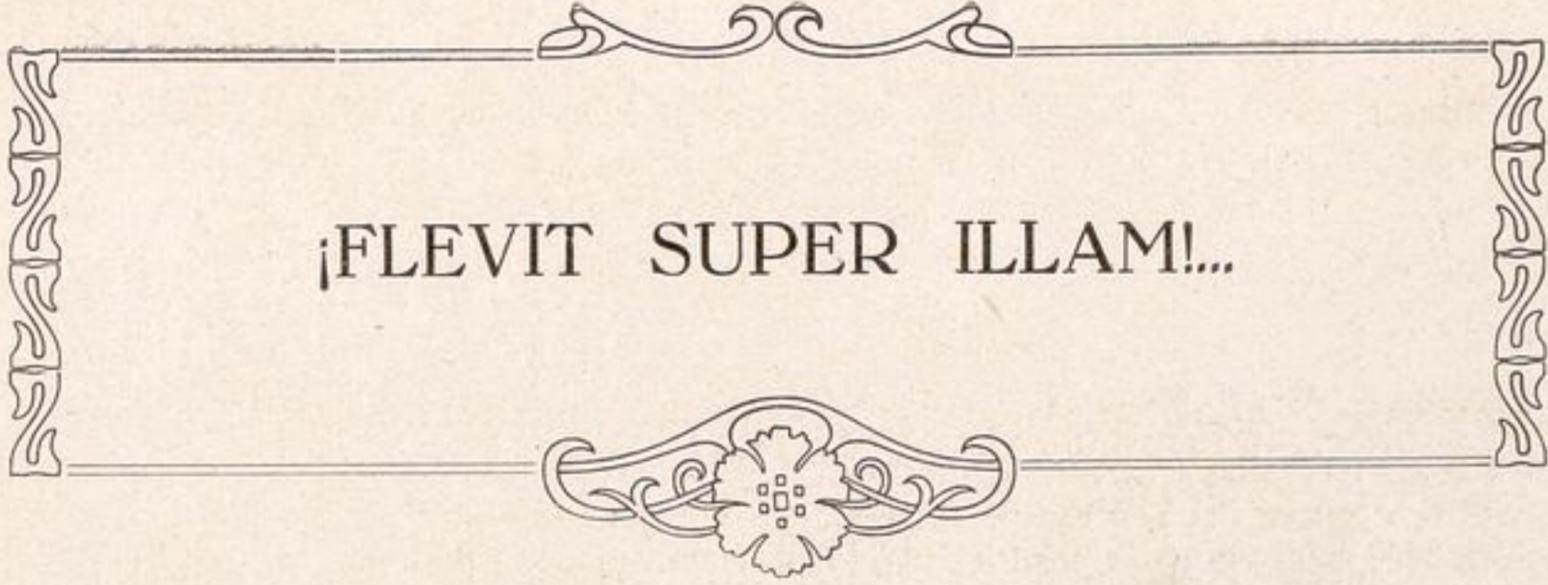


El Lavatorio.—Talla de Doncel (Coyanza).

allí estaban y por los que, debiendo estar, no estaban? Ponderaba el apóstol (1) las cuatro dimensiones de la caridad de Jesucristo, cuyo amor hacia

calor de toda vida y centro de la Pasión, *quae processit ex radice cordis sive caritatis*, que brotó de la raíz del corazón, asiento y símbolo de la caridad.

(1) Efesios, 3, 18 y 19.



¡FLEVIT SUPER ILLAM!...

Lloró sobre ella..., sobre Jerusalén, cuando a Jerusalén iba llevado en triunfo por el entusiasmo de una muchedumbre enardecida y alborozada.

Acababa el Redentor divino de traspasar la cima del Olivete por el camino de Betania, y, al otro lado del valle del Cedrón, poblado de blancas e inmóviles tumbas y cubierto de rozagantes olivos y pomposas higueras, había surgido de pronto, como espléndida visión de gloria, la ciudad ingrata... ¡Allí estaba la hermosa Hija de Sión, graciosamente reclinada en el regazo del sagrado monte, ceñida con la diadema de sus formidables y aspillerados muros, deslumbradora de belleza bajo la catarata de fuego que el astro rey vertía a plomo sobre sus blanquísimas y apiñadas azoteas! ¡Allí estaba la ciudad gloria de Israel, la que inspiró las sublimes visiones y arrebatados cánticos de sus viejos profetas, la que añoraron en sentidísimas elegías bajo los sauces babilónicos los hijos de Judá en las tristezas del cautiverio!

¡Allí estaba...! Desde las alturas del Olivete podían abarcarse de golpe todas sus magnificencias: la torre de Phasael, maciza y recia, cuya soberbia escalera trepaba exteriormente por sus muros en atrevida y airosa espiral; la de Marianna, de mármoles tan exquisitamente pulimentados y con tan soberana perfección unidos, que parecía toda ella tallada en un solo gigantesco bloque; la de Hípicos, suntuosa y robusta,

cuya fina y elegante silueta se recortaba limpiamente en el fondo del espacio azul; la de Psephina, gallarda y esbelta, desde cuya altura bañábanse las miradas en las remotas ondas del Mediterráneo...; y, en el primer término del cuadro, descollando sobre el enjambre de las blancas terrazas de la ciudad, la ingente y marmórea mole del templo, con sus anchurosos atrios y elegantes pórticos y con la rica techumbre de oro del Sancta Sanctorum, centelleante bajo la cegadora lumbre del sol de Nisán.

Sin embargo, a la vista de tan grandioso e incomparable panorama, Jesucristo sintió que el corazón se le oprimía y que el llanto nublaba sus ojos. Y lloró.

Lloró, aunque era aquella la hora de su triunfo. Lloró, a pesar del bullicio y algazara de las gentes que ya le rodeaban y de las que, en pintorescos y animados grupos, subían a su encuentro por las ásperas laderas del monte agitando en sus manos palmas y ramos de olivo y llenando los aires con clamorosos y delirantes hosannas. ¡Ah! es que su pensamiento estaba entonces lejos, muy lejos, de aquella hora. Es que, más allá de ella, veía Él avanzar sobre Jerusalén otra hora, hora de espanto y de muerte, en cuyos horrores había de apagarse para siempre la gloria de la Hija de Sión entre torbellinos de fuego y diluvios de sangre, y había de quedar condenado

su pueblo, también para siempre, a ser el ludibrio de todas las potestades de la tierra... ¡Él por cuya libertad tantas veces combatieran las milicias del Cielo!

¡Y lloró! Pero su llanto en esta ocasión no fué aquel manso y suave rocío de lágrimas que sus ojos vertieron junto al sepulcro de Lázaro y que brilló en ellos como una promesa de resurrección. No; a la vista de Jerusalén lloró como se llora una esperanza irremediabilmente muerta, como debía llorarse la horrenda y ya casi consumada desventura de una eterna reprobación divina. ¡Ah! ¡Que nunca más vuelva a tener que llorar así el dulcísimo Jesús! ¡Ni sobre los pueblos, ni sobre las almas! ¡Que, si ha de llorar alguna vez por nosotros, sea su llanto un feliz presagio de vida... ¡nunca, nunca, el terrible refrendo de una sentencia de muerte!

Mas, para que esto no sea, hemos de llorar nosotros. Hubiera llorado Jerusalén a tiempo y, ciertamente, ni habría torcido el glorioso destino que tenía en la historia, ni aquel pueblo elegido sería hoy un pueblo réprobo. No es posible soslayar esta terrible consecuencia. Hemos de llorar, si no queremos que Jesucristo llore sobre nosotros como lloró sobre Jerusalén.

Desgraciadamente, son muchos los cristianos ¡más cada día!, que, por distraídos acaso más que por malvados, por fatuidad más que por perversión, creen muy poco —prácticamente nada— en la bienaventuranza del llanto. Saben que, como cristianos, han nacido bajo los brazos ensangrentados de la cruz y, sin embargo, sólo tienen por feliz y dichosa la vida, cuando de su vida está eliminada la cruz. Tienen conciencia de sus pecados, y olvidan que el pecador que rehusa llorar rehusa su salvación.

Nada les mueve al arrepentimiento. No ignoran, como dice el Venerable P. Granada, que «porque Cristo tomó nuestra muerte nos dió su vida, y por-

que tomó nuestra carne nos dió su espíritu, y porque tomó nuestros pecados nos dió su gracia». Pero su fe es inoperante, está muerta. Hombres desecados por la fiebre de sus egoísmos, de sus codicias y de sus torpezas, si, por acaso, alguna vez posan sus miradas en la conmovedora y adorable imagen de Jesucristo en la cruz, la visión del divino Crucificado no logra provocar una reacción salvadora en sus conciencias. No le discuten a Cristo la grandeza de su corazón, pero le niegan el suyo; y, no espantándoseles que a Cristo le haya costado toda su sangre la redención de las almas, les espanta que a ellos haya de costarles una sola lágrima la salvación de la suya. Y, como sus corazones no aman, sus ojos no lloran.

Pero la misericordia de Dios toma a veces sobre sí el cuidado de hacer llorar a estos que no lloran, y los visita con pruebas muy duras y muy amargos dolores que hacen subir a sus ojos lágrimas de contrición. Nunca esas almas deben tanta gratitud a Dios, como cuando son así probadas; porque Dios no se complace en nuestros dolores, y, cuando nos castiga, es para corregirnos, para que el temor quebrante en nosotros lo que acaso nunca hubiera quebrantado el amor. Nos hiere para sanarnos, nos flagela para fortalecernos, nos postra para levantarnos. Así nuestros más grandes dolores pueden ser sus más grandes misericordias; que misericordia de Dios, y muy grande, es también el dolor, cuando el dolor nos pone a cubierto de su justa ira.

¡Dichosos los que se humillan bajo su mano todopoderosa, cuando los visita, y se purifican de sus pecados en las amargas aguas de la contrición! ¡Desdichados, en cambio, los que, siendo culpables, no quisieron responder con su llanto ni a los suaves requerimientos del amor ni a los dolorosos apremios del temor, y no lloraron! ¡Ellos llorarán, cuando ya no pueda salvarlos el llanto!...

¡Flevit super illam!...

GERMÁN G. OLIVEROS,
Magistral de la S. I. M. de Valladolid.



El Cristo de la Luz.—He aquí la asombrosa cabeza del hermoso y devotísimo Crucifijo que labró Gregorio Fernández cuando se hallaba en la cumbre de su arte y de su genio. Difícil será hallar en la estatuaria española otra imagen que más exactamente pueda reflejar, en lo posible a los medios humanos, la agonía tremenda de nuestro Redentor Jesucristo.

Tuvo culto esta sagrada estatua, primero en la iglesia de San Benito; después en la capilla de San Gregorio; hoy se guarda en el Museo Nacional de Escultura.

ARTE

In supremae nocte Coenae

En la gran noche de la última Cena brilló para los humanos el altísimo destello que rasgó las tinieblas antiguas y las convirtió en claro y esplendente día, para siempre jamás. Poco antes, un hombre privilegiado logró un anticipo de la gloria: pudo reclinar su cabeza angustiada sobre el pecho del Señor y sentir el latido de su divino Corazón, allí cerca, bajo sus sienes febriles. La mente no se atreve a imaginar cómo latiría el Corazón de Jesús momentos antes de instituir el Sacramento del Amor y de la perpetua Alianza: en él iba a entregar a los hombres el propio

Corazón divino y la Sangre preciosa de ese mismo Corazón.

La última, la suprema Cena es, por muchas razones, la esencia misma, lo más ardiente y central de toda nuestra fe y de todo nuestro culto. Y, así, el arte religioso, desde los orígenes, fijó su atención, su fervor, sus inspiraciones y sus maestrías en la solemnísimas escena, difícilmente traducida a la expresión humana. A partir de las temerosas y sobrias representaciones eucarísticas más antiguas, hasta las entusiastas, expresivas y elocuentes de tiempos posteriores, ha sido constante el anhelo



La última cena del Señor.

(Cuadro de Juan de Juanes).

del arte por mostrar el grandioso momento del Cenáculo.

Es raro el artista, grande o chico, que no acometió la magna empresa, y en las altas cumbres de la belleza queda ese grupo de obras maestras por todos sabidas, consagradas a la Cena del Señor.

De ese copiosísimo acervo, recogemos hoy dos obras españolas, conocidas, pero de tan alta significación que en justicia no admitirían preferencias. Precisamente, la gran escultura española del siglo XVI fué pródiga en la augusta representación, pero siempre en relieves, en tableros de retablo, y de ellos son buena muestra, por ejemplo, los de Juni y Giralte. Esta clase de obras había de ajustarse a las proporciones del encasamiento, siempre exiguo para la agrupación de muchos personajes, ninguno secundario, y de luchar con las dificultades del relieve para una escena que requiere profundidad. De modo que, aun siendo meritorios y alguno extraordinario —el de Juni en su retablo de la Antigua—, no resultan lo expresivos y convincentes que una pintura o la escultura de bulto redondo, para la interpretación del soberano asunto. De bulto redondo, probablemente, fueron varias las representaciones de la sagrada Cena, en el arte español, y sobre todo, para procesiones. De entre las conservadas, incluyendo acaso lo sevillano, anterior, sobresale mucho el grupo de Salzillo. De nuestra gran pintura, al escoger, parece difícil no decidirse por la conocidísima de Juan de Juanes.

Es obvio que solamente el asunto justifica el emparejamiento de las dos obras. Además, ellas son muy exclusivas, cada una entre sus

afines; es razón bastante para elegir las, ya que no lo fueran sus positivas excelencias.

De excelente, como obra de arte en efecto, debe calificarse a la pintura del gran maestro valenciano del siglo XVI, tan influido por Italia a través de Fernando de Llanos y de Yáñez de Almedina, sus paisanos. Y de excelente, sobre todo, por el sentido profundamente religioso y lleno de reverencia que informa a la soberbia interpretación de la Cena, obra que, por otra parte, arraigó pronto y bien en las preferencias y entusiasmos de nuestro pueblo, y se ajustó con exactitud a sus ideales estéticos y piadosos.

Los ideales estéticos populares inspiran también el «paso» del escultor murciano del siglo XVIII, como un eco robusto de la gran imaginería procesional del XVII, superior sin duda a lo de Salzillo. Pero que éste logró reanimar cien años después, renovando las glorias pasadas y creando grupos admirables, entre ellos el de la sagrada Cena, uno de los mejores por su composición magistral y por su realismo emocionante.

No niega Salzillo a sus predecesores, pero es acaso el escultor más fuerte y más brioso de su tiempo, y a lo que él



La Sagrada Cena.

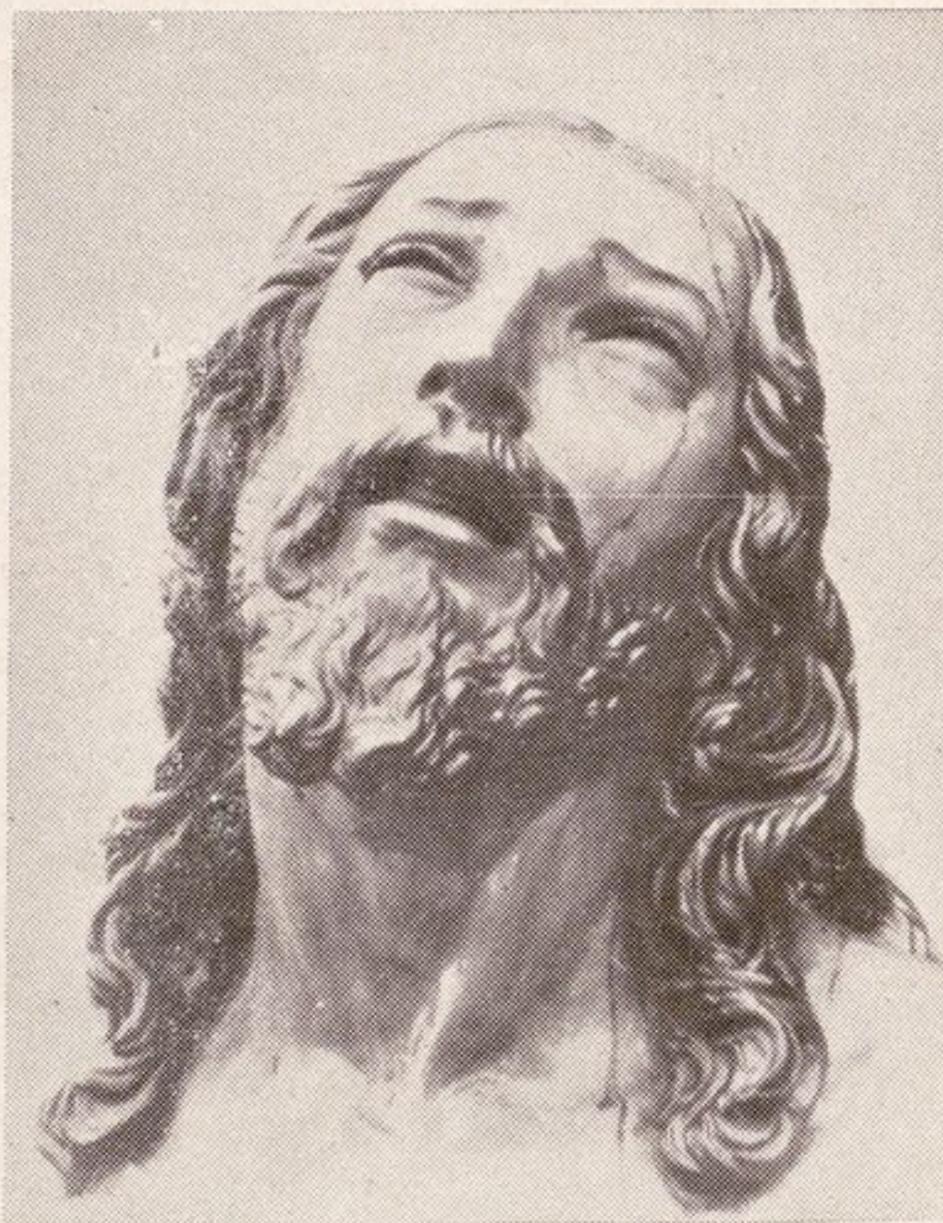
(Paso de Salzillo).

aprendió de los maestros andaluces supo agregar acento personal muy seguro y resuelto; y además, rebasó, en lo posible, la imposición de los academicismos de entonces, con una valentía y un sentimiento que sería injusto negarle.

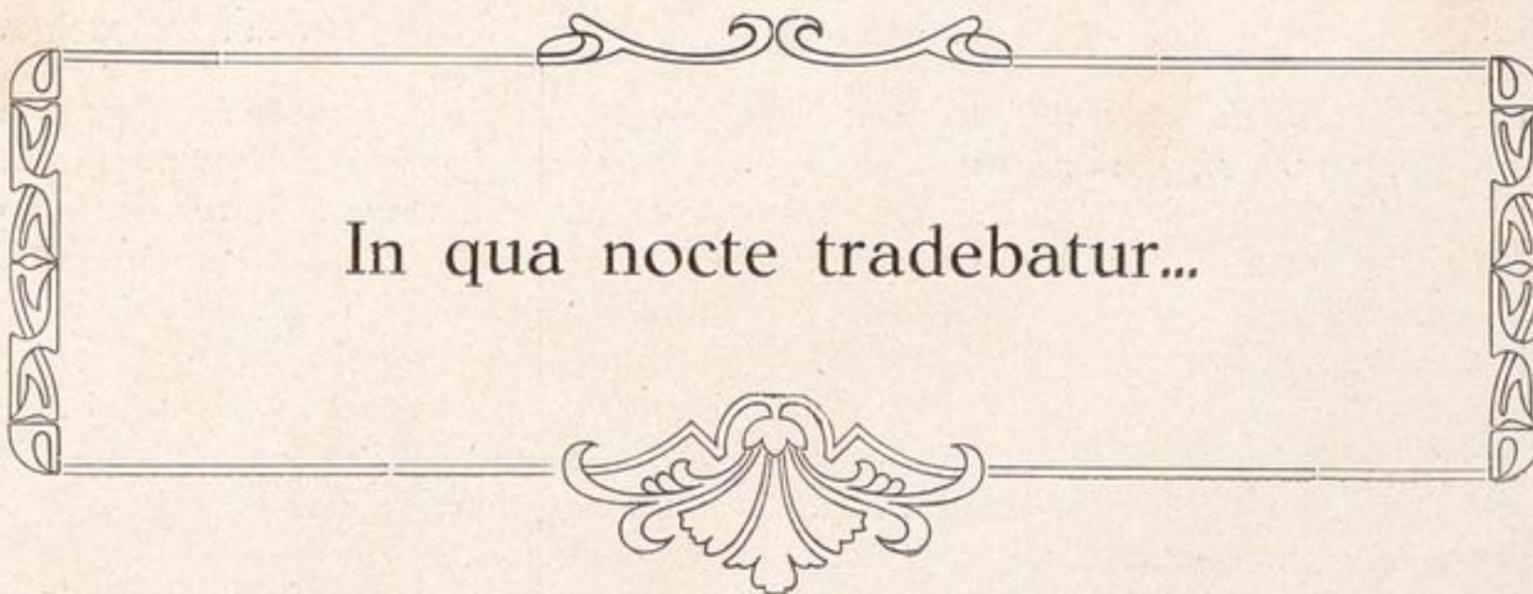
Apartadas por la distancia de dos siglos, nos hemos atrevido, sin embargo, a unir estas representaciones españolas de la Cena del Señor, para ofrecerlas en nuestra Revista. Porque ellas expresan

con acierto lo humano de la suprema reunión preliminar del Calvario; porque ellas, además, pueden alumbrar en mentes y en conciencias una tenue luz, como reflejo del gran incendio de amor que estalló aquella noche en el Cenáculo, y que seguirá vivísimo iluminando la noche de la humanidad y deshaciendo sus tinieblas, hasta el amanecer de la Alborada eterna.

FRANCISCO ANTÓN



Cabeza de Jesús implorante.—Magnífica obra de Juan de Mesa que fué librada milagrosamente del fuego marxista en Córdoba.



In qua nocte tradebatur...

Moría la tarde del primer Jueves Santo.

El dulcísimo Jesús alejábese de Betania por última vez, después de la triste despedida de aquellos amigos hospitalarios. Se acercaba la hora de los más grandes y transcendentales acontecimientos que presencié el mundo.

El sol había ya traspuesto el horizonte de la ciudad ingrata, cuando Jesús llegó a la cima del Olivete, y al ver el espectáculo de los peregrinos, que con sus tiendas enramadas y con sus cánticos de fiesta, inundaban de alegría el valle de Josafat, tal vez cayeran de nuevo de sus ojos lágrimas de pesadumbre, como las que derramó a la vista de la ciudad de los Profetas en medio del triunfo de los ramos. El regocijo que en los alrededores de Jerusalén cundía no podía hallar eco en el Corazón entristecido de Jesús. Al bajar al valle pasó junto al Huerto de las Olivas, donde pocas horas después había de ser traídoramente entregado; atravesó el humilde Cedrón y subiendo de soslayo la cuesta del monte, donde se asentaba Jerusalén, entró en la ciudad y se dirigió al Cenáculo, y allí, recogido en la quietud, sentado en medio de los Apóstoles, rompió a hablar con grave voz de esta manera:

—«Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer...».

¡Cuán ardientemente les manifestaba el anhelo vivísimo de instituir el inefable Sacramento del Amor!

Acabada la Cena pascual, en medio del asombro de todos, despojóse de la túnica exterior, ciñóse con una toalla, y, echando agua en un lebrillo, cayó a las plantas de los apóstoles para lavarles los pies, empolvados del camino.

¡Qué humildad la del mansísimo Jesús! Pasma, en verdad, esta escena de la noche memorable. ¡El Rey de la gloria caído a las plantas de sus discípulos! Pero espanta la humillación al contemplarle encogido a los pies del infame Judas. ¡Dios acariciando sobre su pecho los pies del traidor!... ¡Oh, qué lección ésta tan elocuente para el orgulloso corazón humano! ¡Y les lavó los pies!... Quería el divino Maestro, por otra parte, indicar a sus discípulos que debían estar purificados para el sublime Misterio que preparaba.

Y he aquí que, reclinado de nuevo en la mesa, tomando con sencilla majestad en sus santas y venerables manos uno de los panes sobrantes de la cena, dió gracias, le bendijo y le distribuyó entre ellos, diciéndoles:

—*Tomad y comed. Este es mi Cuerpo que se da por vosotros. Haced esto en memoria mía.*

Del mismo modo, tomó en seguida el cáliz, dió gracias, le bendijo y se le entregó diciendo:

—*Bebed de él todos. Porque esta*

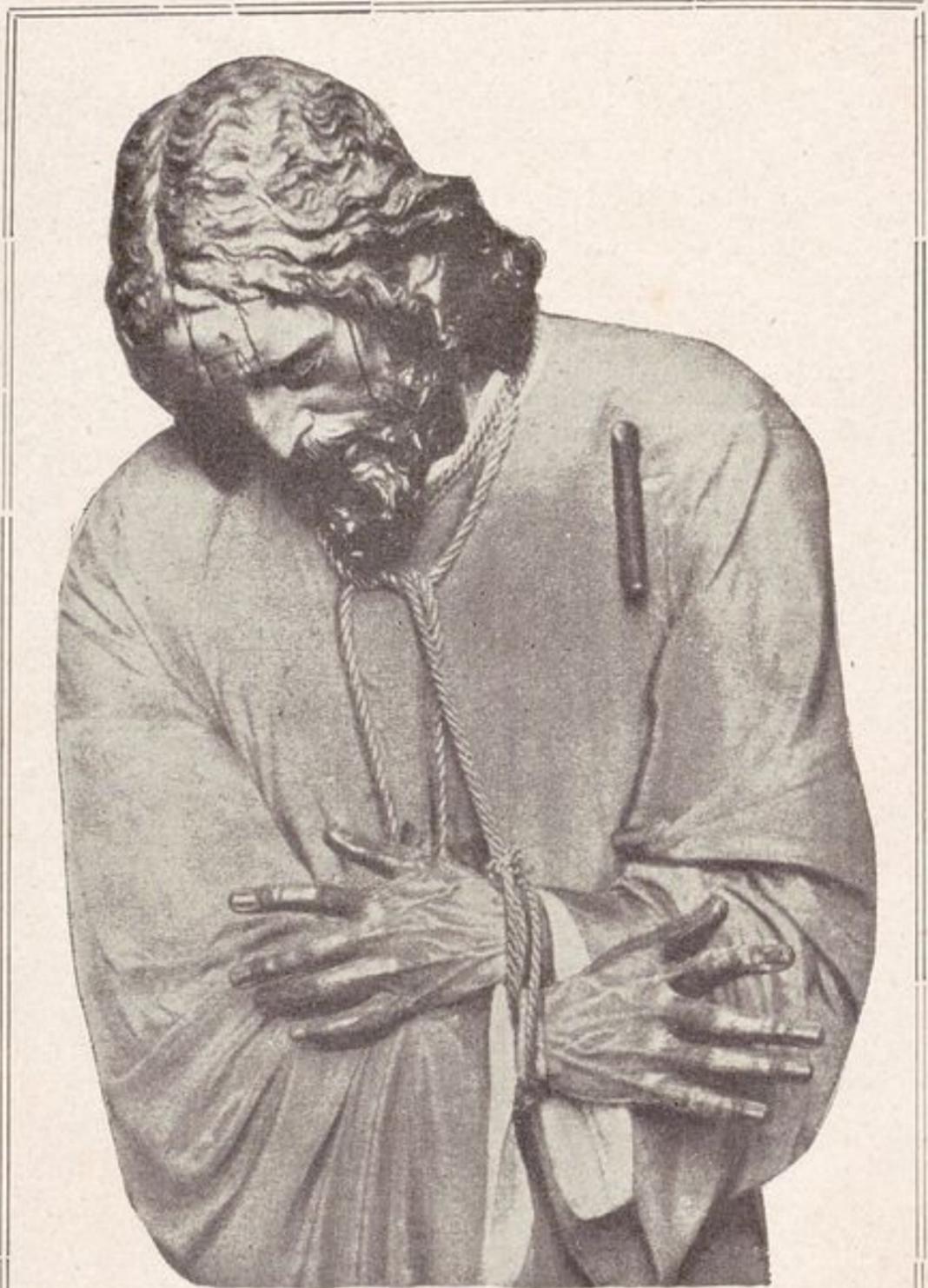
es mi Sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada para remisión de los pecados. Haced esto cuantas veces le bebiereis en memoria de Mí.

¡Oh Corazón inefable del Hombre-Dios!

San Pablo, al ir a relatar esta escena, antepone una frase impresionante que acrecienta nuestra confusión y gratitud: *In qua nocte tradebatur...* (1). ¡En la noche misma en que era entregado con la más vil traición es cuando el Corazón de Jesús procede a la más delicada prueba de su amor, instituyendo la divinísima Eucaristía!... ¡Oh, qué exceso de caridad, que desbordamiento de misericordia, qué prodigio de bondad, qué portentoso de sabiduría, qué maravilla de omnipotencia para realizar este altísimo Misterio de la fe y del amor! ¡Tiembra la pluma al intentar un mezquino comentario!...

No se satisfizo el Verbo Divino con el beneficio inenarrable de la Encarnación, por cuya merced se abatió hasta unirse a los hombres tomando la naturaleza humana, sino que, como complemento inefable de la Encarnación, en que parte tan principal llevó por dignación divina la Sacratísima Virgen, instituyó la

Eucaristía, por la cual se une al hombre de modo íntimo e inmediato. No se sació su amor infinito tampoco con la obra de la Redención, que pone estupor en el ánimo por su ilimitada grandeza, y quiso, en incruento Sacrificio, dar la vida innumerables veces a los hombres, y le plugo encadenarse por ello en la prisión de los Sagrarios y morar en ella perpetuamente con el Corazón siempre atento a todas las súplicas, y a todos los pesares, y a todas las cuitas, y



Nuestro Padre Jesús de la Pasión

Fragmento de la famosa escultura de Martínez Montañés.

(1) I Cor. XI-23.

abrir allí la fuente inagotable de todas las gracias, de todas las dulcedumbres, de todos los consuelos...

¡Y esto, no obstante las ingraticudes horrendas que comenzaban aquella noche con la infernal traición de Judas! ¡Y no obstante las desatenciones y desamores de los que se llamarían sus amigos! ¡Tantas blasfemias, tantos sacrificios, tantos abandonos, tanta pobreza, tanta humillación! ¡Oh, qué abismo tan insondable e incomprensible el de este infinito Divino Amor del Corazón de Jesús!

¿Cómo, pues, no amarle con abrasado amor de serafín? ¿Cómo a la iniquidad desagradecida no oponer la reparación ferviente? ¿Cómo en presencia de la abrumadora bondad, por parte de Jesús, y de la ingraticud incalificable de parte de los hombres, no sentir el corazón consumido en el fuego del desagravio? ¿Cómo no caer desfallecidos ante un Sagrario-Calvario en desmayo profundo y dulcísimo de adoración?...

A. G. C.

(Del Sagrario de Cabreros del Monte).

A Nuestra Señora de los Dolores

Vuelve, Madre de clemencia,
de piedad tus dulces ojos,
a los hijos que de hinojos
imploran tu compasión.
Vuévelos porque son fuentes
de amor y llanto sagrado,
donde se lava el pecado
y se consigue el perdón.

¡Qué dulzura tierna y triste
en ese tu rostro santo!
¡Qué amarillez y quebranto
en él refleja el dolor!...
Y de tan inmensa pena
sólo tienes por testigos,
los cuatro fieles amigos
que siguieron al Señor...

No hay ángel ni ser humano
que medir tu angustia pueda,
todo símil corto queda,
aun la inmensidad del mar.
Sólo Dios, que es infinito,
puede medir tu dolor,
que es igual al tierno amor
con que le sabes amar.

¡María! También España
hoy de dolor se estremece,
y con tu Hijo padece
larga y cruenta pasión.
Haz, Madre, que empiece ya,
por tu bondad y poder,
su anhelado «amanecer»
y alegre resurrección.

Danos, Madre, que podamos,
después de tantos dolores,
cesar de ser pecadores
al amparo de la Cruz,
y que al fin de esta «cruzada»
tan horrible y angustiosa
acogida cariñosa
encontremos en Jesús.

NOEL

Bugedo, 1939.

La Oración de Jesús

(MEDITACIÓN)

Alumbrados por la luz de la luna, penetremos con la consideración en el Huerto de Getsemaní. ¡Silencio! Jesús de Nazaret, el Hijo de la Virgen María, el Hombre-Dios, el Corazón que se consume de amor por los hombres, está orando. De rodillas, junto a una peña, caído su rostro divino, ora, lleno de aflicción y tristeza. ¿Habéis meditado bien el paso sublime de la Oración de Jesús en el Huerto?

Acaso en ninguno de los pasajes de la vida del Salvador se halle tan bien retratada la bondad de Jesús y a la par la ruindad del hombre, lo que Dios es y lo que el hombre vale, como cuando nos presenta a Jesucristo orando en el Huerto, acompañado de los tres más amados Apóstoles.

Sin tener necesidad de la oración, Jesús ora para darnos ejemplo de vida. Aprendamos a orar delante de este modelo supremo.

¿Cómo ora Jesús? Retirado a la soledad, libre del bullicio. Por largo tiempo, ensimismado, con el rostro pegado al suelo. Únicamente interrumpe la oración para vigilar a los discípulos. Ora para prepararse a las rudas violencias de la Pasión. Estaba triste, entrábanle agonías de muerte, sentía tedio, pavor... No decaigamos de ánimo, pues, si en la oración nos sentimos tristes, áridos, secos, desasosegados...

Al levantarse Jesús, halló las tres veces a los apóstoles dormidos. «Ni siquiera una hora —les dice amorosa-

mente—, ni siquiera una hora habéis podido vigilar conmigo. Velad y orad para no caer en la tentación». ¡Qué amor el de Jesús! ¡Qué bondad!

Mas los apóstoles fueron reincidentes. Había poco antes el Salvador celebrado la primera y más solemne de las Misas; asistieron a ella con fervor los apóstoles; Él mismo les repartió la primera Comunión; les ordenó de sacerdotes en aquella noche memorable, «in supremæ nocte cenæ»; los previno para la terrible tentación de la Pasión..., y, sí, el príncipe de los apóstoles prometía fidelidad...; pero como no se armaron con la oración, se rindieron al sueño, y más tarde le abandonaron. No se habían preparado con la oración, a imitación y a ruego del Maestro.

¿Consecuencia práctica? La necesidad absoluta de la oración.

La sociedad moderna se desquicia y va camino de la ruina. Se han ensayado todos los medios humanos para salvarla del abismo. Hay tal vez mucha vida activa en las obras buenas, en la misma Acción Católica. Pero si falta la vida contemplativa, será todo como cuerpo sin alma...

Oración, pero oración que responda a la práctica. Lo dijo hermosamente Pío IX: «Cuando a lo que se reza corresponda lo que se obra, entonces se remediarán nuestros males».

No olvidemos esto en la reconquista espiritual de España... —ESPINEL.



La Oración del Huerto.—Paso de Salzillo, que figuraba en una de las magníficas procesiones de Murcia. Representa el momento en que Nuestro Señor Jesucristo es consolado en su angustia por el enviado celestial.

"YO SOY REY"

Tiene el relato evangélico una virtualidad expresiva que le hace único y señero entre todas las literaturas del mundo. El lector, acaso de un modo inconsciente, se da cuenta de que, quizás por primera y última vez en la historia de las letras, unos hombres sin pasiones ni prurito alguno literario, sin buscar alabanza, polémica o vanagloria iban transcribiendo pura e ingenuamente la verdad en toda su divina pureza y su casta sencillez. Casi por el mismo tiempo, Lucano retorció sus imágenes para ensalzar las turbias glorias de César y Tito Livio ponía en boca de sus héroes la retórica de sus discursos fingidos. En tanto los cuatro evangelistas, inspirados por la Suprema Sabiduría, emplean para contar las efemérides más increíbles: la encarnación y el nacimiento, la carrera mortal y el sacrificio de un Dios, palabras

transparentes, simples y luminosas cuya belleza no se marchita y resiste todos los cambios de gusto y estilo; regalo del Cielo a la Humanidad que será su tesoro mientras la Humanidad perdure sobre el haz de la Tierra.

Es tan breve el diálogo entre Pilatos y Jesucristo que apenas llena una



JESUS PRESENTADO A
PILATO. (DIBUJO DE
VAN HOLE)

página en nuestro pequeño misal cotidiano y, sin embargo, no acabamos nunca de meditar sobre él. Es toda la civilización pagana, con sus ansias fracasadas de verdad, de bien y de belleza, con su orgullo y su amargo escepticismo la que se enfrenta entonces, encarnada en el procurador de Judea, con Jesús Nazareno, preso y amarrado como un criminal. Poncio Pilatos comienza su interrogatorio desdeñoso y abúlico, cumpliendo un beber cotidiano y desagradable; poco a poco se va dando cuenta de que ante sus ojos fatigados se está desarrollando algo insólito y, como el grito de angustia de un mundo que moría, lanza aquella interrogación suprema, que no hemos podido nunca oír sin emoción:

¿QUID EST VERITAS?

La verdad, que en vano habían buscado los filósofos de Grecia y de Roma estaba delante de Él; en aquella caridad infinita que, por amor a los hombres, se dejaba llevar como un cordero al sacrificio; en aquella condenación de la vanidad del mundo y de la concupiscencia de la carne; en aquella promesa de vida eterna, Poncio Pilatos, procurador de Judea, tenía abierta delante de sí la vía luminosa que conduce a la Bienaventuranza; pero, demasiado entorpecido por el orgullo y la sensualidad, no tuvo valor para seguirla y se contentó con buscar, acallando la voz de su conciencia, algún medio para quitarse de encima aquel enojoso asunto, sin comprometer demasiado su seguridad ni su reposo.

Fué en ese breve diálogo cuando Jesucristo dió testimonio público y solemne de su realeza:

Tú lo dices: Yo soy Rey.

Tan fuerte impresión debió de causar este aserto en la mente del escéptico magistrado que, a despecho de los judíos, la hizo grabar en el rótulo que servía de remate al patíbulo infamante de la Cruz. Desde aquel entonces, la historia del mundo gira en torno de aquella realeza; los hombres, dejando aparte aquellos a quienes aún no ha alcanzado el pregón real, se dividen en dos grandes grupos: los que acatan la realeza de Cristo y los que se revelan contra ella.

Jesucristo es Rey. Ningún poderoso de la tierra, ningún conquistador del siglo ha reinado con tan intenso, con tan pleno, con tan dulce señorío. Creíase César dueño del mundo romano y conspiraban en la sombra los que habían de apuñalarle; aún vivía Alejandro y ya sus generales se peleaban como buitres sobre sus despojos; los mariscales de Napoleón, a quienes había hecho reyes, príncipes o duques, se apresuraron a abandonarle en cuanto sopló contrario el viento de la fortuna. En tanto, pasan los siglos y millares y millares de almas selectas, príncipes de este reino sin cotos ni fronteras, no viven sino para escuchar las órdenes que en lo más secreto del alma les da la voz del Rey y para obedecerlas como Rey alguno ha sido obedecido. Y otras almas más vulgares, en decenas de millones, van siguiendo como pueden, cayendo y levantando, la señera imperial que les lleva a la vida eterna. Hacía muy pocos años que el árbol

de la Cruz había sido plantado sobre el monte Calvario y ya había hombrecillos débiles y tímidas muchachuelas que se atrevían a enfrentarse en el coliseo con toda la majestad del Imperio de Roma y se dejaban destrozar por las fieras para confesar esta realeza.

En ninguna porción de la tierra ha sido un hecho esta realeza como en España. Por proclamarla una y mil veces se ha teñido con sangre de mártires y la confesión del Imperio de Jesucristo está en las primeras páginas de todos sus códigos legales. «Reinando Jesucristo», y bajo su Imperio, Sancho, Pedro o Alfonso, fechaban los documentos reales los reyes-caudillos de Aragón. Simples soldados de este monarca augusto, sin otro anhelo que el ir ensanchando cada día su reino con su espada, se consideraban todos los príncipes peninsulares, y cuando se formó la gran España, los que empuñaron el cetro de aquella inmensa monarquía, «la mayor que ha conocido el mundo desde Adán, su universal Señor», entre cuyos dominios siempre había algunos dorados por el sol de mediodía, se tenían simplemente por virreyes o gobernadores efímeros de aquella majestad. De Carlos V se ha podido escribir:

«Este es el César, caballero andante del Redentor; su alférez en la tierra...»

Porque actuaba simplemente como administrador temporal del Monarca Eterno, Felipe II prefería no reinar a reinar sobre herejes y daba por bien empleados los gastos de la empresa de Filipinas con sólo que se conservase una ermitilla en aquellas islas remotas. El liberalismo, adueñado de Europa, no fué otra cosa que la negación del reinado de Cristo; pero, aun en los años de su mayor prestigio no faltaron en las montañas del país vasco o de Navarra, en las sierras de Cataluña o del Maestrazgo unos hombres que luchaban y morían porque el divino emblema del Corazón ardiente ceñido de espinas figurase en las enseñas de la Patria.

Han pasado muchos años; parecían muertos aquellos fervores y todavía el grito de ¡Viva Cristo Rey! de tantos soldados moribundos, de tantos españoles ante el pelotón de las ejecuciones, son el testimonio de un Imperio contra el cual las puertas infernales son impotentes para prevalecer.

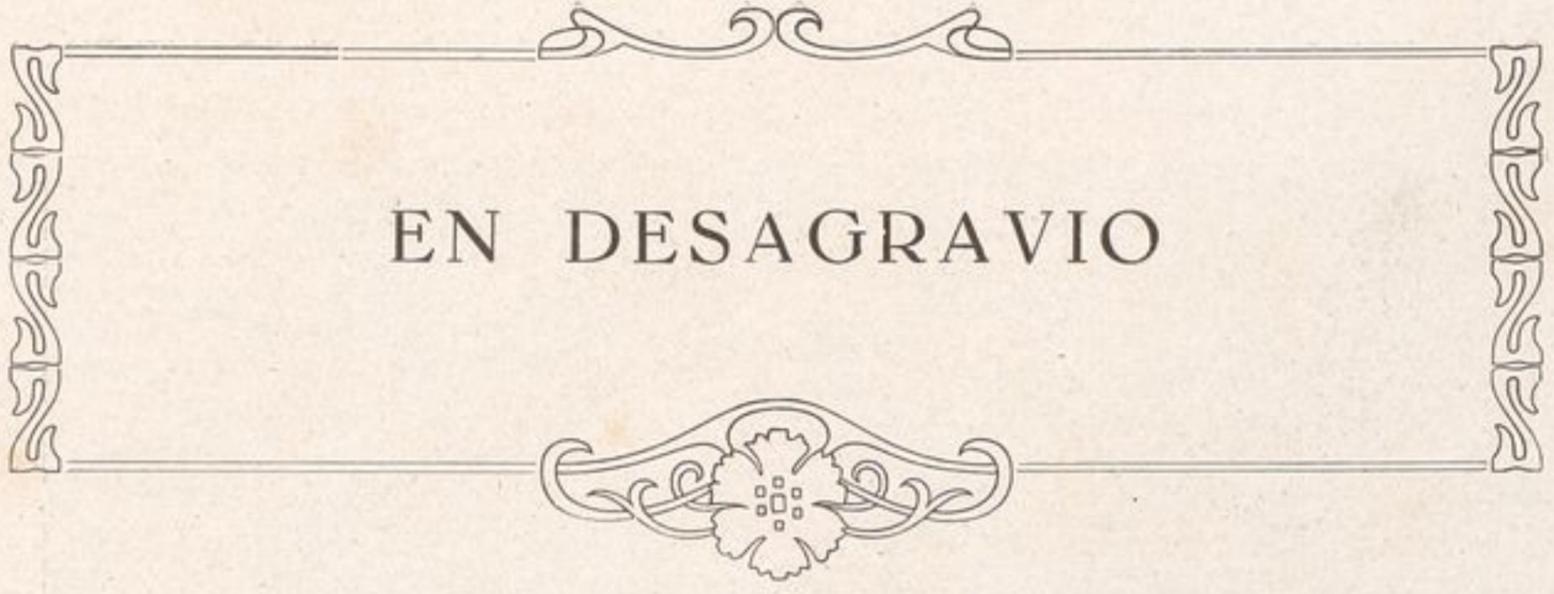
*Christus vincit—Christus regnat
—Christus imperat.*

EL MARQUÉS DE LOZOYA

DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

“Las espinas toparon con sangre, los cordeles con huesos, los azotes con carnes, los clavos con nervios, sólo la lanza fué dichosa, pues topó con el Corazón de Cristo y vió las entrañas con que Él nos ama”.

(SAN ANSELMO, Arzobispo de Cantorbery, siglo XI).



EN DESAGRAVIO

Más siente un buen hijo las injurias hechas a su madre que las que contra él mismo se dirigen. ¿Cómo sentirá el Hijo de Dios, que es el mejor de los hijos, las injurias hechas a la Madre suya, que es la mejor de las madres? ¿Qué extraño que las castigue más que las ofensas propias?

Y nosotros que somos también hijos de la Madre de Dios ¿no hemos de sentir también sus ofensas? En toda la cristiandad los buenos hijos de María ofrecen actos de reparación por las ofensas que se le han hecho en nuestra España. ¿Qué hemos de hacer los españoles, hijos tan regalados de María, que nos visitó en el Pilar, que nos resucitó en Covadonga, que nos coronó de gloria en Guadalupe, que (como dice la V. Agreda) «ha enriquecido tanto a estos reinos con tantas imágenes suyas aparecidas y santuarios, como hay en ellos, dedicados a su nombre, más que en otros reinos del mundo... saliéndonos al encuentro en todas partes y provincias para que la reconozcamos por nuestra Madre y Patrona y también para que entendamos fía de esta nación la defensa de su honor y la dilatación de su gloria por todo el orbe»?

Hombres nacidos en esta tierra, que santificaron las plantas de la Madre de Dios, no contentos con vomitar contra Nuestra Señora las más horrendas injurias de palabra y por escrito, han bombardeado los dos más venerandos templos de España, el Pilar y Guadalupe; han erigido en alcázar de impío reyezuelo la bendita montaña de Monserrat; han profanado en Covadonga la cuna de la Patria y han vendido como una baratija la venerada imagen; han robado las preciosas coronas de la Virgen de los Desamparados y del Sagrario de Toledo; han sacado los ojos a la Bella de Lepe; han arrastrado y quemado a la milagrosa Setefilla de Lora; han mutilado en Málaga a la Reina de la Victoria, recuerdo de los Reyes Católicos y en Huelva a la de la Cinta, amparadora de Colón; no han parado hasta destruir el santuario de la Cabeza, encanto de Andalucía; han profanado para despedirse la augusta basílica de Begoña; han arrasado Sijena, panteón de los monarcas aragoneses. ¿Y quién podrá contar las profanaciones de imágenes menos conocidas?

¿Qué haremos, pues, los buenos españoles para reparar tantas inju-



La Piedad.—En todos los corazones vallisoletanos se halla grabado hondamente este gesto angustioso de la Madre Santísima. La Piedad, otra de las esculturas culminantes de Gregorio Fernández, es, no sólo una obra maestra, sino uno de los grupos más piadosos, más religiosos, más emotivos del fervoroso maestro. Mueven las imágenes de este soberbio paso, con la admiración y el pasmo, la devoción más ardiente, y arrancan de todos los pechos el sollozo y la plegaria.

rias hechas a la Madre de Dios y Madre nuestra?

Ella misma parece que se dignó indicarnos, algunos años hace, el homenaje de reparación que deseaba. Tal es la Hora Santa Mariana de Reparación, inaugurada en Madrid en 1907, aprobada por el papa Benedicto XV en 1920, enriquecida con indulgencias por nuestro llorado pontífice Pío XI. Comenzó a celebrarse en España como obsequio a la Santísima Virgen del Pilar; pero luego se extendió a Méjico como obsequio a Nuestra Señora de Guadalupe y a Italia como obsequio a la Reina de Loreto. En Valladolid se viene celebrando en la parroquia de San Miguel la noche del primer viernes de mes al siguiente sábado. La hora al parecer indicada por la Santísima Virgen es de once a doce de la noche y es la mejor para que le tributen a solas este homenaje las almas fervorosas. Pero la dificultad de reunirse a esta hora en las igle-

sias ha hecho que aquí como en otras partes se adelante aquélla, lo cual puede hacerse sin que por ello se dejen de ganar las indulgencias.

Cuando esta Hora de Reparación se hace en privado, puede hacerse oración mental o vocal, según la devoción de cada uno. Cuando se hace en público se suele rezar en ella el rosario, se oye una plática o una meditación del Manual de la Hora Santa Mariana y se termina con un acto de reparación y profesión de fe Mariana.

Como esta hermosa devoción no es tan conocida como fuera de desear hemos querido recomendarla en esta revista consagrada a preparar el reinado del Corazón de Jesús en España; ya que, como en otras ocasiones hemos escrito por María Santísima, esperamos que ha de venir a todo el mundo y singularmente a nuestra Patria la soberanía de Jesucristo.

NAZARIO PÉREZ, S. J.

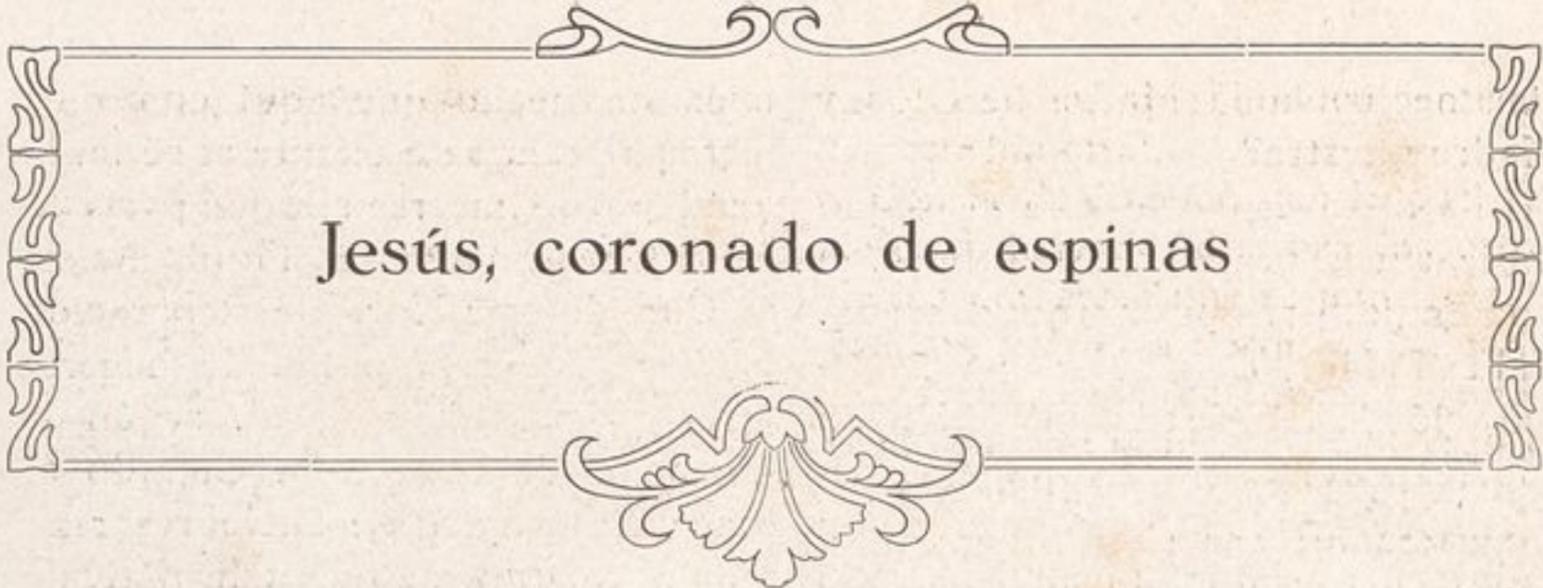
S A E T A S

¡Madre del divino Amor!:
las perlas que de tus ojos
de nuevo arranca el dolor,
recoge a tus pies de hinojos
un soldadito español.

ANTONIO ARQUELLADA CASTRO.
3.ª batería del 4.º ligero.

Jesús camina paciente
a la cumbre del Calvario:
quiere pagar inocente
el pecado de esas gentes
que incendiaron su Sagrario.

JOSÉ RAMÍREZ MORENO.
Cabo de la 4ª del 5º Batallón.
Bandera de F. E. Tradicionalista



Jesús, coronado de espinas

Todos los árboles de la selva, se dice en el libro de los Jueces (1), quisieron un día elegir soberano. Y sin embargo de distinguirse unos por la grande expansión de sus ramas y otros por la robustez de su tronco, cual por la belleza de sus flores y cual por la suavidad y riqueza de sus frutas, ninguno de ellos fué el elegido. Esta suerte tocó al espino, que, por sufragio de todos empuñó el cetro y ciñó la corona de Rey...

Hermoso apólogo, dictado por el Espíritu Santo, para enseñarnos que nadie es grande ante Dios, si no ha sentido en su alma las penetrantes punzadas de las espinas del dolor. «El corazón del sabio se hallará donde está la tristeza, y el corazón del necio, en la alegría» dice el Eclesiástico (2).

Es necesario hender la tierra con el arado para que reciba la semilla que ha de fructificar; es necesario que el oro sea purificado por el fuego para que resplandezca en toda su hermosura; es necesario que la frente que ha de ceñir corona de laurel, sea antes lacerada con corona de espinas.

Jesucristo es Rey de reyes. La diadema que ciñe reúne en sí misma el esplendor de todas las coronas. Es Verbo consustancial al Padre, y por eso es Rey de los sabios; es debelador

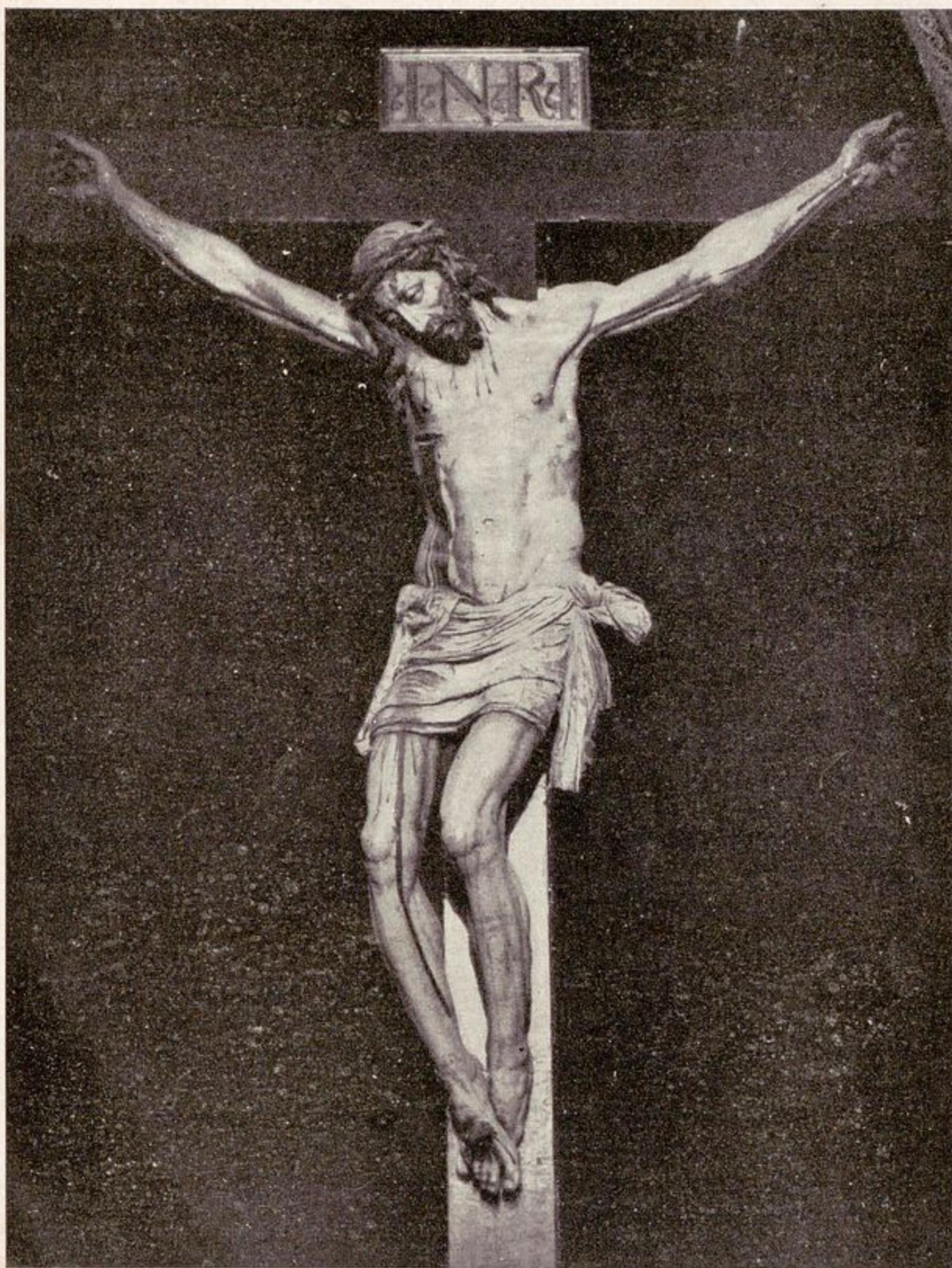
de las potestades infernales, y por eso es Rey de los conquistadores; es esencialmente la pura santidad, y por eso es Rey de los santos; es gigante que rápidamente termina su carrera, y por eso es Rey de los héroes. He ahí por qué ciñó en este mundo la más cruel corona, la corona de espinas, porque debía ser Rey de los mártires, Rey de los que sufren, el Rey del dolor y del amor... He ahí por qué se nos muestra con su Corazón ceñido de la corona de espinas.

No te turbes, cristiano; no titubee tu fe, ni se subleve tu razón ante tu Dios así afrentado. Esa sangre que brota de la corona espinosa que tiñó su frente divina e hizo sangrar su divino Corazón es la unción sagrada de su dignidad real... ¿Qué otra corona podría convenir al que había de ser Rey de los mártires y de los penitentes, de los anacoretas y de los cenobitas, de las vírgenes y de los afligidos, sino la corona de espinas que traspasó la augusta cabeza y el corazón delicadísimo del Redentor?...

Mirarán a su Rey los reyes de la tierra y humillarán su frente para besar la púrpura andrajosa, tan vil a la vez y tan sagrada que cubre sus hombros, y los ejércitos abatirán ante Él sus banderas; y los sabios, los filósofos y los potentados pondrán a sus pies los trofeos de su ciencia y poderío, y multitud inmensa de toda edad, suerte y

(1) Juec. IX, v. 14.

(2) Ecles. VII, v. 5.



Santísimo Cristo de las Injurias, que se venera en la Catedral de Zamora. Grandiosa escultura del siglo XVI, atribuida por Palomino a Gaspar Becerra. Es obra superior, sin duda, a lo conocido del propio Becerra, y digna de figurar a la cabeza de los Crucifijos españoles mejores de nuestro portentoso arte religioso. Esta imagen es el único paso de la emocionante procesión del silencio, que recorre las calles zamoranas en la noche del Miércoles Santo, con un recogimiento y una solemnidad imponentes.

condición le ofrecerán gustosos toda clase de sacrificios sin excluir la propia vida...

Mira Jesús a la Iglesia, su Esposa santa, y enamorado de su belleza, la regala corona de desposada; juntamente con su Corazón y estrechamente unida a él, su propia corona de espinas, como su mayor tesoro, como la prenda más delicada de su ternura... Y la Iglesia acepta el presente divino del Amado, y sabe sufrir, llena de fortaleza los terribles dolores que la causan las espinas, siguiendo inalterable el camino de la tribulación y de

la ignominia, que anduvo ante su Esposo inmortal.

Con la débil caña, que le pusieron de cetro irrisorio, destroza los cetros de los monarcas que se ponen en su camino, y echa a tierra los baluartes más fuertes de los enemigos, «quebrantándolos cual si fuesen frágil vaso de alfarero» (1). Y sobre los despojos desmenuzados de sus ruinas se oye siempre el himno de victoria: «Paso a Jesús, al Rey de todos los siglos, al Señor inmortal y omnipotente, siempre y a Él solo el honor y la gloria» (2).

FRAY RAFAEL

(1) Salmo II.

(2) Tim., cap. I.

Semana Santa de España

Los libros sagrados refieren con la sobria elocuencia que es su mayor encanto y su mejor elogio, la gran tragedia de Jesús, punto de arranque de la era de triunfo para la humanidad.

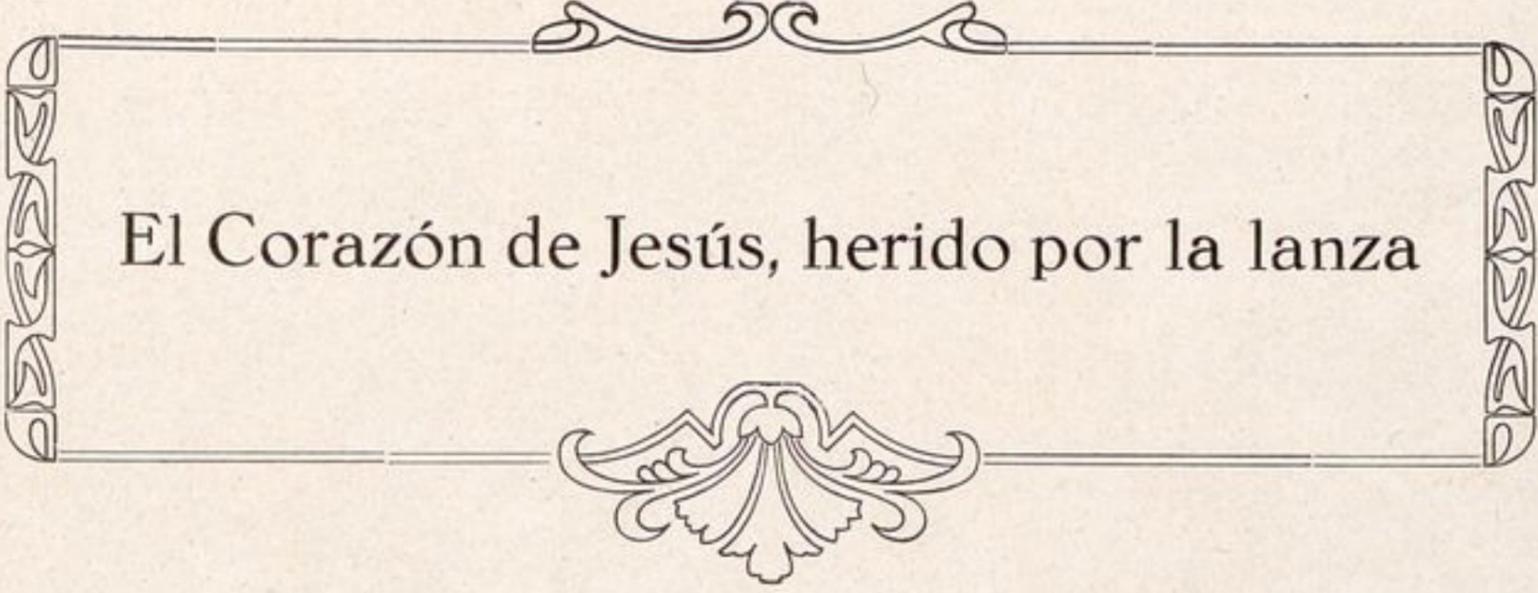
Inician su relato por la entrada triunfal del Redentor en Jerusalén, que la Iglesia conmemora el Domingo de Ramos, como si quisiesen darnos la impresionante lección que se desprende del vivo contraste que presencié la Ciudad Ingrata entre las aclamaciones del domingo y los gritos de muerte de la mañana lúgubre del viernes.

Pero la gran lección nos la da el Maestro en la noche del jueves, el día de su última cena, ya en la intimidad confidente del Cenáculo, escenario de maravillas y misterios nunca vistos, ya en el camino de Getsemaní, a la pálida claridad de los rayos de luna, que se filtran a través del ramaje de los plateados olivos orientales.

La institución del sacerdocio de la Ley Nueva, la comunión cristiana, dádivas ambas de inapreciable valor, es lo que hoy conmemora absorta y recogida la humanidad, en esta fecha cumbre que divide la historia en dos grandes mitades, la que cae al otro lado de la Cruz y la que recibe de lleno el haz poderoso del cono de luz que parte del instrumento sacrosanto de nuestra liberación.

España, clavada ahora en la cruz del dolor, concentra todas sus energías y potencias, habituadas a la contemplación mística y a los arrebatos de éxtasis, en los augustos misterios que la liturgia rememora y a los que el arte y la piedad del pueblo teólogo por excelencia ha sabido dar tan vivo realismo en sus Cristos, en sus Dolorosas, en sus procesiones y monumentos.

El camino de la amargura, que hoy recorre nuestro pueblo, es el camino de su recuperación y de su grandeza, que ya se vislumbra, tras la colina ensangrentada de Calvario, síntesis y cifra de la economía de Dios.



El Corazón de Jesús, herido por la lanza

Lúgubre silencio dominaba en torno del Calvario. Los que antes vociferaban en contra del santo Ajusticiado, al ver las señales de la ira divina en el cielo y en la tierra, bajaban de prisa, en silencio, las laderas del monte; y muchos, golpeándose el pecho, iban diciendo: «Verdaderamente, era éste Hijo de Dios». La Cruz se levantaba en los aires, como el signo que señala el lugar de una catástrofe, y en ella se veía al Redentor con la cabeza doblada sobre el pecho y con todas las señales de la muerte pintadas en el rostro ensangrentado. La vida acababa de abandonar aquel cuerpo en ruina, y la soledad y la tristeza reinaban en aquel teatro de muerte...

Los enemigos habían huído espantados de su negro crimen, y sólo hacía la guardia en torno de la Cruz aquel grupo de corazones amantes que había acompañado a Jesús en su agonía. Estaban allí contemplando, entre lágrimas y gemidos, los destrozos de la muerte, ansiosos de cumplir con los últimos sagrados deberes del amor. Allí estaban María Santísima, Juan, Magdalena y demás santas mujeres, indecisas sobre qué hacer para bajar de la Cruz el sagrado Cuerpo y darle honrosa sepultura, cuando una nueva escena de horror se ofrece ante sus ojos. Soldados armados de lanzas llegaban al lugar del suplicio con la orden de apresurar la muerte de los ajusticiados. Detiéndose Longinos ante el cadáver del

Salvador, y, aunque no observa en él ningún signo de vida, clava la lanza en el desnudo costado de Jesús y atraviesa de parte a parte el Corazón. Un chorro de sangre y agua brota al punto de la honda herida y se derrama sobre la tierra.

Un grito de angustia debió desprenderse del pecho de María y de sus compañeras al ver este acto de inútil crueldad. Debieron pensar que sus sufrimientos no habían terminado con la muerte de Jesús, puesto que todavía se ensañaban en su cadáver. Ignoraban que en este acto se encerraba un gran misterio. Jesucristo lo había dispuesto así para llamar la atención del mundo sobre su Corazón, a fin de que «por la herida visible, viese la llaga invisible de su amor», como dice San Bernardo. Quiso que no quedase sin parte su Corazón en el mar de tormentos que martirizaron su cuerpo para presentarle después a la vista del mundo como víctima del amor a los hombres.

Pensaba, sin duda, el Salvador que había de llegar una época en que la vista de su Corazón llagado atraería muchas almas a su amor y despertaría la gratitud en muchos corazones helados por la indiferencia. Y así, podemos decir con propiedad, que la Cruz fué la cuna en que se meció la santa y dulce devoción del Corazón de Jesús. La herida abierta por la lanza nos convida desde entonces a buscar en ese Corazón amantísimo un refugio en las tem-

pestades de la vida. El Evangelista dice que el costado de Jesús fué *abierto* por la lanza, para indicarnos que esa abertura ha sido hecha para que entremos a ella a buscar la paz y el reposo del alma. Es un nido en que hallarán reparo y abrigo las aves fugitivas que no encuentran en el mundo donde posar el pie fatigado.

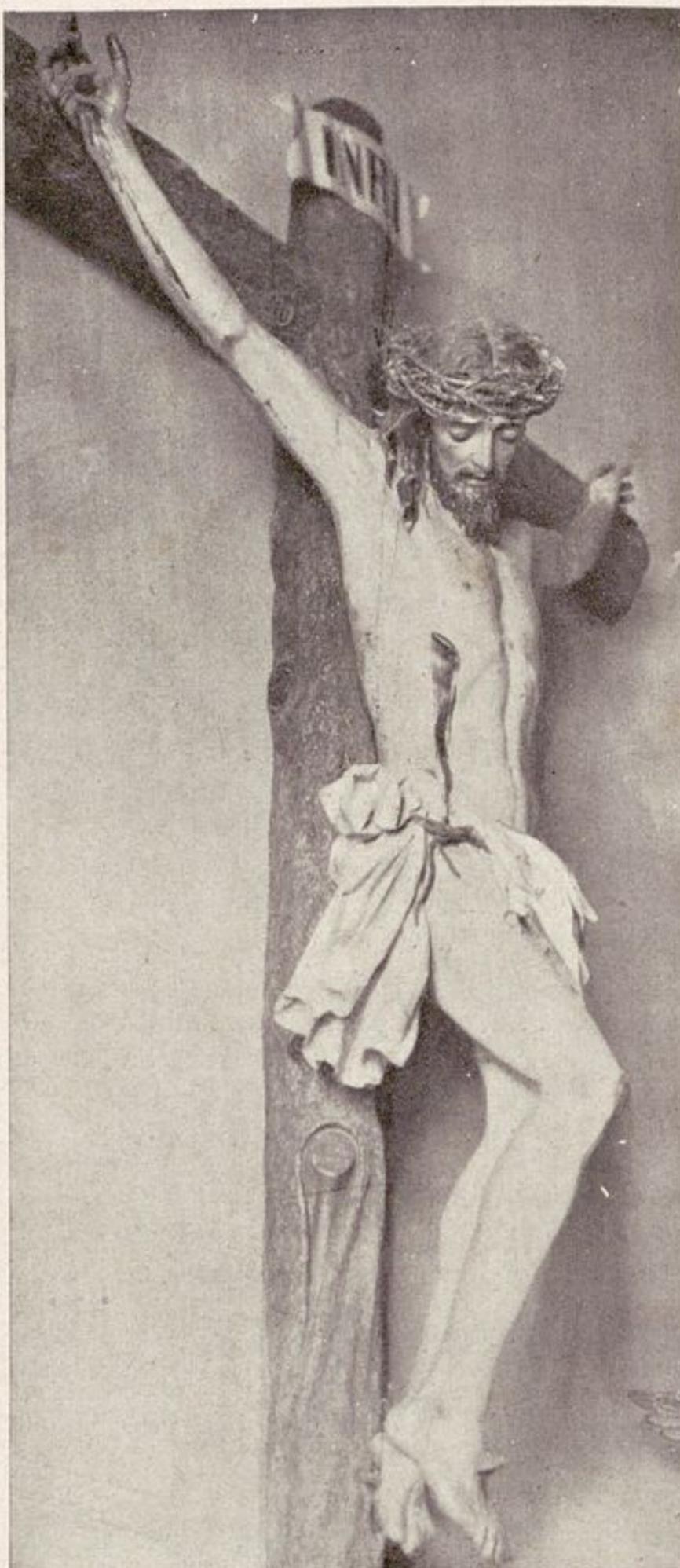
Vamos, pues, con la confianza que debe inspirarnos el amor, a buscar reparo, abrigo y descanso en esa cavidad misteriosa abierta para las almas amantes. Vamos a escondernos allí para escapar a las persecuciones de nuestros enemigos. Vamos a gustar allí las delicias del verdadero amor. Vamos a buscar allí el consuelo y la resignación en las penas y contratiempos de la vida, y esperemos confiados en ese blando lecho la hora de nuestro último sueño.

R. V. ANTÚNEZ.

* * *

Crucifijo en el Museo de
escultura de Valladolid.

(Luis Salvador Carmona.)



“La Muerte y Pasión con que nuestro Rey y Salvador Jesucristo — dice uno de nuestros clásicos — dió remate a su santísima vida y gloriosa predicación, por redimir el miserable cautiverio de la culpa y dar la salud espiritual de la gracia y bienaventuranza eterna de la gloria a todo el linaje humano, es la cosa más alta y la más divina y secreta que ha sucedido en el mundo después que Dios lo creó, ni sucederá hasta el fin de él”.



MISIÓN DE MADRE

Cuando por una meditación o consideración sentida, logra el cristiano *asomarse* a las inmensidades del Corazón de Jesucristo, no puede menos de pensar con amor en el Corazón Inmaculado de la Inmaculada Virgen María.

Y esto, por tratarse del corazón de una madre y del corazón de la Madre de Dios.

Junto a este Corazón creció el Corazón de Jesucristo y fué manifestándose a los hombres en forma de corazón de niño primero, luego en forma de corazón de adolescente, y más tarde, en forma de corazón de hombre, hasta llegar a aquella manifestación postrera del Calvario en que abierto por la lanzada de Longinos, sin puertas ni barreras, mostró aquellos tesoros de caridad infinita que sólo podían proceder del Corazón de un Hombre-Dios.

También entonces estaba allí el Corazón de la Madre, recogiendo, como Cáliz purísimo, las postreras gotas de sangre y de agua del manantial inagotable del amor.

¿No podrían las madres españolas, para formar el corazón de España, *asomarse* al Corazón de Jesucristo y *preguntar* al Corazón de María cómo deben formar el corazón de sus hijos?

La gran obra de una madre es formar el corazón de su hijo. A esto se reduce toda su labor de madre.

Si ha habido madres que de verdad lo hayan sido para sus hijos, entre

todas descuella la madre de San Agustín. Santa Mónica es la formadora de Agustín. Pues a San Agustín se le representa con un corazón, todo fuego, en la mano. Y San Agustín casi no es otra cosa sino este corazón. Su madre, al formarlo, no hizo, apenas, otra cosa sino formar un corazón. Esta es la tarea de las madres. Mas como las madres, hartas veces, se olvidan de su deber, resultan los hombres desproporcionados en su crecimiento. En las escuelas, universidades y demás centros de cultura se les desarrolla el entendimiento, pero ¿se les cultiva asimismo el corazón...?

El corazón de los hijos es un santuario en el que si penetra la experta mano de una madre cristiana ya está hecha una grande y prometedora labor, que dejará huella imborrable en el corazón del hombre.

Sea lo primero que se proponga la madre, en esta labor inicial, procurar que sus hijos tengan *un corazón grande*. ¡Hay por el mundo tantos corazones *pequeños*!

Y el corazón evidentemente se agranda con los grandes ideales, con los grandes proyectos, con ambientes levantados, con el contacto y la proximidad de otros corazones engrandecidos y enriquecidos con virtudes. Corazones pequeños y mezquinos, achican las ideas y empobrecen las obras.

Corazones grandes, de levantados

vuelos, tiran hacia arriba de la tierra y el barro, y parecen que ponen luz en aquello que aman.

Así aconteció con el corazón abrasado de Santa Teresa de Jesús, que puso tal grandeza y elevación en sus obras, en sus relaciones, en sus trabajos, en sus penas, en sus hijos, que a través de los años y a pesar de los enemigos de la Iglesia, se la sigue viendo gigante y luminosa como un símbolo de la raza y como una de las obras maestras de Dios Nuestro Señor.

Pongán las madres la mira muy alta cuando formen el corazón de sus hijos para Dios y para España. ¡Tienen ejemplares tan ricos y selectos!

Aquellas divinas impaciencias de un Francisco Javier, ¿qué son sino latidos de un corazón enardecido por el amor a Dios y a las almas, que quisiera abrasarlas a todas para levantarlas hasta las alturas de la gloria?

¿No es el corazón del Beato Diego de Cádiz el que recorre las tierras andaluzas, primero, y las tierras todas de España, después, entregándose a pedazos a todas aquellas almas que, enardecidas le aclaman como apóstol?

Para ganar al pueblo español y llevarlo a la grandeza de sus destinos, no bastan inteligencias cumbres que lo organicen y regulen sus leyes. Por algo le dió unidad la Iglesia Católica, que es madre, y cuando una madre forma el corazón de sus hijos, deja, junto a la virilidad y fortaleza, propios de la raza, la huella imborrable de la ternura, de la delicadeza y del amor.

Las madres de los hijos de España imitan a la Iglesia en su formación. Mejor aún que imitarla, síganla; sean discípulas fieles de esa gran maestra de la vida, en costumbres y en fe.

Hagan del corazón de sus hijos corazones *buenos* para Dios, *buenos* para los prójimos, *buenos* para la Patria, *buenos* para el pobre, *buenos* para el enemigo, *buenos* para la familia y el hogar...

Sea el mayor baldón para una madre cristiana el escuchar que su hijo es hombre de *mal corazón*.

Mal corazón fué el de Judas, que por unas monedas vendió al Divino Maestro, y mal corazón tienen los traidores, los ingratos, los desleales, los avaros y los cobardes.

Por eso las madres, conscientemente cristianas, deben desarraigar del corazón de sus hijos, desde pequeñitos, esas malas raíces de vicios transcendentales.

En el Corazón Divino de Jesús encontrarán lo más noble, lo más grande, lo infinito en la Caridad y en todas las virtudes.

Asómense, sí, asómense todas las madres a ese infinito de grandeza suma. La inmaculada Virgen María puede y debe ser la Maestra que les muestre tan ricos tesoros. También su Corazón participaba de las grandezas del Corazón de Jesucristo, como deben participar los corazones de las madres españolas.

MARÍA JOSEFA SEGOVIA

Escribid, Señor, vuestras heridas en mi corazón para que en ellas lea vuestro amor y vuestro dolor, a fin de que viendo vuestro amor, desprecie por Vos cualquier amor, y viendo vuestro dolor, sufra por Vos cualquier dolor.

(SAN AGUSTÍN).



La Piedad, es obra toda misticismo e hija del ambiente que descalzos y jesuitas condensaron en aquel momento glorioso de la vida nacional... La Virgencita con su manto de terciopelo negro, llena de dolor y blanca de luna, va la tarde del Viernes Santo por las rúas de la histórica Ciudad de los Almirantes...

Los Dolores mentales

del Corazón de Jesús

Con este título escribió la bienaventurada Bautista Varani, monja clarisa, ocho meditaciones a los fines del siglo xv, de las cuales el Breviario hace mención honorífica. Ya en el siglo xiii se le apareció Jesús, mostrando su Corazón angustiado, a la bienaventurada Margarita Coloma, austera hija de Santa Clara, y algo más tarde, a la Terciaria Seráfica Beata Ángela de Foligno, explicándola los dolores internos o las penas mentales y las agonías de su sacratísimo Corazón, y a fin de que los corazones se muevan a la meditación de estas agonías y finezas del amor del deífico Corazón, veamos lo que nos dice la seráfica Madre Bautista Varani.

Reduce a ocho las espadas o las penas que atravesaron su Corazón y los pone en este orden: 1.º El primer dolor mental de Cristo Jesús fué la pena que tenía de los condenados. Cuanto mayor sea el amor, tanto mayor es el dolor. Y como Cristo los amó e hizo tanto por su salvación, fué inmenso el dolor que sintió por su perdición eterna. 2.º El segundo dolor mental del divino Redentor fué la congoja por las almas escogidas; pues al considerar que fueron criadas para amar y servir a Dios y ser glorificadas en el cielo, y que se habían de separar de Él por el pecado mortal, esta ingratitude le parte el Corazón, aunque sabía que después se había de convertir.

3.º El tercer dolor fué la consideración de lo mucho que había de sentir su Santísima Madre en la pasión y muerte de su Hijo, a quien amaba casi con amor infinito. 4.º El cuarto dolor era la pena que había de sentir en la sacratísima pasión María Magdalena, porque amaba con suma intensidad a su Maestro. 5.º El quinto dolor provenía de sus amadísimos discípulos, porque veía el grande amor que le tenían, y al mismo tiempo consideraba su dispersión, quedándose sin Pastor y Maestro. 6.º El sexto dolor fué la ingratitude y la traición de Judas, la dureza y la obstinación de su corazón. Perderse un discípulo de su apostolado, le ponía en agonía su Corazón. 7.º El séptimo dolor fué la ingratitude y la perfidia de su predilecto pueblo judaico, que, después de tantos milagros y beneficios, después de tantas profecías y avisos, le había de crucificar inhumanamente. 8.º El octavo dolor mental de Jesús, encierra todos los pecados y todas las ingritudes de todas las almas, que, después de tantos beneficios, habían de continuar crucificándole.

Tenía, pues, motivos el divino Redentor para ponerse en agonía con tanta opresión que le hacían estas consideraciones en su Corazón. Hasta tal extremo llegó su pena, que mil veces hubiera muerto, si por medio de un ángel no hubiera sido confortado para

sufrir aún mayores tormentos por nuestro amor. El santo Evangelio explica la intensidad de los dolores internos o mentales de Cristo, cuando nos dice, que fueron tan profundas y terribles estas penas, que a todo un Dios le pusieron triste y abatido, *tristis est anima mea*. Y llegó a tal extremo y angustia esta tristeza, que le puso sudando sangre y en agonías, *factus in agonía*.

No es posible declarar en este mundo la congoja del Corazón de Jesús en estas consideraciones, porque las afecciones internas no se pueden explicar, si no se pasa por ellas. Y fué tan largo este martirio y agonía, que duró desde la concepción hasta la muerte de Cruz, porque siempre tuvo presente ante sus ojos la ingratitude del hombre, *et dolor meus in conspectu meo semper*.

Por esto, cuando Cristo Nuestro Señor andaba por el mundo, se apartaba algo lejos de sus discípulos, y clamando con lágrimas, suplicaba por los pecadores a su eterno Padre, con tanta constancia y virtud, que no hay entendimiento de algún hombre mortal que pueda pensar cómo esto era. Lloraba, y con grandes voces y gemidos pedía, con las rodillas hincadas en el suelo, la salvación de los pecadores. De manera que pudo muy bien decir: Los arroyos de la maldad me contur-

baron y me pusieron en agonía. San Francisco de Asís toda esta consideración reducía a estas palabras tan profundas como expresivas: *Amor non amatur*, el Amor no es amado. Por lo que con frecuencia andaba llorando por las calles y plazas y exclamaba con celestial unción: ¡El Amor no es amado! ¡El Amor Jesús no es amado! Y cuando le preguntaban por qué lloraba, respondía: ¿No he de llorar? ¡Ah! nuestro Amor Jesús no es amado! ¡El Amor no es amado!, y proseguía llorando y repitiendo las mismas palabras.

En vista de esto, oigamos lo que nos dice nuestro amantísimo Redentor: *¿Una hora non potuisti vigilare mecum?* ¿Una horita no puedes pasar conmigo en la meditación de mis dolores mentales, de mis angustias y agonías? ¿No has de pasar una hora conmigo en Getsemaní, considerando mi sudor de sangre, mis congojas y fatigas que padecí por tí? ¿Serás tan ingrato y duro de corazón? Basta de ingraticudes y pecados, de tibiezas y disipaciones. Pasa una hora en la consideración de estas verdades y se ablandará y se enfervorizará tu corazón. Experimentalo, y me lo dirás.

FR. ANDRÉS DE OCERIN-JÁUREGUI

Franciscano



Semana Santa de Valladolid

El Venerable Padre Fray Luis de Granada
y los "pasos" de la Sagrada Pasión del Salvador

Acaso sorprenda a los piadosos lectores de esta Revista, el epígrafe un tanto raro del presente artículo; pero confío en el Señor que quien, a pesar de ello, perseverare en su lectura, sacará de ella más provecho que de la erudición histórica o de la ilustración artística, que en otras ocasiones he procurado ejercitar en torno de nuestros afamados pasos, a los cuales, no ya sólo los vallisoletanos, sino hasta los extranjeros, siglos ha, calificaron ya *de los mejores que hay en Castilla*.

Acaso, o sin acaso, provendrá su mejoría de que los artistas que los labraron, si no fueron todos hombres de oración que merecieran el desdeñoso epígrafe de *beato*, con que un crítico irreligioso creyó baldonar al gran imaginero Gregorio Fernández, fueron a lo menos hombres de fe, que creían hondamente los misterios que trataban de representar, y, para hacerlo más a lo vivo, leían en las Sagradas Escrituras los pasajes que habían de constituir sus asuntos; y como frecuentemente aquéllas son harto sucintas y prestaban poco jugo a su imaginación, recurrían a libros devotos que les proporcionaran más pormenores, y aún buscaban *ex professo* que la unción de aquellos libros avivase un tanto su fervor.

El *si vis me flere* de Horacio, aplicable a todas las Bellas Artes, le interpretaban ellos, y con razón, en el sentido de que si deseaban promover la devoción, la compasión, la ternura de afectos, mediante sus imágenes, no se contentaran tan sólo con lucir sus conocimientos anatómicos, ni con dar belleza a sus estatuas, y animación, expresión y realismo a sus grupos, sino que a más de todo esto y de la naturalidad que rebosan, era menester sentir piedad, para hacerla sentir a quienes habían de ver sus pasos.

Traté ya de probar en *El Buen Pastor* que el maravilloso retablo, en que labró Juni *La unción del cadáver del Señor* para adornar la capilla, que en el claustro de nuestro desaparecido convento de San Francisco encerraba la sepultura del Cronista del Emperador, el amenísimo Fray Antonio de Guevara, estaba calcado sobre uno de los libros más devotos que salió de su fecunda pluma, del famosísimo *Monte Calvario*, con que tantas almas espirituales saciaron su contemplación en el siglo XVI y siguientes; y el año pasado no hallé mejor ilustración para explicar y

declarar el *Cristo de los Artilleros*, que entresacar unos párrafos del bellissimo capítulo, en el cual es bello hasta su título «*es el Salvador burlado de los soldados gentiles*», o sea el XXII del áureo libro *Historia de la Sagrada Pasión* del incomparable P. La Palma, S. J., en el cual sin duda alguna se inspiró Gregorio Fernández.

Lejos de arrepentirme de tales caprichos, me creo hoy en el deber de llamar la atención sobre el paralelismo de muchos de nuestros pasos con el popular opúsculo de nuestro antes popularísimo V. P. Granada (y pluguiera a Dios que lo fuera de nuevo) que lleva por título: «*Sumaria historia y consideraciones de los principales pasos y misterios de la vida de Cristo*»; el cual por su importancia práctica, ya que no es otra cosa que el antiguo tratado clásico que llamaban *Vita Christi*, la incluyó más tarde el V. Maestro en su *Breve memorial y guía de lo que debe hacer el cristiano*.

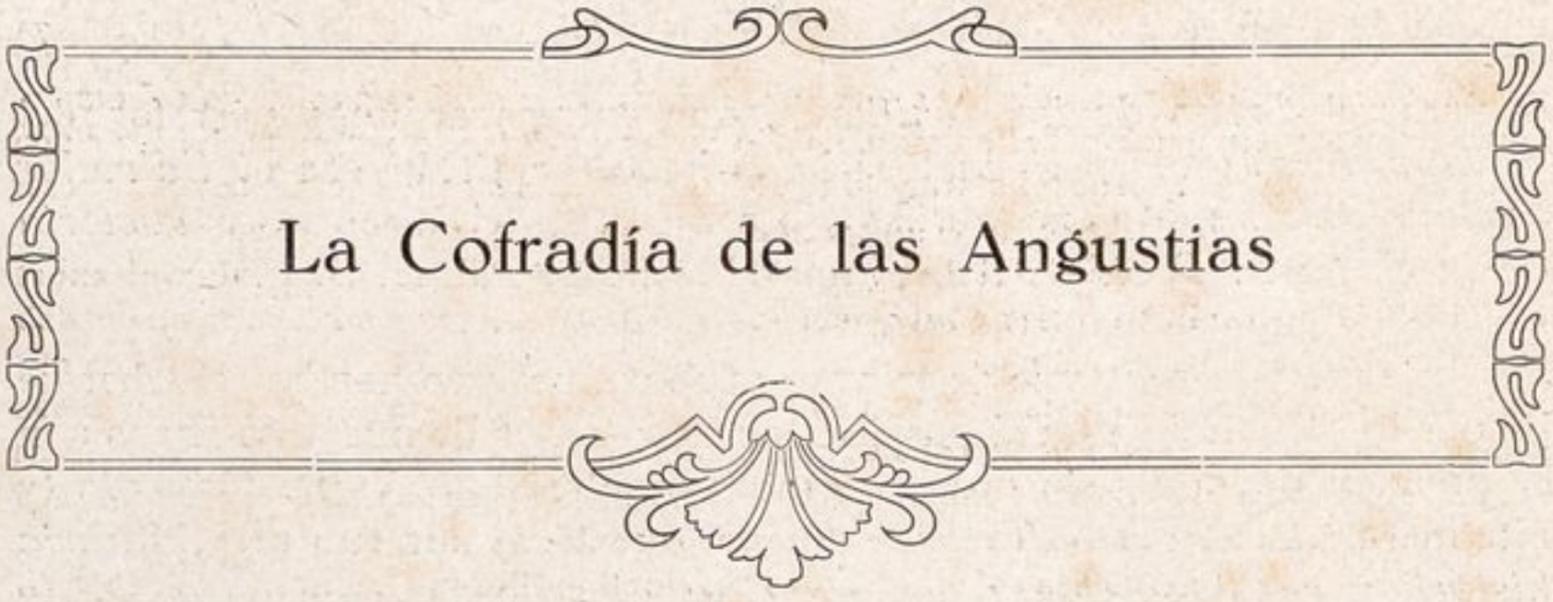
Y si, para muestra basta un botón, ahí va el siguiente: «Pues tú, oh ánima mía, procura hallarte presente a este espectáculo tan doloroso, y como si ahí estuvieras, mira con grande atención la figura que trae éste que es resplandor de la gloria del Padre, por restituirte lo que tú perdiste cuando pecaste. Mira cuán avergonzado estaría allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio colorada y mal puesta, con su corona de espinas en la cabeza, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes pasados, las manos cruelmente atadas, y todo encogido y ensangrentado. Mira cuál está aquel divino rostro, hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rascuñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y renegrida. Y como el Santo Cordero tenía las manos atadas, no podía con ellas limpiar los hilos de sangre que por los ojos caían; y así estarían aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y casi ciegas, y hechas un pedazo de carne y de sangre; finalmente, tal estaba su figura, que ya ni parecía quien era, y aun apenas parecía hombre, sino un retablo de dolores, pintado por mano de aquellos malvados sayones y de aquel cruel Presidente, a fin de que abogase por Él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura».

La irrestañable vena del V. P. Granada impide multiplicar sus citas; pues sería profanación de su abundante estilo convertirle en virtutas; y casi me alegro de que así sea, para que quienes hayan entrado en ganas de comprobar mi dicho, o de tomarme en mentira, lean por sí mismos los últimos capítulos del Memorial, y, cualquiera que sea el juicio que formen sobre mi aserto, saldrán gananciosos en saborear tan devotos, castizos y soberanos párrafos.

Y concluyo por donde empecé: Quien quiera ahondar en el conocimiento artístico de los pasos de nuestros imagineros, lea antes y con detención a nuestros clásicos ascéticos.

JOSÉ ZURITA.

Valladolid, Marzo de 1939.



La Cofradía de las Angustias

Incierta es la fecha de la fundación de la cofradía penitencial de las Angustias de Valladolid, como desconocidos son los primeros días de las otras cofradías que organizaron las famosas procesiones de Semana Santa de los siglos XVI y XVII.

Es más que probable que por virtud de las gracias concedidas a los disciplinantes y asociaciones similares, encargados de sostener ciertos hospitales y de misiones caritativas, entre las cuales entraban dar sepultura decorosa y rogar por las ánimas de los ajusticiados, en gran número, ciertamente, en aquellos tiempos de penas rigurosísimas para los criminales, y muy especialmente por los privilegios otorgados por las bulas de la Santidad de Paulo III, de 7 de enero de 1536 y 3 de octubre de 1545, a las cofradías penitenciales, se iniciaran y desarrollaran en tan gran número, contándose hasta cuatro en Valladolid, en pleno siglo XVI, por más que se citan en la entonces villa, asociaciones piadosas semejantes, mucho antes de las datas de esas bulas, las cuales habrían de servir de estímulo, sin duda alguna, si para la aplicación de sus fines caritativos, también para hacer manifestaciones públicas de penitencia, que dieron lugar a las procesiones de Jueves y Viernes Santos, que si en un principio los disciplinantes eran el motivo principal de ellas, fueron transformándose al compás de los tiempos, hasta convertirse en actos de devoción y de exposición de un arte sumamente popular, con sus famosos *pasos*, constituyendo en el siglo XVII un verdadero alarde artístico, encomiado y elogiado por los escritores de la época. En mi libro *Las cofradías, las procesiones y los pasos de Semana Santa en Valladolid* hago historia de todo ello y no cabe en los estrechos límites que se me asignan un breve extracto, además que he de ceñirme al tema que me ha tocado para este artículo.

Si se tiene en cuenta que en el archivo de la cofradía de las Angustias existen traslados de las dos bulas mencionadas con las fechas de 15 de Diciembre de 1562 y 3 de Marzo de 1563, y que leo en papeles del mismo que en 28 de Diciembre de este último año hizo concordia la cofradía con el convento de San Pablo para tener en él sus fiestas religiosas, y que la primera regla de la cofradía no se aprobó por el Provisor y Vicario general de la Abadía por el Abad Don Alonso Enríquez, que lo era el licenciado Juan de la Portiella, hasta el 26 de Noviembre de 1569, con la denominación de «Nuestra Señora de la Quinta Angustia y angustias y soledad de Nuestra Señora de los Desamparados», puede deducirse que, aunque la cofradía existiera de antes, por esas fechas se constituye canónicamente, con grandes prestigios desde el principio, fomentándola grandemente los escribanos y curiales de la Chancillería, que formaban el principal fondo de las listas de cofrades.

En esa regla de la cofradía se lee en lugar muy preferente: «Hordenamos y mandamos que todos los cofrades desta santa cofradía, el día del biernes de la cruz de cada vn año, seamos obligados açer vna procesión solene lo de mas debotamente que nos los dichos cofrades podiremos y dios nuestro señor nos ayudare, y en ellas leuar las ynsinias que a los nuestros mayordomos y alcaldes paresçiere, en la qual dicha procesion todos los cofrades de diciplina sean obligados de yr en ella y lleuar su túnica e ynsinia de vna señora de la quinta angustia e disciplinarse en la dicha procesion y andar todos los pasos que por los ofiçiales y cauildo y cofrades desta dicha cofradia bien bisto Hordenado fuere, y ansi



mismo los cofrades que fueren de luz sean tenidos y obligados a yr en la dicha procesion con sus túnicas negras y ynsinias y achas o blandones en la Horden y manera y lugar que a los nuestros maiordomos e alcaldes y oficiales bien visto les fuere e mejor les pareciere.»

Uno de los detalles que más llamaban la atención eran los disciplinantes que se reclutaban entre los hombres trabajadores, labradores y gentes del campo, pues los pudientes daban «un criado, un amigo, o persona alquilada» para que se disciplinasen en su nombre. Sin embargo de lo cual los disciplinantes se mortificaban de firme ya que en un cabildo se acuerda «hacer poner angeos—lienzos de estopa—en el claustro de San Pablo—de donde salía la prócesión—para que la Diciplina no salpique las pinturas», si bien se tomaba también otro acuerdo de que se ejerciera vigilancia en algunos parajes de la carrera de la procesión, singularmente donde había encuentros de calles, a fin de que no se salieran de las filas y se escaparan muchos disciplinantes, es claro, de los asalariados, con escándalo y mofa del pueblo.

La cofradía tenía su casa propia en la calle hoy de la Torrecilla, que se llamó en otros tiempos de las Angustias Viejas, y allí guardaba, en estrecha capilla, la joya más precia-da que siempre poseyó con gran devoción: la popular Virgen de las Angustias, la famosa escultura de la Virgen de los Cuchillos, como se llamó más tarde, obra cumbre de la estatuaria castellana.

Como he indicado, al igual que las otras cofradías penitenciales, que celebraban sus funciones en iglesias, tuvo la de las Angustias, sus fiestas en la iglesia del convento de San Pablo, no en su casa propia; pero sirviéndola de estímulo lo que habían hecho las cofradías de la Vera Cruz y de la Pasión, se animó a construir iglesia capaz y suntuosa, y, en efecto, erigió la actual en la plazuela del Almirante, costeando las obras de iglesia y hospital, así como el retablo mayor, el acaudalado Martín Sánchez de Aranzamendi y su mujer Doña Luisa de Ribera, terminándose hacia 1606.

Ha corrido la especie de que Juan de Herrera fué, por lo menos, el trazador de la obra de la iglesia; nada más incierto. Está demostrado ya que el maestro mayor de ella fué Juan de Nates; Gaspar de Vallejo fué el sobrestante, y estuvieron encargados de varias labores, Bartolomé de la Calzada, Martín de Uriarte (de la fachada), Juan de la Muela y Juan de Celaya. Se sabe también que los capiteles fueron hechos por Hernando de Munar y Juan Rozadilla, y las cinco estatuas de la fachada fueron labradas por el escultor Francisco del Rincón, el presunto maestro de Gregorio Fernández, según el P. Matías de Sobremonte.

También se han equivocado los escritores locales en la atribución del retablo, por lo menos de las esculturas, pues se ha dicho que eran de Gregorio Fernández, según unos; según otros de Pompeo Leoni; y alguno las ha atribuído a Miguel Angel Leoni. La obra de ensamblaje del retablo está probado que la realizó Cristóbal Velázquez, y la escultura, lo más probable, como demuestro en *La obra de los maestros de la Escultura vallisoletana*, es que fué obra de Francisco del Rincón, yerno del ensamblador.

De Gregorio Fernández hubo otras esculturas en la iglesia de las Angustias: el estupendo paso de la piedad con los Ladrones crucificados, San Juan y la Magdalena, por lo menos (estas dos últimas aún en la iglesia; las demás en el Museo nacional de Escultura).

Todas las cofradías sacaban sus procesiones en Jueves o Viernes Santo independientemente unas de otras, y eso dió lugar a ciertos litigios y enconos nada agradables. La de las Angustias tuvo sus competencias con la de la Piedad, que guardaba sus pasos en la Merced calzada, siendo el motivo principal la hora de la salida de sus procesiones, y ello dió lugar hasta a pleitos enojosos.

Andando los años se creyó resolver el asunto procurando unir las dos cofradías de las Angustias y de la Piedad, y, efectivamente, en un cabildo extraordinario celebrado por la última en la «casa y hospital de convalecientes que tenemos en la calle de la parra y en la sala de la capilla e yglesia del dho. hospital», pues lo corriente era celebrarles en el convento de la Merced, se acordó la unión de las dos cofradías, no sin ejercerse ciertas violencias y coacciones, unión que aprobó el Obispo Don Francisco Sobrino en 24 de Noviembre de 1617 bajo el título de Nuestra Señora de la Soledad Piedad y sus Angustias, otorgándose la correspondiente escritura el 27 del mismo mes ante el escribano Blas López Calderón.

No contentos con la solución adoptada, algunos cofrades, instigados además por los mercedarios, protestaron de aquélla y movieron pleito, mas fué confirmada la unión y mereció la aprobación real el 28 de Julio de 1618, por lo que el Presidente y oidores de la Chancillería, por auto de 1.º de Diciembre de dicho año, ordenaron la unión de las cofradías, y aunque se suplicó de él, fué confirmado por otro auto de revista del día 15, y se dió la ejecutoria el 16 de Enero de 1619.

Con esto se acallaron, por el momento, los descontentos de la unión, incluso los frailes, y las dos cofradías reunidas en cabildo de 23 de Noviembre de 1619, vieron los capítulos con los que se procuraba la armonía de los cofrades entre sí y entre éstos y los frailes.



Paso de la Santísima Virgen de los Cuchillos.

Y consecuencia de ello fué que en la procesión del Viernes Santo de 1620 salieron juntas las cofradías de las Angustias y Piedad, por el siguiente orden:

- 1.º Pendón de los comisarios de los arrabales y hachas.
- 2.º Dos guiones, hachas y primer claro de disciplina.
- 3.º Dos estandartes (que condujeron Diego Díez, pintor, y Francisco de Velázquez, hijo de Cristóbal, el que contrató el retablo mayor de las Angustias), hachas, segundo claro de disciplina y el paso de la Humildad (que era de la Piedad y representaba el Ecce Homo con acompañamiento de sayones).
- 4.º Otros dos estandartes, hachas, disciplina y paso de Longinos (de la Piedad, del mismo modo, y del que en el Museo se conserva algún resto, del que se deduce su mediocre escultura).
- 5.º Otros dos estandartes, hachas (el claro estaba formado por portugueses), disciplina y paso del Descendimiento (que era de las Angustias y sustituyó a uno viejo que tuvo

la cofradía y era de «papelón». Este paso del Descendimiento de la Cruz, fué anterior al de la iglesia de la Vera Cruz labrado por Gregorio Fernández, y se deshizo luego).

6.º Otros dos estandartes, hachas (claro de mercaderes), disciplina y paso del Sepulcro.

7.º Estandarte, hachas (oficiales, escribientes, etc. de la Audiencia) y la Virgen de la Soledad (la de los Cuchillos, que no leo titulada con este nombre vulgar hasta 1623).

8.º Cruz de la iglesia mayor y clérigos.

9.º Los alcaldes del Crimen.

La diferencia, pues, con la planta u orden de la procesión de años anteriores, era muy pequeña. Únicamente los pasos de la Humildad y de Longinos sustituyeron al Cristo crucificado y a la Cruz de las espadas, que eran de las Angustias. En la procesión de 1623 se sacó un paso que se llamó del Entierro y le llevaban antes del Sepulcro; en la de 1627 y siguientes no salió ya el paso de la Humildad, y en la de 1631 tampoco salió ya el de Longinos y volvió a formar el del Cristo crucificado. Esto último fué motivado en que en 1630 fué también el postrero en que salieron juntas las dos cofradías.

«Algunos Particulares Cofrades de la Piedad» protestaron e impugnaron la unión de las dos cofradías y apelaron al Supremo Consejo de Castilla en 1623 para que se deshiciera aquélla. Y siguió un laborioso pleito que dió por resultado que en 1.º de Junio de 1629 se notificara una provisión a las dos cofradías unidas, ganada por algunos «que se intitulan y nombran cofrades de la Piedad» y el convento de la Merced, sobre deshacer la susodicha unión. El acuerdo del cabildo fué sencillamente que se hiciese «todo lo necesario»; pero el Viernes Santo de 1630 (9 de Abril) fué la última procesión que las dos cofradías sacaron juntas sus procesiones. Y la de las Angustias siguió desde entonces, con la misma vida y desarrollo que llevaron las otras cuatro penitenciales, pues a principios del siglo XVII, o poco antes, se creó la más moderna de Jesús Nazareno.

Expresados muy brevemente estos particulares relacionados con la cofradía de las Angustias, muy poco he de decir ya de la maravillosa Virgen de los Cuchillos, imagen venerada siempre y figura principal en todos los tiempos de la procesión del Santo Entierro.

La fama de la escultura está muy generalizada. Es la estatua de más fuerza expresiva, no sólo de la notable colección de la Escultura vallisoletana, sino de toda la región de Castilla, en la que efectivamente se la considera como la obra magna del Arte de la estatuaria policromada, de la que escribió Bosarte: «La expresión de la cabeza es tal, que toca en lo sublime y no se puede mirar de cerca sin una fuerte emoción interior».

He tratado en muchas ocasiones de esta hermosísima talla, y no sé decir nada nuevo de ella. Se me perdonará que me copie a mí mismo.

«Esta estatua es la que más me ha emocionado de las muchísimas que he visto, la que contemplo con más admiración, la que me hace sentir más profundamente y la que me hace brotar lágrimas de consuelo al ver aquel inmenso dolor, no comparable a ningún otro, porque parece que esa estatua expresa el grito del dolor sublimado hasta lo infinito.

»No representa la resignación de otras Dolorosas, la tranquilidad y aun la actitud declamatoria de otras Vírgenes; resume en sí todo lo bello y todo lo emotivo de todas; es la síntesis de todas ellas, porque expresa la angustia de la Madre al ver pendiente del ominoso madero al Hijo amado, porque refleja el desfallecimiento más aniquilador al contemplarse impotente ante el sacrificio consumado, porque dirige su clamor a los Cielos, no como protesta, pero tampoco con resignación, al acongojarse su espíritu, que eleva al Altísimo como manifestando el dolor infinito que la cuesta, a tal precio, la Redención del hombre.

»No es de extrañar la veneración con que todo el pueblo vallisoletano, culto y no culto, la admira. A todos emociona del mismo modo, y en aquellos momentos en que, solemnemente, es paseada por las calles de la ciudad; en aquel otro en que, en plena calle, ante la hermosa escultura, entona el pueblo la Salve; y en el instante en que es aclamada a gritos, cuando frente a los fieles, entra en la iglesia de las Angustias, batiendo la la Marcha real, está sublime».

Y esa estatua ¿es ciertamente del enérgico y genial escultor Juan de Juní? Yo no he encontrado en los papeles del archivo de la cofradía de las Angustias nada que se refiera a la filiación de tan elogiada obra, como tampoco escribió de ello el archivero perpetuo de la hermandad Don Luis González Frades; todo lo más que encontré fué el dato que apuntó Fray Matías de Sobremonte en la que llamamos *Historia inédita del convento de San Francisco*, cuando dijo que el piadoso pintor vallisoletano Diego Valentín Díaz, «bien noticioso de artífices de escultura y pintura», citó entre los trabajos de Juan de Juní, «la imagen de la Soledad, que está en el palacio de las Angustias». Mas no hace falta, aunque no huelgue, el documento demostrativo de la paternidad de la obra para adjudicársela de todo derecho a Juní. La tradición no interrumpida nunca, el ser Juan de Juní cofrade de las Angustias, como dijo en su último testamento, algo pudieran decir. La mejor prueba, el dato auténtico, están en la obra misma, sin embargo.

Y prescindiendo de detalles que se han dicho de la estatua, como el llamarla «Zapatuda», y que se hizo para un pueblecito de la provincia, y que debían suprimirse las espadas de plata, cuando «puso el autor unos pequeños cuchillos de hierro» entre los dedos de la mano derecha, como escribió Bosarte, he de expresar que la Virgen de las Angustias de Valladolid fué obra estudiadísima y de las que pueden considerarse como definitivas, pues otras dos estatuas del mismo tema y de la misma traza se conocen de Juan de Juní. Son unas modelos de otras; pero la definitiva, como digo, es la nuestra de Valladolid.

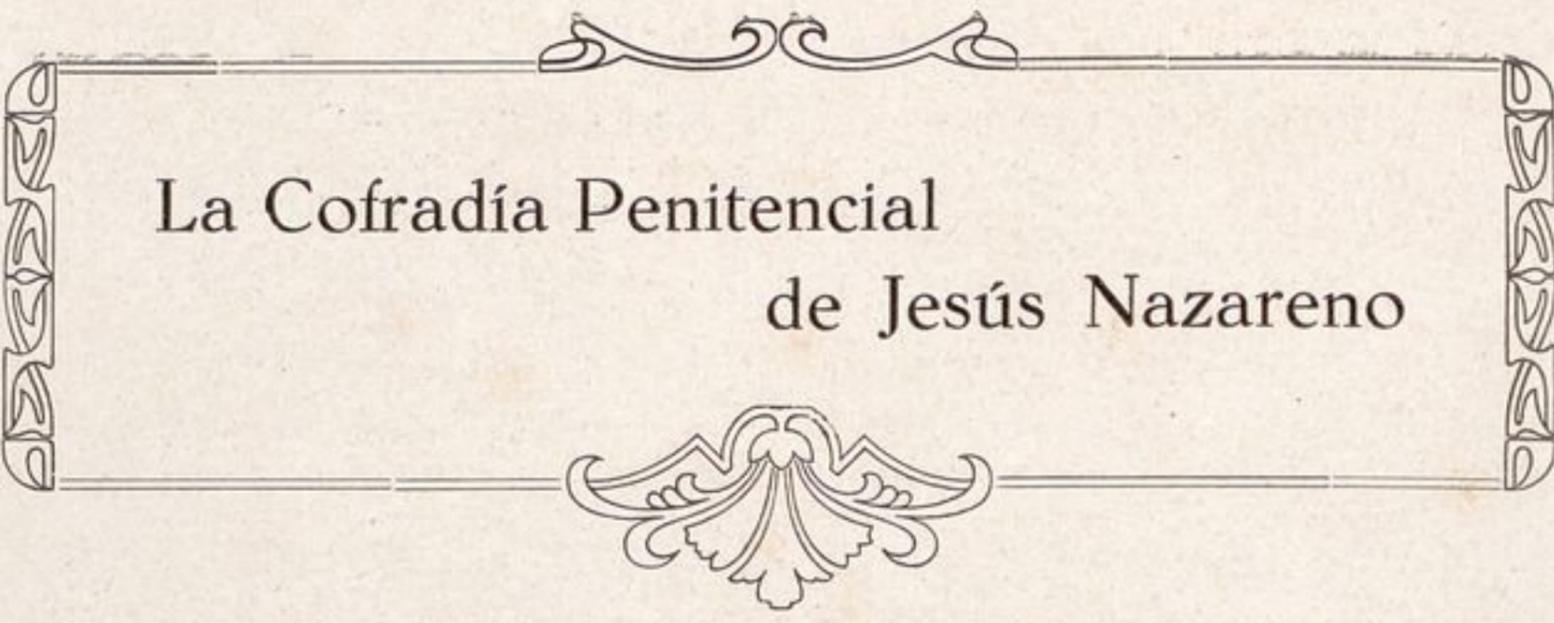
La más antigua de las tres es la que se conservaba en Oviedo, en casa de una de las herederas de Don Felipe Fernández Alonso, y estuvo expuesta en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (no sé si seguirá en el oratorio particular de la familia). Según dejé dicho en el número 18 del *Boletín del Museo provincial de Bellas Artes de Valladolid*, esta escultura fué labrada en León, probablemente para un convento de franciscanos, y allí debió de ser regalada, poco después de la excomunión de 1835, al que, algunos años más tarde, fué obispo de Oviedo Don Ignacio Díaz Caneja, de quien pasó generosamente a los abuelos de las poseedoras de la estatua.

La segunda Dolorosa de Juan de Juní es la de Medina de Ríoseco, y es la más documentada. Idéntica en un todo a la de Oviedo, es poco más alta que ésta, pues no pasa la de Ríoseco de los 119 centímetros en su altura. En lo demás, iguales. Y digo que es segunda obra del mismo tema, porque hay que suponer que la de Oviedo la talló Juní en León, y en León residió el artista antes que en Medina de Ríoseco, y a la de esta ciudad se refiere en el testamento que otorgó en Salamanca en 26 de Octubre de 1540 (publicado por mí por primera vez en el número 8 del indicado *Boletín*), al consignar: «Iten digo e declaro que yo tenia en la villa de medina de Ryoseco una quinta angustia de bulto pintada e todo aparejo della y el obispo de Mondoñedo (era Don Fray Antonio de Guevara) me la pidio e yo dexe mandado en medina de Ryoseco a donde estaba que embiando por ella el dicho obispo de mondoñedo que se la diese...»

Juní pasó de Salamanca a vivir a Valladolid en 1541, y fué cofrade de la de las Angustias cuando estaba ésta establecida en la calle de la Torrecilla, y en su última vecindad en nuestra villa, muy probablemente, año no muy lejano al de 1541, talla la hermosa Dolorosa de Valladolid, entusiasmado del tema, estudiado ya en las dos anteriores estatuas, de mayor tamaño ésta, y en ella apura toda su inspiración y labra, maestro de todo punto, una obra maravillosa, pues la labra, como en otra ocasión escribí, «con más energía de expresión, con más fiereza, si se quiere; pero teniendo a la vista el primitivo modelo, que no rectificó por creerlo obra definitiva: era genial».



Cofrade de Ntra. Señora de las Angustias. Viste túnica y capuchón de terciopelo morado; cingulo encarnado; al pecho una cruz encarnada y un corazón con dos espadas cruzadas.



La Cofradía Penitencial de Jesús Nazareno

Cuando ya en Valladolid se celebraban importantes procesiones durante la Semana Santa, en la cual rivalizaban las cofradías de las Angustias, Pasión, Piedad y Vera Cruz, apareció otra nueva bajo la advocación principal de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en el primer año del siglo xvii.

Establecida en el convento de San Agustín, fué su aspiración primordial la construcción de una iglesia propia en donde poder celebrar sus cultos ordinarios y extraordinarios con independencia de los religiosos Agustinos calzados.

Tras laboriosas gestiones logró un suelo o solar en la plaza de la Rinconada, y sobre él, con muchos apuros y dificultades, consiguió ver elevarse una esbelta capilla, a la cual llevó sus pasos e insignias el año 1676, a la terminación de la acostumbrada procesión de penitencia.

Sucesivamente se realizaron en ella modificaciones y mejoras parciales, como la sacristía, el cerramiento con bóvedas, obra de Bernardo Jiménez (1696), el camarín construido por Pablo Mínguez (1710), al mismo tiempo que se adornaba la iglesia con altares, esculturas y cuadros. Así se conservó hasta que con motivo de reformas urbanas, como consecuencia de la construcción del mercado del Val, se proyectó en 1880 derribarla totalmente, si bien no se llevó a cabo la idea,

aunque resultó afectada en la parte que hoy se nota disminuída.

De los altares construidos en aquella época, sólo se ha conservado el de la Soledad, magnífico ejemplar de madera tallada y dorada adosado al muro como gigantesca cornucopia, en cuyo centro se dejó hueco para la imagen. Juan Correa ensamblador, José Díaz de la Mata tallista y Manuel de Aragón dorador, fueron los artistas que lo ejecutaron en los comienzos del segundo cuarto del siglo xviii.

Los restantes desaparecieron, o desmontados voluntariamente para sustituirlos por otros o destruido uno de ellos por el fuego casual de un incendio. Por estos motivos, tanto el retablo central como los colaterales y los del centro de la iglesia son de fecha relativamente reciente, siglo xix, o por lo menos instalados en la iglesia durante su transcurso. El central se debe al maestro Calixto Alvaro (1817), el lateral de la epístola a Eustaquio Baamonde (1806) y el del lado del evangelio a José Baamonde (1811).

Desde 1601 a 1809 sin excepción, la Cofradía de Jesús sacó su procesión de penitencia en la madrugada del Viernes Santo. En un principio, recién creada, su desfile era impresionante, pues careciendo de pasos, estaba constituido por setecientos hermanos vestidos con túnicas negras y llevando al hombro cruces también negras.

Desde la instalación de la Cofradía en su iglesia, presidió la procesión el Corregidor de la ciudad o su Teniente.

De 1611 es la primera mención de los pasos sin detalles sobre su número y asunto. Años después se especificaron, y así sabemos que aquellos pasos eran tres: el de Jesús Nazareno,

el del Cristo del Despojo y el paso grande o del Cristo crucificado.

La imagen titular de la Cofradía se considera, por tradición, obra de Gregorio Fernández, y si su arte nos permite aceptarla como salida del taller del maestro, la falta de noticias documentales sobre su encargo y talla nos



Nuestro Padre Jesús Nazareno.—Cabeza de la soberbia imagen titular de la vieja cofradía vallisoletana. Este detalle permite apreciar la emocionante expresión del divino rostro de Jesús: tristeza y perdón, dulzura y angustia inenarrables.

Foto Angel Guerras,

confirma en la seguridad de su antigüedad, coetánea de los años en que del taller de la acera de Sancti-Spiritus salían estatuas policromadas para las iglesias españolas.

El paso del Despojo fué tallado por el escultor Juan de Avila, vecino de Valladolid y cofrade de Jesús. Debió ser terminado después de la Semana

por la actual, que suponemos inspirada en la antigua, bien vista y conocida de sus autores el escultor Claudio Cortijo y el pintor Anastasio Chicote.

El tercer paso llamado grande debió su nombre a ser el que tenía mayor número de figuras. La imagen del Cristo de las Agonías, conservada hoy en la iglesia, es la que se construyó para él



¡Paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Santa de 1679, puesto que en la procesión de 1680 salió por vez primera el que entonces se llamó «paso nuevo». Estaba integrado por la figura central que le daba nombre y tres sayones descritos en los libros de la Cofradía con las designaciones: El que tira de la sogá, la figura que barrena y la figura del azadón.

Aquella efigie desapareció en 1799 en el incendio que destruyó su retablo. Y algunos años más tarde fué sustituida

en el último tercio del siglo xvii. En 1684, Juan Antonio de la Peña, escultor que por entonces trabajaba con gran éxito en la ciudad, firmó un contrato comprometiéndose a hacer para la Cofradía un «Santo Christo de bulto, al espirar, desnudo, de dos varas y cuatro dedos de alto» por la cantidad de novecientos reales de vellón.

Le acompañaban cinco figuras secundarias: El sayón de la lanza, el que señala los dados, el descalabrado, el de la

esponja y el del rótulo. La actitud de esta última, la postura de su pierna derecha y la inclinación de su cuerpo hacen pensar que iría colocado en lo alto de una escalera, apoyándose en el travesaño de la cruz y con un martillo en su mano diestra, mientras con la siniestra sostenía el rótulo que pretendía clavar y del cual recibía nombre. El conjunto recordaría el paso del Descendimiento, de la cofradía de la Cruz, y aunque menor en número de figuras debía de ser tan airoso como él, característica que se echa de menos en su forma actual, susceptible de mejora.

Los sayones de ambos pasos forman parte hoy del caudal de nuestro Museo Nacional de Escultura, procedentes de la recogida hecha en 1842 por la Academia de Nobles Artes, cuando ya no se armaban los pasos, para evitar su pérdida y destrucción.

En la iglesia penitencial pueden admirarse, además de las imágenes cita-

das, un buen Cristo yacente inspirado en los de Fernández, en la urna del altar de la Soledad; dos magníficas esculturas de San Pedro y San Pablo, a los lados del altar mayor, a las cuales por desgracia les fué cambiada en 1810 su policromía por una pintura imitándolas a mármol, y un San José, obra del escultor Manuel de Avila y del pintor Bonifacio Núñez (1730-31), el cual junto con el estandarte de la fe, de la Inquisición y un retrato de Fernando VII estuvo expuesto en el balcón principal del Consistorio el día 22 de mayo de 1808, en que el pueblo vallisoletano armado, se manifestó contra el invasor francés.

Adornan las paredes varios cuadros, entre los cuales destacan dos con escenas de la Pasión, cuyo autor pudiera ser el pintor vallisoletano y cofrade Ignacio de Prado que vivió en el último cuarto del siglo XVII y en los dos primeros del XVIII.

FILEMÓN ARRIBAS ARRANZ.

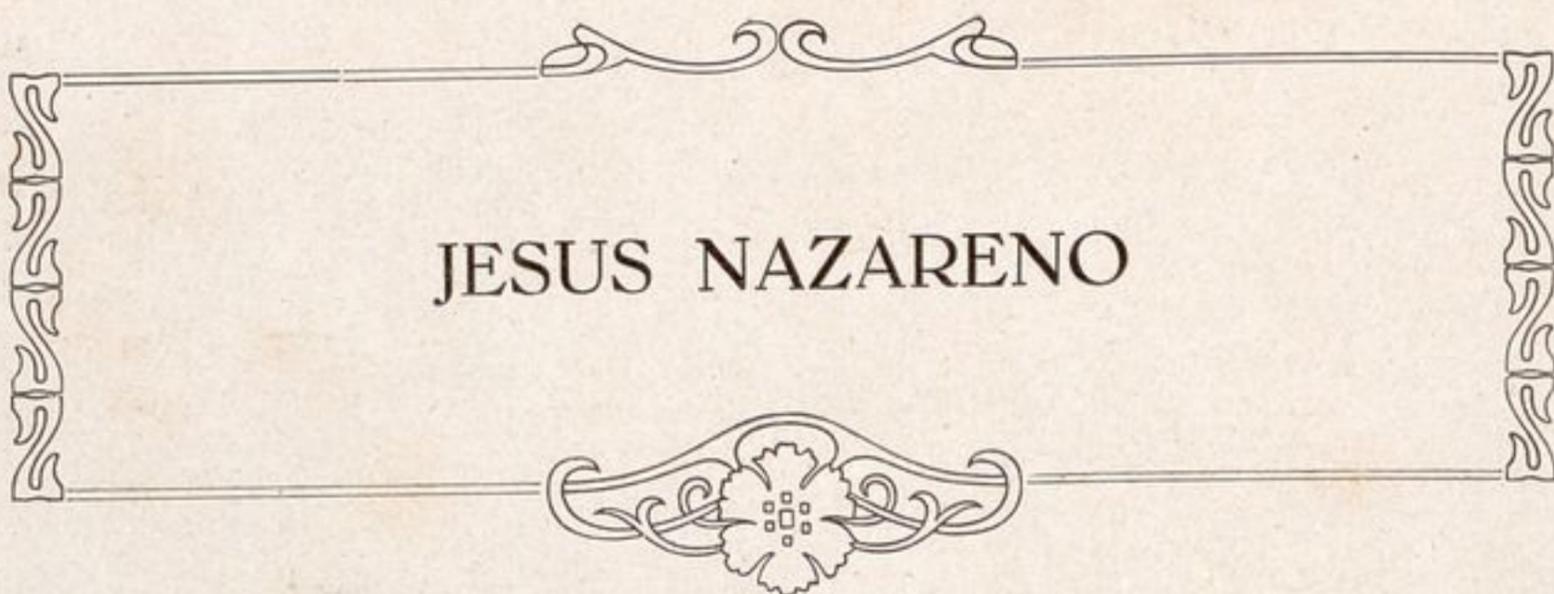


Cofrade de Nuestro P. Jesús Nazareno. Viste túnica y capuchón de terciopelo morado; cinturillo amarillo, zapatos negros y guante blanco.

CRISTO REY.

¿Muerto en la Cruz y Rey?... ¡Pobre cristiano!
 ¿Son acaso señal de realeza
 Las espinas que horadan tu cabeza,
 O la llaga sangrante de tu mano?...
 Y esos hierros y espinas... Y el arcano
 De tu labio con hiel que apenas reza...
 Tu horrible muerte, en fin, ¿dan la certeza
 De que en la Cruz expira un Soberano?...
 ¡Creo, Señor!... De amores clavellinas
 Tus llagas son y al corazón al verlas
 A alzarte Rey sobre la Cruz inclinas:
 Son finezas de amor y al conocerlas,
 Se vuelven rayos de oro tus espinas;
 Se hacen las gotas de tu sangre perlas.

BONIFACIO ESTEBAN



JESUS NAZARENO

*«Y llevando su cruz a
cuestas, salió para aquel
lugar que se llama el
Calvario».*

(SAN JUAN, XIX, 17).

Así, como dice la sobria exposición evangélica, Jesús, Nuestro Señor, en la espléndida imagen que reproducimos, camina hacia el Calvario. Agobiado, ha caído sobre su rodilla izquierda, pero la tristeza de sus ojos brilla iluminada por una dulzura infinita y de sus labios anhelantes, parecen salir aquellas palabras inolvidables y tremendas que caen sobre las mujeres de Jerusalén. Mientras tanto, la divina diestra se entreabre hacia las turbas o acaso temblorosa también hacia la tierra. La figura de Jesús es imponente, impresionante y expresiva en grado extraordinario y un dechado como inspiradora de piedad, de fervor y de respeto ineludible. No cabe ante la estatua del Nazareno, sino hincarse de rodillas.

La escultura, como obra de arte, merece primacía sobre la mayor parte de los similares castellanos y aún sobre aquellas que tienen bien ganada su fama. Aunque la mayor parte de la estatua son ropas talladas, basta la cabeza y las manos de la imagen para disputar al autor de gran maestro. La cabeza es

realmente excepcional, de sentimiento, de expresión, de «espíritu», en una palabra, y como labor de escultura, perfecta.

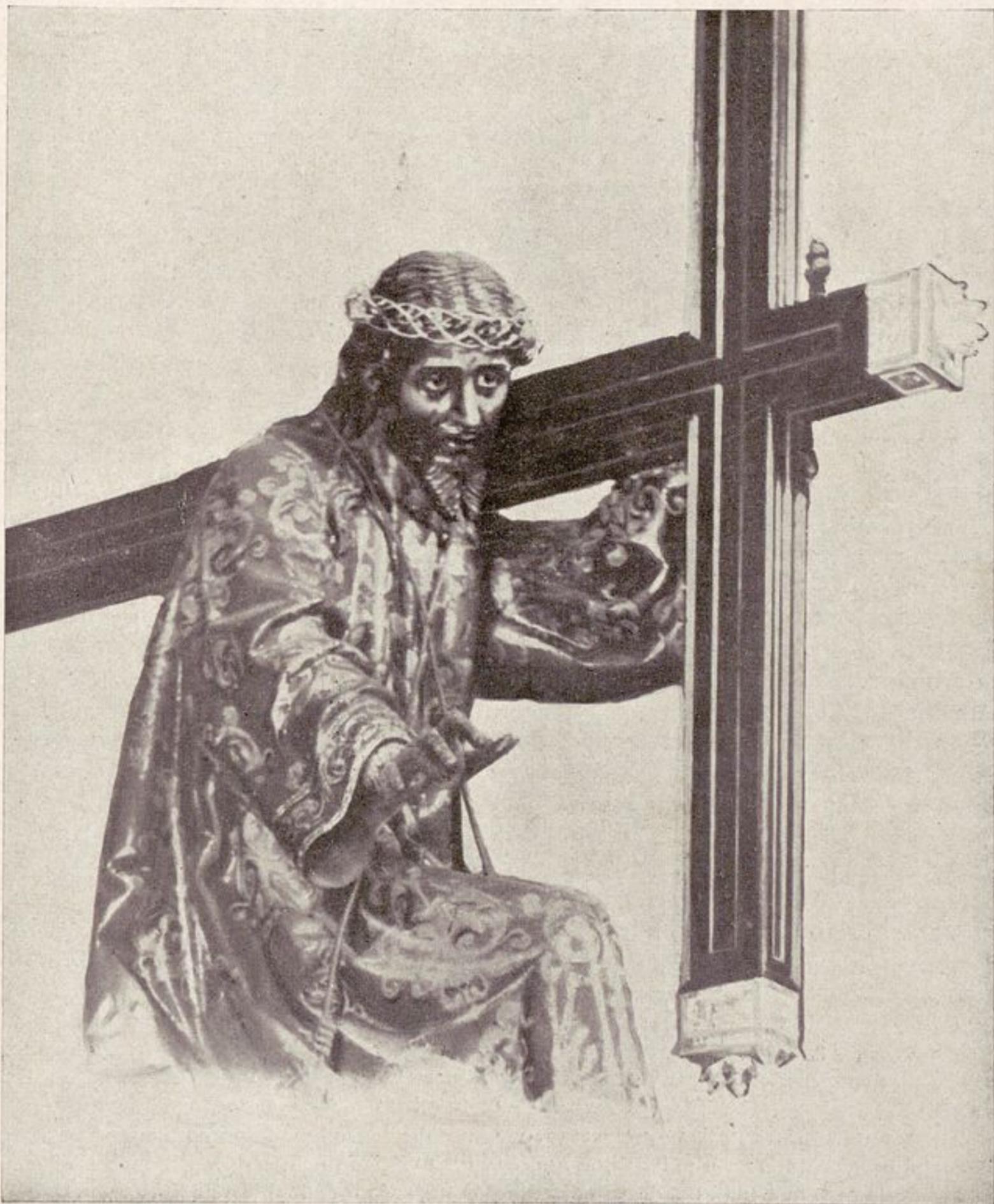
Todas estas alabanzas al magnífico Jesús Nazareno de la vieja cofradía vallisoletana, son justas. Y justificado también el noble y santo orgullo de la cofradía que se agrupa bajo la insigne y piadosísima imagen, honra, prez y gloria de la escultura castellana en sus momentos de máximo esplendor religioso.

A imitación de un prototipo, acaso muy antiguo, son muchas las estatuas de Jesús Nazareno que se hicieron para procesiones en toda España. Probablemente, las más viejas y venerables, estarán por la comarca castellano-leonesa. Pero podría asegurarse que del numerosísimo grupo, no habrá otro ejemplar que supere a éste de Valladolid. La mayor parte de las conocidas pretenden repetir la espléndida imagen de nuestra penitencial, y ello prueba la segura sugestión que, inmediatamente de conocida, debió de ejercer sobre cofradías, artistas y fieles.

Hoy como antaño, en nuestra incomparable procesión del Viernes Santo, la imagen del Señor con la Cruz a cuestas, pasa lentamente, moviendo entusiasmos y arrancando oraciones y lágrimas. Ahora como siempre; ahora más que nunca, cuando todo un pueblo ha com-

prendido al fin que por la Cruz se va a la luz. La voluntad de Dios lo ha querido para nuestro bien, y nuestro Padre Jesús Nazareno, nos lo recuerda, la Cruz a cuestas, camino del calvario, suprema Luz.

F. A.





LA VERA CRUZ

*Primero falta la luz
que cofrades a la Cruz.*

A la gloriosa Orden franciscana se debe gran parte del esplendor de las procesiones de Semana Santa. En su convento nace la cofradía penitencial de la Vera Cruz y en sus claustros se organizan los primeros cortejos de los hermanos de luz y de disciplina que más tarde desfilan por las viejas rúas. En los últimos años del siglo XVI, adquiere tal preponderancia que la capilla conventual resulta pequeña «por el mucho concurso de gentes que de ordinario asisten» y para obviar tan grave inconveniente, los hermanos juntos en la sala de sus cabildos acordaron pedir al Ayuntamiento ciertos suelos que tenían en el testero de la Costanilla, al final de la Platería «para allí hacer una yglesia» (1). Encomiendan la empresa a Diego de Praves, arquitecto de la ciudad, quien nombra como colaboradores a Lucas Ferrer y Juan de Murabay que hacen todo lo tocante a cantería y albañilería (2); y

(1) D. José Martí Monsó en su meritísimo libro «Estudios Históricos-Artísticos» publica un documento referente a la venta del sitio.

(2) Condiciones con las cuales sea de hazer a toda costa la ieseria, ladrillo i andamios de la capilla e higlesia de la cofradia de la bera cruz... conforme a los capitulos

a Juan del Barco, maestro rejero que labra el amplio balcón imperial y las dos rejuelas de las ventanas laterales (3). De la obra primitiva tan sólo queda el pórtico, versión simplificada del hastial de un templo romano, hecha por un artista educado en el estilo herreriano. No hay que olvidar, que Praves trabajó en las obras de nuestra iglesia mayor, al lado del insigne arquitecto de «El Escorial».

No había transcurrido un siglo cuando de nuevo se plantea el mismo problema. En plena marcha ascendente, los viejos y maltrechos pasos fabricados

i condiciones que abaxo iran declarados...
22 junio 1596. A H. P. de P.

(3) Sepan quantos esta carta de obligacion bieren como nos la cofradia y cofrades de la santissima vera cruz de una parte e yo juan del barco rrejero vezino desta ziadud de la otra dezimos que por quanto la dicha cofradia para la delantera de la portada prencipal de la yglesia y casa de la dicha cofradia aya de hazer y aga un balcon de hierro en la dicha delantera de la forma e manera e grueso e tamaño e condiciones questan hechas por diego de praves maestro de obras desta ciudad e firmada de su nombre... digo que tomo hazer y are el dicho balcon de hierro... e se me ha de dar y pagar por cada libra de lo que pesare a rreal y medio... 15 febrero 1598. A H. P. de P.



En la Dolorosa de la Cruz, Gregorio Fernández supo asomarse a las cimas de lo ultrasensible, creando una realidad evocadora de sublimes vibraciones, con rasgos de tan soberano acierto que parece imposible superarlos...

de cartón y lienzo de un extraordinario efecto escénico, se cambian por otros labrados con mayor primor en el taller

de Gregorio Fernández. Era entonces el templo, estuche pobre para guardar tan valiosas joyas:

*Edificio pequeño enbejecido
Y por su ancianidad medio desecho
Era oratorio estrecho y no lucido
De aquel a quien le viene el orbe estrecho (1).*

En el cabildo general celebrado el 9 de agosto de 1667, acuerdan «para mayor lustre y ornato y para más autoridad y luzimiento... el alargar la fábrica de la yglesia que al presente tiene y hazer una capilla donde puedan estar con decencia y capacidad el s^{mo}xpto y auiendo reconocido la estrechura que oy tiene para armar y tener los pasos en la Semana Santa, porque no cabe en el cuerpo principal de la dicha yglesia con que al sacarlos y bolberlos se hacen pedazos las figuras que son de tanta estimacion ni caven os hermanos de trabaxo pa poderlos levantar y asentar... y tambien la falta de sacristia porque no tiene sino un aposento muy pequeño que apenas ay capacidad para poderse vestir los sacerdotes... por lo cual la dicha cofradia tiene necesidad de tomar seis aposentos de largo a alto anaxo de las casas propias de don juan de neira questa en la calle de guadamacileros a espaldas de la dicha yglesia». Encargan de llevar a feliz término tan importante obra a Francisco de la Torre y Lucas López, maestros de cantería que siguiendo los diseños presentados por Juan Tejedor, levantan la capilla mayor crucero «y todo lo demas que se hiciere y añadiere, exçeto el frontispicio y portico que hoy tiene la dha yglesia» (2).

De los retablos sólo hemos conse-

(1) Fiesta que la ilustre cofradía de la sagrada Vera Cruz de Cristo, de Valladolid, celebró este año de 1681 que empezaron el día once de setiembre.

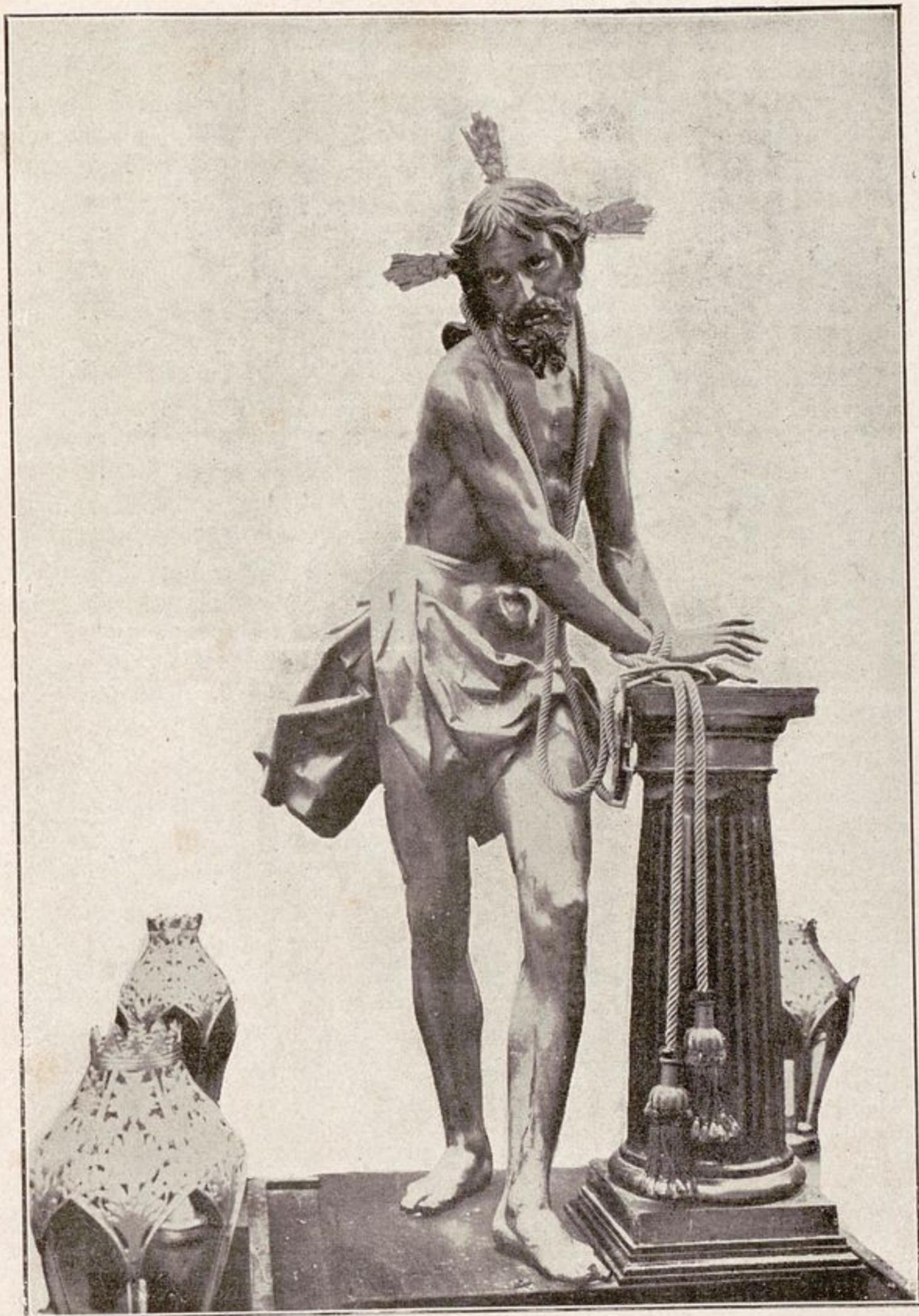
(2) A. H. P. de P.

guido documentar, los dos colaterales de estilo barroco, labrados por José de Castillo el año 1672.

El Libro de Acuerdos registra una fecha luctuosa, el incendio ocurrido el día 24 de abril de 1806. Desaparece gran parte de la fábrica; los fondos de su archivo se convierten en cenizas y por un verdadero milagro se salvan las efigies, que durante las obras de restauración encuentran asilo en la iglesia conventual de San Francisco.

Del convento franciscano partía la tarde del Jueves de la Cena la solemne procesión de disciplina, formada por unos seiscientos cincuenta hermanos de *luz* vestidos con túnica de bocací negro, llevando antorchas de cuatro pábilos, más otros mil quinientos hermanos de *sangre* que durante la procesión, remedaban devotamente, santamente el doloroso trance de la flagelación, pasando y repasando por el torso desnudo unas cuerdas de gruesos nudos hasta hacerle brotar sangre. El donoso escritor portugués Phinheiro da Veiga «vió alguno llevar trozos de sangre coagulada de más de a libra» (3). Ante tan cruenta penitencia no es nada extraño que los estatutos de la cofradía recomendaran a sus alcaldes y mayordomos que al retorno «tengan gran cuidado de tener en el dicho Monasterio de Nuestro Padre Señor San Francisco aparejado lavatorio para cura y lavar las llagas». En

(3) «Fastiginia a Fasto Geniales», traducción y notas de D. Narciso Alonso Cortés.



Detalle de la dramática Flagelación del Señor y uno de los admirables grupos que nos legó Gregorio Fernández. El Salvador atado a la columna es obra maestra del príncipe de los imagineros castellanos, y se guarda como un tesoro en la iglesia de la Cruz.

los claros iban los pasos, grupos escultóricos representando escenas de la



Cofrade de la Vera Cruz. Viste túnica y capuchón negro, capa y cingulo verde.

Pasión del Redentor. *La Oración del Huerto, Jesús atado a la columna, Ecce Homo, El Descendimiento*, todos tallados con sencillez expresiva

e infinita devoción por las gubias de Gregorio Fernández y sus discípulos. Presidiendo el cortejo, la Virgen llena de dolor, sentada al pie del leño santo. Obra culminante del genial imaginero; la más acabada y sobresaliente de las que produjo. Todo ello es labor primorosa de arte sinceramente cristiano, y de una enorme fuerza emocional. «Diseño, paños, artificio de tocas todo es excelente —son palabras de Bosarte—, y por lo que hace a la hermosura de su cabeza, si los ángeles del cielo no buscan a hacerla más bella, de mano de hombres no hay más que esperar...». Cuando en la noche del Viernes Santo, la Virgencita de la Cruz, se acerca al pueblo, le da la sublime lección del amor al dolor. Pues es bien cierto que nunca el hombre es más grande que cuando ungido por la tribulación fija sus ojos en el Cielo. Sin su excelsa diadema es imposible que llegue a las serenas cumbres de la eterna luz.

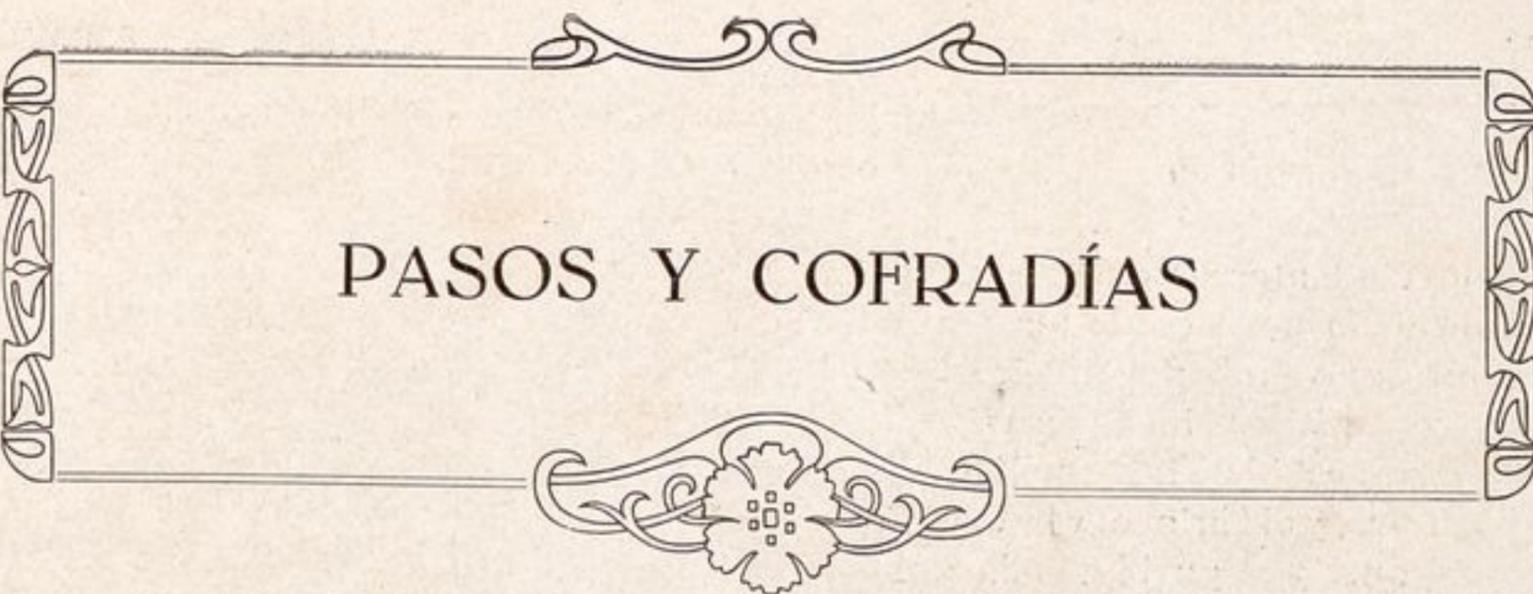
ESTEBAN GARCÍA CHICO

Horas de Angustia

Mirad al moribundo
tendido allá en su lecho,
la mano sobre el pecho
besando el Crucifijo...
¡Cómo su rostro de color de cera
refleja la ansiedad!, fiebre traidora
su corazón desgarrar
al ver cercana ya su última hora;
es viajero eterno que no espera,
náufrago que se agarra
a los juncos que encuentra en la ribera.

Momento aquel sublime
en que contempla allí, no al Dios moderno
que crea la falaz filosofía,
que se confunde con la vil materia
que lejos vive en la región helada
de la estéril y vana Ontología
sin distinguirse apenas de la nada;
no al ser de las venganzas furibundo,
sino al Dios del amor que se esclaviza
y en la cumbre del Gólgota agoniza
¡¡por redimir al mundo!!

PEDRO GOBERNADO



PASOS Y COFRADÍAS

Para llegar a dar caracteres de realidad al drama pavoroso de la Pasión de Jesucristo, representando al vivo cada una de sus escenas, en sucesión ininterrumpida desde el Cenáculo hasta el Sepulcro y haciendo que la sola contemplación de las figuras representativas, plasmadas en la naturaleza muerta de las tallas, produzcan en las almas de los fieles afectos y emociones, como si fueran vividas y humanas, hace falta contar con elementos como con los que cuentan las procesiones vallisoletanas.

Nuestros cortejos procesionales de la Semana Santa y de manera especial la procesión del Santo Entierro, sin igual en el mundo por el alarde del arte religioso en escultura policromada, por lo completo del conjunto, por el realismo de sus figuras en gestos, expresiones y actitudes, por lo acertado de los grupos que constituyen los «pasos» que desfilan en sucesión cronológica, ordenada e interminable, por la fuerza expresiva de las figuras, por la elocuencia muda de los personajes, por el efecto y la impresión que su desfile por calles y plazas produce en el ánimo de los espectadores cristianos y por la fe y la devoción con que nuestro pueblo profundamente religioso y emocionado la contempla, son, podemos decir, el desiderátum y el modelo de lo que puede desear la liturgia de la Iglesia en manifestaciones de este género y la consecución per-

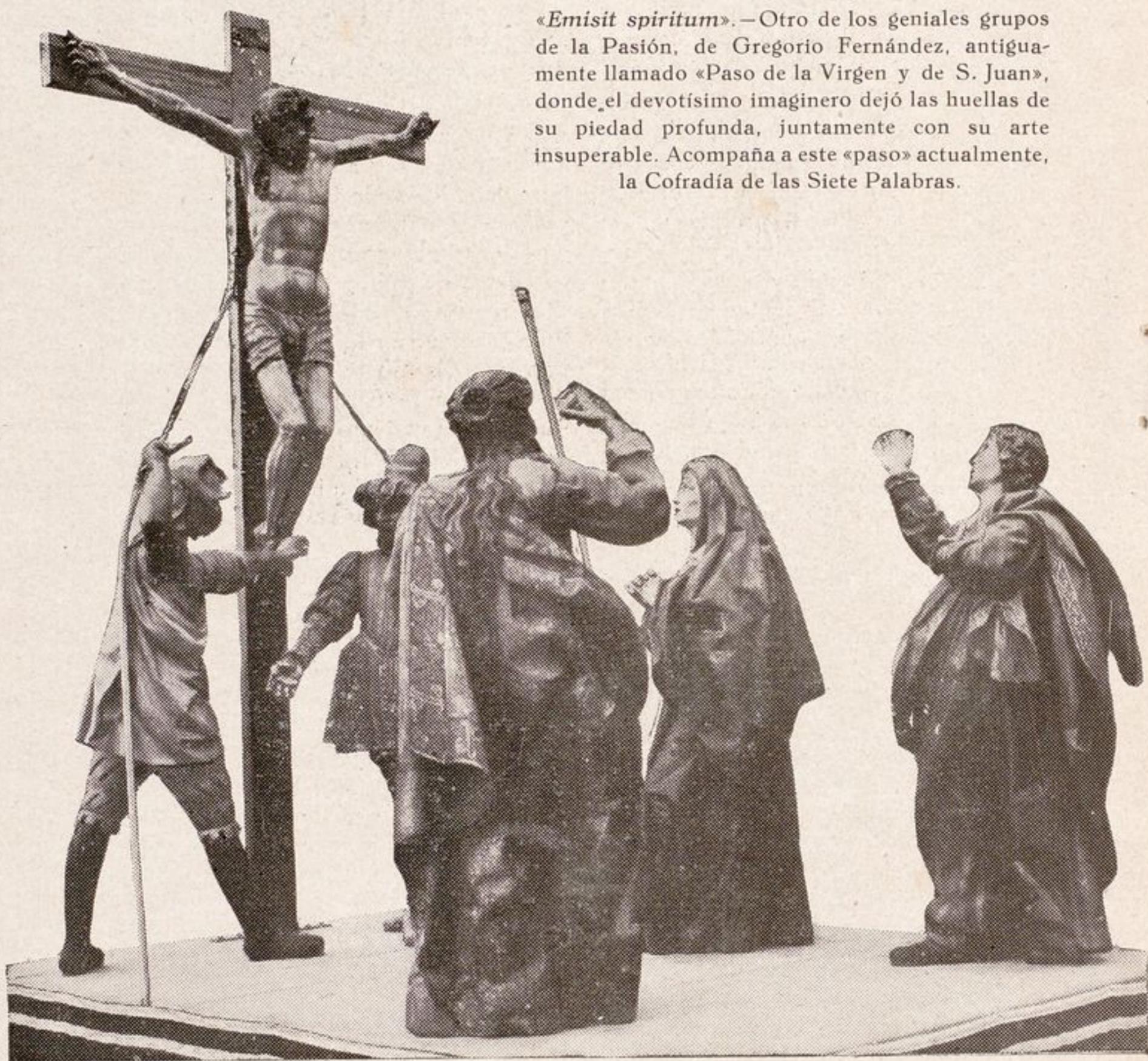
fecta del alto fin para que tales exteriorizaciones del culto católico fueron organizadas.

Porque las procesiones de Valladolid no son cuadros aislados, no son escenas independientes, sin ilación y sin solución de continuidad; es la historia completa de la Pasión, la historia tan magníficamente plasmada en figuras y en grupos que parecen vivientes, la historia escenificada y en movimiento, la historia que en el mudo lenguaje de una plástica, en la que el arte y la fe han contribuido por partes iguales y de una manera maravillosa, se ofrece al pueblo con verismo teatral, en escena, de bulto, tangible, para que entrando al conocimiento y a la sensibilidad de las gentes llegue más fácilmente al corazón. Historia muda, pero maravillosa y sorprendentemente elocuente, en la que las figuras, como si fueran reales, como de carne y hueso, van mostrando en cada caso los caracteres perfectamente definidos del personaje a quien representan y personificando en ellas con la fuerza misma de la realidad los afectos que le correspondieron en los hechos verídicos que se conmemoran. Y allí la serenidad en el dolor; y allí la resignación en la desgracia; y allí la generosidad en el sacrificio; y allí la expresión divina del perdón en el más grande de los holocaustos; y allí la traición, y la maldad y la perversión. Todo allí está expresado con tan magnífica y sublime veracidad, que más

que a una representación escénica y simulada pudiéramos decir que asistimos al desarrollo real de los propios acontecimientos. Perfecta definición, explicación acabada de los personajes la que supo grabar el mágico buril de los cristianísimos imagineros. Allí está Jesús, allí está la Virgen, allí están los Apóstoles, y el Cirineo, y la Verónica, y los sayones y el pueblo, cada uno con

su expresión exacta y todos y cada uno en sus correspondientes actitudes.

Por eso, cuando la procesión del Santo Entierro, a la luz mortecina del crepúsculo de la tarde, entre largas hileras de cirios encendidos y con el acompañamiento de encapuchados, devotos y penitentes, va recorriendo silenciosa y pausada el largo itinerario de su marcha, atravesando calles y pla-



«*Emisit spiritum*». — Otro de los geniales grupos de la Pasión, de Gregorio Fernández, antiguamente llamado «Paso de la Virgen y de S. Juan», donde el devotísimo imaginero dejó las huellas de su piedad profunda, juntamente con su arte insuperable. Acompaña a este «paso» actualmente, la Cofradía de las Siete Palabras.



La Quinta Angustia.—Por Gregorio Fernández. «Voz de dolor» hecha estatua; gemido resignado, clamor de angustia y apelación a lo alto cuajados en escultura. Todo ello, sin duda, quiso y todo ello logró el artista insigne que talla este dramático grupo de Nuestra Señora con su divino Hijo en el regazo.

Gregorio Fernández, con esta obra admirable, crea la pareja de otra bellísima, atribuída a su maestro Francisco del Rincón: es la que remata, arriba, el retablo mayor de la Penitencial de las Angustias. La contemporaneidad de los dos grupos y sus patentes analogías, hacen muy interesante su acercamiento y comparación, para la crítica artística y para aquilatar el posible contacto de los dos escultores susodichos.

zas, cabezeando sus imágenes y sus cruces como al vaivén del oleaje de aquel mar humano de la devoción y la emoción cristiana, todo el patetismo dramático de las figuras, de las imágenes y de los grupos, la fe y la emoción interna que sintieran al esculpir las los artistas, la muda explicación plástica de los hechos reales e históricos que convierte a los «pasos» en elocuentes e inimitables predicadores y actores a la vez en la representación del terrible drama, se comunica a la apiñada muchedumbre que en el silencio impresionante del triste atardecer se agolpa a presenciar su desfile en calzadas, tribunas y balcones.

Y así, el observador psicólogo que contempla la procesión, dejándose llevar de aquel vivo oleaje de la muchedumbre, presenciando la sucesión de escenas del verídico drama, pero atento a las impresiones que su representación causa en el pueblo, puede perfectamente percatarse, por las explicaciones de los espectadores y por las expresiones de sus rostros, que la intensidad de la emoción y el sentimiento tan maravilloso y divinamente cincelado y grabado en las magníficas figuras escultóricas, se comunica al espíritu y encarna en el corazón de los espectadores devotos.

—«Mira. Es cuando Judas le da el beso a Jesús en el Huerto de las Olivas para que sus enemigos le reconocieran y le prendieran para llevarle a la muerte. ¡Traidor! ¡Canalla! ¡Infame! Así paga los beneficios y las bondades del Maestro».

Y los rostros de los que escuchan el breve, pero acertado relato del improvisado explicador, expresan claramente la indignación que en aquellos momentos se apodera de sus almas.

—«Ese es el «paso» de la Flagelación. Sobre las espaldas desnudas de Jesús atado a la columna, descargan esos bárbaros sayones tremendos e innu-

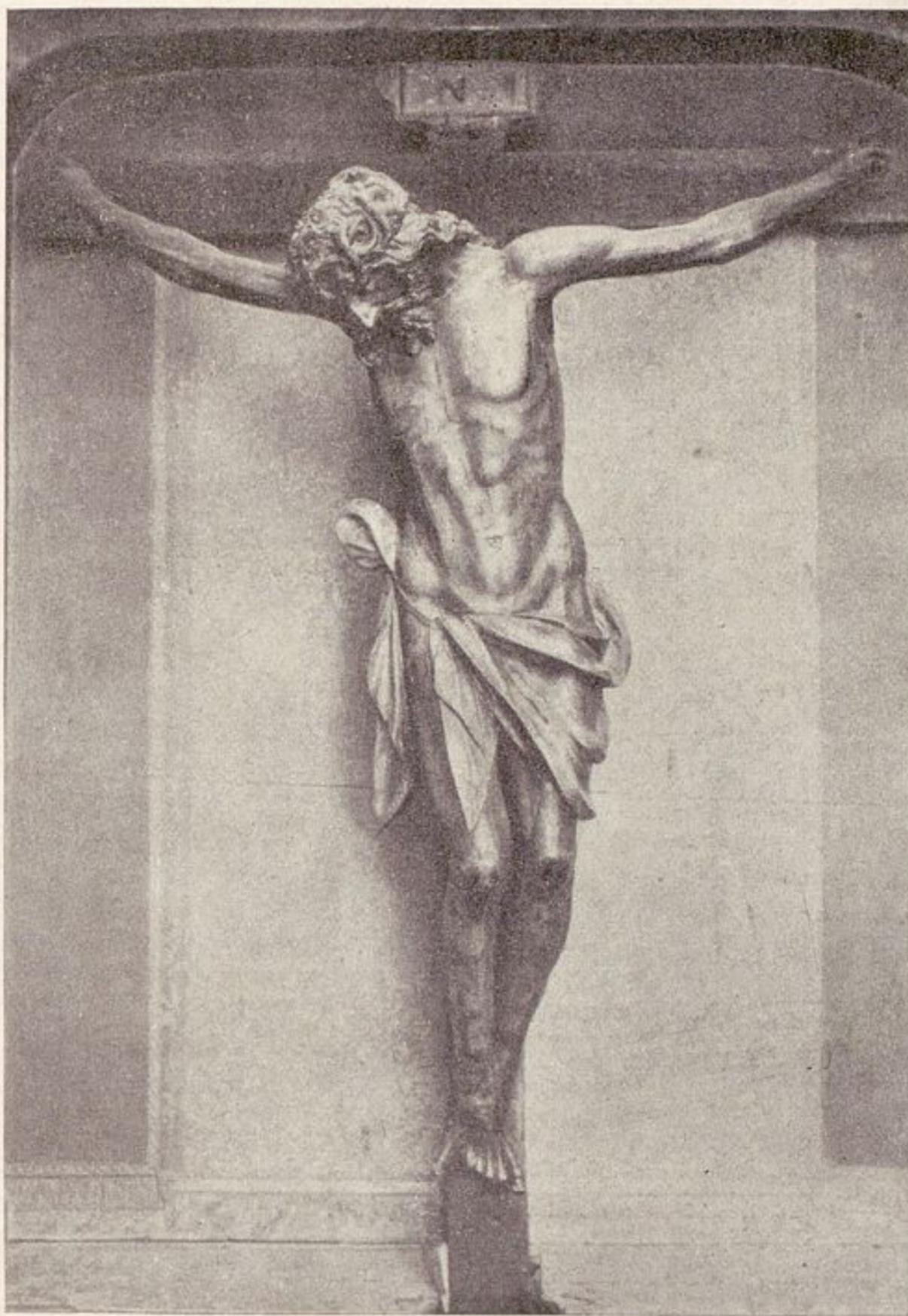
merables latigazos, hasta desgarrar por todas partes sus carnes con los ganchos de hierro en que terminan las puntas de las cuerdas. ¡Y os dejan, infames, que así azotéis al divino Señor! Mira qué cara de criminales ponen al descargar los golpes... Si no me valiera más, yo me subía a la plataforma y os retorció el pescuezo».

Y un jovencuelo, que con los ojos desmesuradamente abiertos, escucha al relator, en su envidiable ingenuidad y rebosante su sensible corazón de indignación, aprieta los puños y busca a su alrededor una piedra.

—Aquí viene la Virgen Dolorosa. Mirad qué cara tiene de angustia y sufrimiento. Se ha encontrado con su Divino Hijo en la calle de la Amargura, cargado con una cruz tan pesada que no puede con ella. Y le va siguiendo camino del Calvario adelante. Y le ha visto caer una y otra vez agobiado por su peso. Y le ve sudar sangre por las heridas que le han abierto las espinas de la corona. Y le ve que vacila... y que se tambalea, y que se desploma nuevamente en tierra. Y ella, su Madre, sin poder ayudarle, sin poder acercarse a levantarlo, sin poder defenderle como defiende a sus cachorros una leona. ¡Pobre Virgen María! ¡Miradla cómo sufre! ¡Mirad cómo traspasan los cuchillos del dolor el corazón de esa Virgen de las Angustias! ¡Mirad qué cara tiene de sufrimiento y de tristeza...!

Es una madre la que explica. Es una madre, que sabe mejor que nadie sondear los abismos y las inmensidades del dolor de María... Y llora ella, al fin, y lloran con ella todas las mujeres que la rodean, mientras sigue su marcha la procesión del Santo Entierro.

Y en un momento el oleaje humano se hace quietud y detiene su movimiento. Y se apaga el rumor de la muchedumbre y se hace un solemne e impresionante silencio... Miran a un

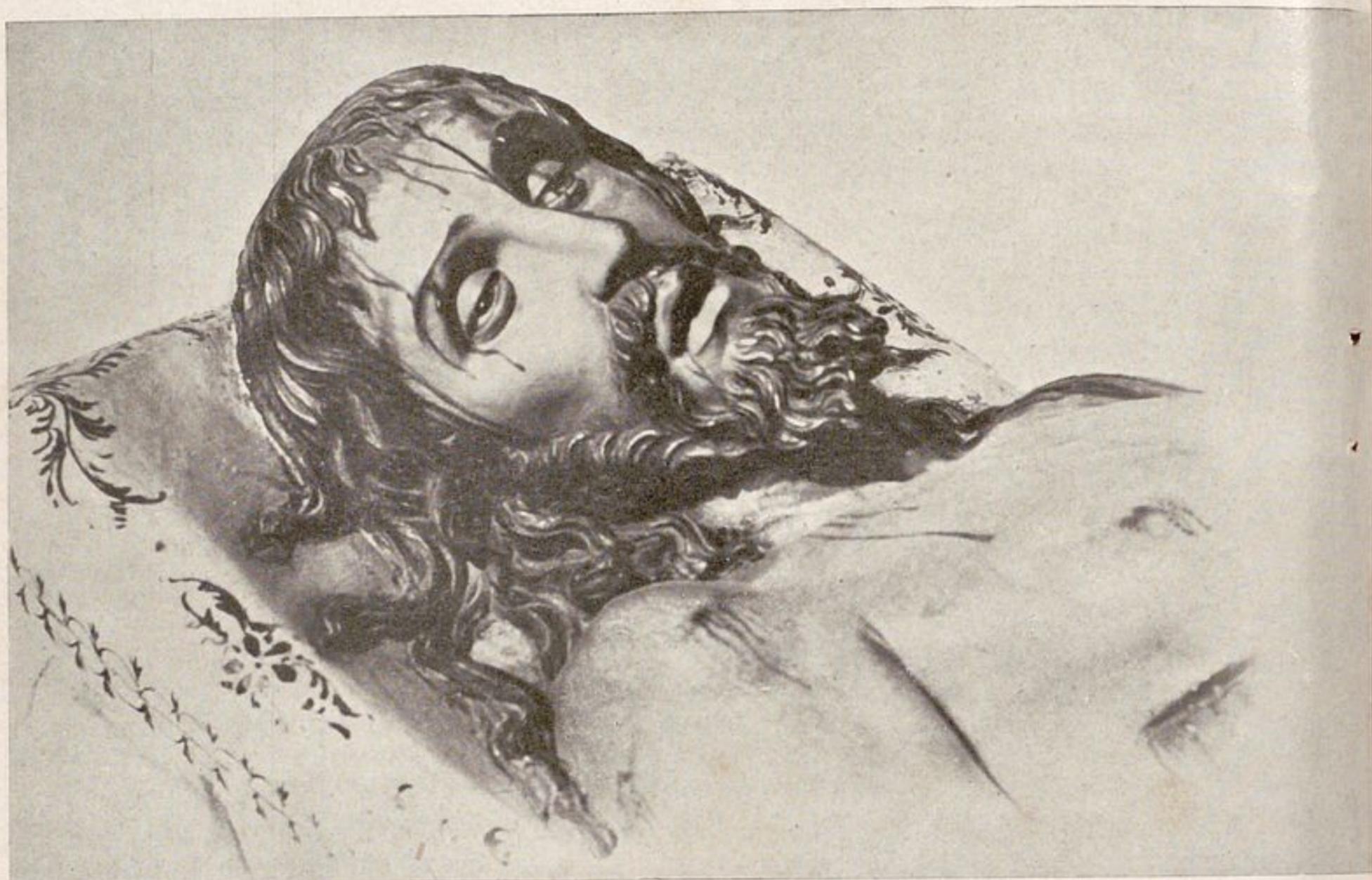


El Cristo de los Carboneros.— Admirable Crucifijo, que se venera en la penitencial de las Angustias y que es el *paso* principal de la Cofradía de la Preciosa Sangre.

punto todas las miradas. Los pechos anhelantes... Los corazones aceleradamente latiendo... Las caras todas tristes... Las almas fuertemente impresionadas... Dios pasa ya encerrado en el Sepulcro. Dios ha muerto...

Esto es lo sustancial en nuestras procesiones. Esta es la fe plasmada en un arte supremo. Esta es la emoción del divino drama de la Pasión que el mágico buril de los artistas cincelara en madera.

También en lo secundario, también en lo accidental son ejemplares y extraordinarias. Nuestros desfiles de Semana Santa, sin perder su carácter penitencial, sin hacerles desmerecer en su significado de culto y de piedad, han adquirido el esplendor y el ornato que corresponde a unas procesiones acomodadas a la época. Y si son grandes y magníficas por el arte y la expresión, lo son también por el atuendo y la ornamentación con que se realizan, debido principalmente a las innume-



Cristo yacente.—Estatua que se conserva en el convento de Santa Catalina; obra de Gregorio Fernández. Pormenor de la magna escultura es este que reproduce la divina cabeza muerta del Señor. Parece que el gran maestro quiso conservar en el sagrado rostro la expresión de la última Palabra y del último aliento. La divina boca entreabierta y en los ojos el velo de la muerte corporal; el Señor, en esta soberbia escultura, acaba de entregar el Espíritu y de ser descendido de la Cruz; el pelo y la barba, parecen todavía empapados del frío sudor... De los Cristos yacentes que labró Gregorio Fernández, sería aventurado formular un orden absoluto, y, sobre todo, nombrar al primero en méritos artísticos, pero lo positivo es, que éste de Santa Catalina ha de figurar entre los mejores y más excelentes.

rables cofradías. Estas, adornan los «pasos», los alumbran y los acompañan durante los desfiles, con sus hábitos característicos y sus uniformes vistosos.

¶ En este sentido y sin referirnos a las tradicionales y clásicas, como lo son las de las Ordenes Terceras, de gran austeridad y las Penitenciales, de las cuales se hace mención aparte, queremos reseñar las Cofradías modernas, cuatro perfectamente organizadas hasta la fecha y que son las que más vistosidad y esplendor dan en la actualidad a nuestras procesiones: la de la Piedad, establecida en la parroquia de San Martín. Da culto al grupo de este nombre o de la Quinta Angustia, obra admirable de Gregorio Fernández y una de las más admirables de dicho escultor castellano y cuyo tema o asunto es la Virgen con el cadáver de su Hijo en el regazo. Es la primera Cofradía que se formó con túnicas y capirotos y está integrada por unos 150 cofrades que visten túnica y capuchón negros y cíngulo y cruz rojos.

La de las Siete Palabras. Adorna, alumbrada y acompaña esta Cofradía el paso denominado «Emisit Spiritum» y antiguamente «paso nuevo de la Virgen y San Juan» y era acompañado por los Congregantes de la Buena Muerte y la Cofradía de la Agonía. Cuenta con 300

cofrades que visten capa y sotana color crema, cíngulo y capirote rojos y en el pecho, dentro de una estrella roja de ocho puntas, la cruz de Calatrava, en azul, y cruzadas la lanza y la caña, en amarillo.

La de la Preciosa Sangre. Esta Cofradía da escolta en la procesión al «paso» de Cristo en la Cruz, vulgarmente llamado «Cristo de los Carboneros», imponente escultura y una de las más antiguas. Está formada por 140 cofrades que lucen túnica encarnada con cíngulo y capirote negros y medalla con cruz. Tiene su sede en la iglesia de las Angustias.

Por fin la del Santo Entierro. Venera y acompaña esta Cofradía, domiciliada en el convento de Santa Ana, el Cristo yacente de Gregorio Fernández, una de las esculturas de más valor entre las que figuran en las procesiones. Forman la Cofradía cerca de 100 cofrades. Visten túnica y capuchón negros, cíngulo dorado y de insignia una venera de oro.

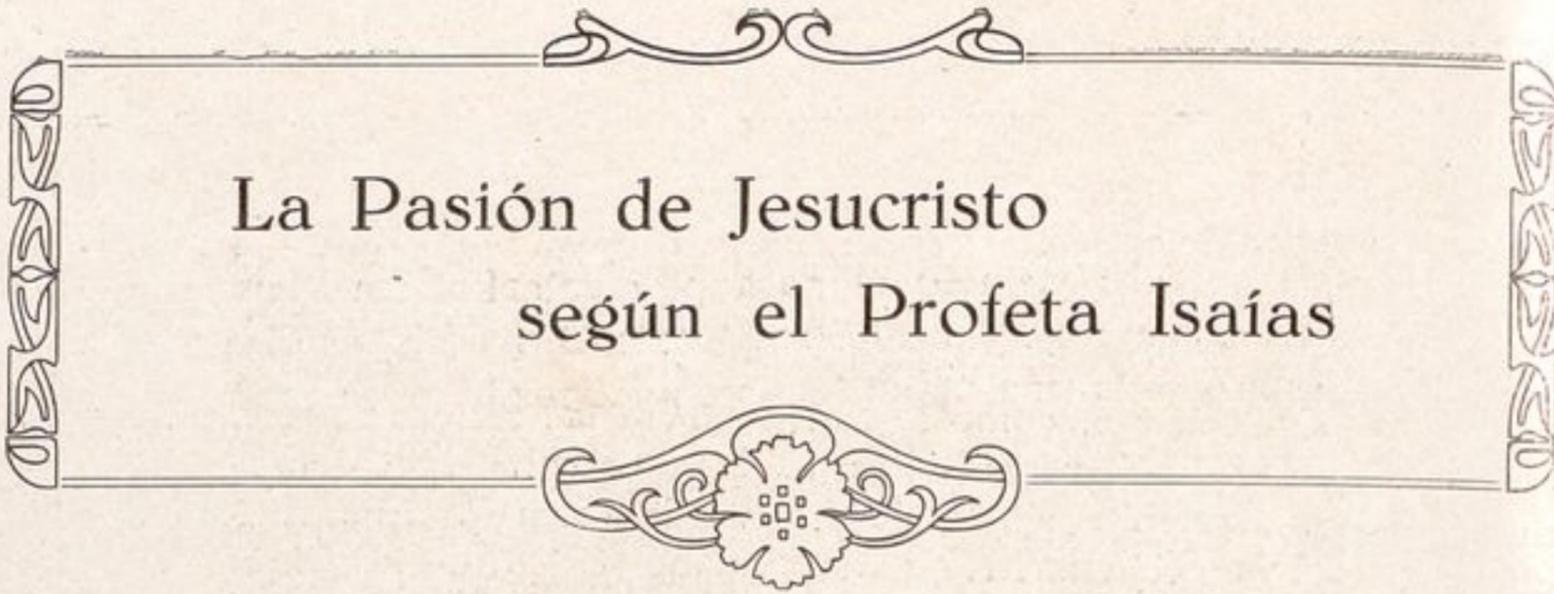
En la actualidad, según nuestras noticias se están organizando otras dos cofradías: la de la Oración del Huerto, que integrará el Gremio de hortelanos y una que formará la Segunda Línea de Falange. De ellas aún no tenemos detalles.

MARTÍN HERNÁNDEZ

Voz del alma

Quiero, Señor, caminar
y por la cuesta subir,
sin cuidarme del sufrir
que en las cruces he de hallar.
Quiero a la cumbre llegar,

apoyada en tu virtud,
llevando al hombro la Cruz
más grande, pues ello a Ti
te da más gloria, y a mí
más paz, más gozo, más luz.



La Pasión de Jesucristo según el Profeta Isaías

La patética liturgia de la Semana Santa entona cuatro veces en los Divinos Oficios el detallado relato de la Pasión, según los cuatro Evangelistas; parece que con insistente pedagogía intenta la Iglesia grabar en los corazones de los fieles todos los rasgos doloridos del Divino Paciente.

Siete siglos antes el mismo Espíritu Santo que habló en los Evangelios movió la pluma del Profeta Isaías y con ella dibujó las facciones del *Hombre herido por Dios, del Varón de dolores* (c. LIII-4): y tal fué la pintura que este Vidente ha sido llamado el *Proto-evangelista de la Pasión*.

Por eso, en la proximidad de la Semana Santa, como piadoso homenaje a nuestro Redentor, queremos ofrecerle en estas líneas algunas flores purpúreas, cogidas en este secular jardín de vaticinios y trasplantadas lozanas con la savia de la fe y filial comprensión en los corazones de los fieles hijos de Cristo.

* * *

No hay apenas un capítulo en este libro profético —el más extenso de toda la Biblia— que no tenga por asunto la figura y ministerios y triunfos del Mesías, desde su milagrosa concepción en el seno de LA VIRGEN, hasta la gloria de su triunfo definitivo a la diestra del Padre y las grandezas sin fin de la Iglesia, su reino espiritual; pero como punto de apoyo de este *Brazo del Señor*, de potencia infinita, descuella la Pasión Redentora, con sus acerbísimos dolores, con sus profundas humillaciones, cual se predicen en el capítulo LIII.

San Pablo dijo que compendia su gloria en no predicar cosa alguna fuera de Cristo crucificado; esta misma es la nota dominante en el grandioso concierto Mesiánico que nos ofrece el Profeta Isaías; y para que sean aún más unísonos los ímpetus del Apóstol y las visiones del Profeta, si aquél en su epístola a los de Corinto, I-1, hace resaltar que «Cristo es la Sabiduría y el Poder de Dios, a pesar de que los judíos le tengan como piedra de escándalo y los gentiles le tomen como objeto de burla y necesidad», el Profeta de la prevaricadora Corte de Judá también anticipa (c. LIII. v. 1.)



Cristo en la Cruz.—Esta bella y dolorosa cabeza de Jesús Crucificado, desde lo alto del madero, derrama una mirada triste y piadosa sobre los verdugos y parece acompañar la súplica anhelante: «Sed tengo», mientras palpita la divina boca, reseca y entreabierta... Porque este hermoso rostro, pertenece al Crucifijo que fué, otro tiempo, figura principal del «paso de la esponja». Hoy se conoce a la devota imagen por el Cristo de la Agonía y se venera en la Penitencial de Jesús.

Obra escultórica realmente notable, es debida a un maestro casi ignorado, Juan Antonio de la Peña, y su fecha 1648. A juzgar por esta escultura magnífica, el artista debió ser uno de los imagineros más inspirados, sabios y cabales de su tiempo.

que serán muy pocos los judíos «que *darán crédito a lo que él profetizase al manifestarles al brazo del Señor*» (Cristo).

Este es el doloroso grito que como «Alerta» en la guardia de los siglos lanza el Profeta Isaías y que en la plenitud de los tiempos será recogido en Evangelios y Cartas Apostólicas: *¿Quién creerá lo que nos oiga profetizar?* ¡tan absurdo parecía al juicio carnal de los hombres!

* * *

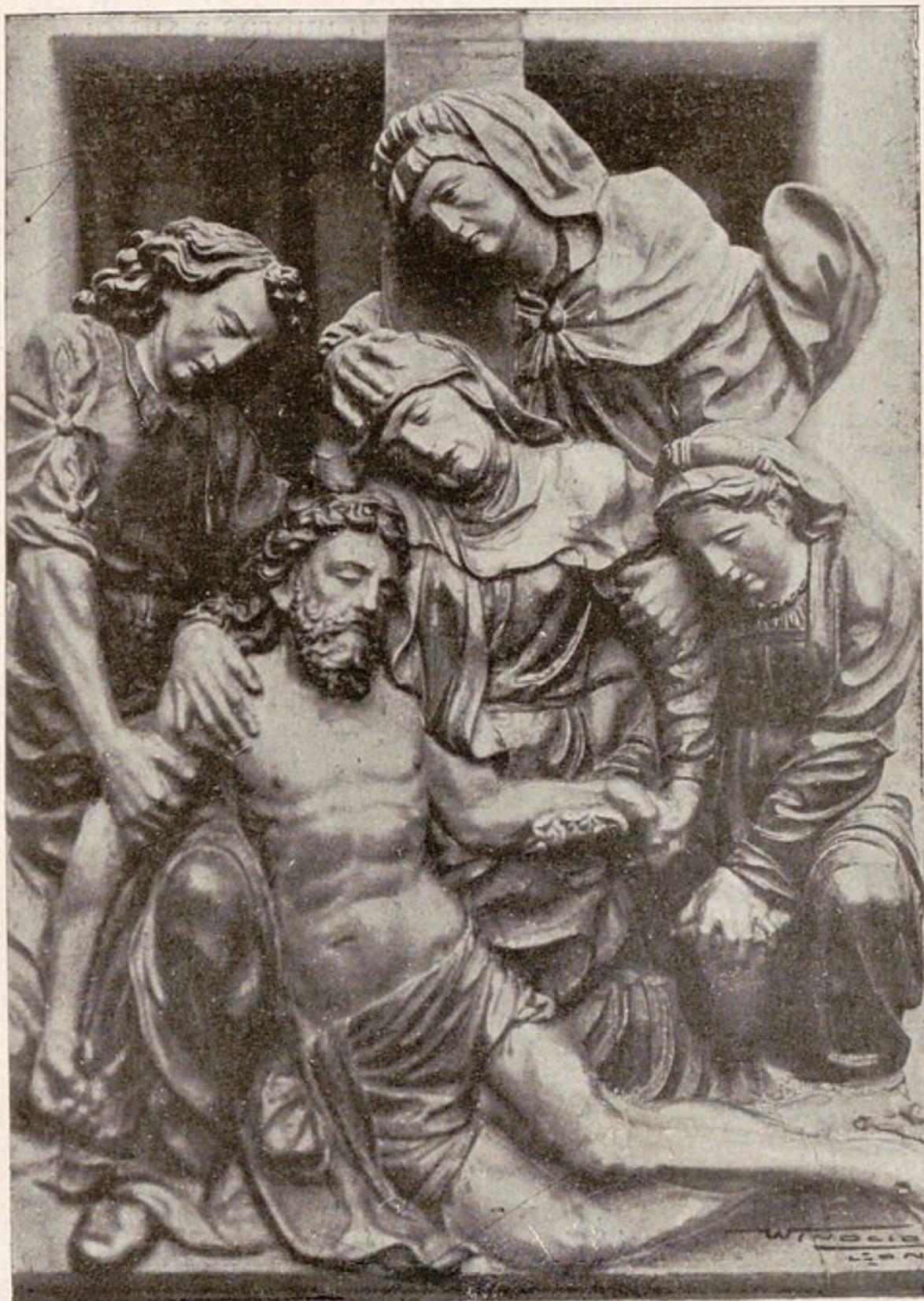
La hipertrofia de ofuscación nacionalista comenzó entonces y culminó en la época de Jesucristo entre los judíos para deformar el verdadero carácter del Mesías; su mansedumbre, humildad y sacrificio cruento no se compaginaban con aquella ficción de Mesías guerrero; el estrépito de los carros de combate con que se le figuraban avanzando sobre el patrio solar, triturando cráneos enemigos, no cuadraba en quien no *alzaría su voz, ni acabaría de quebrar la caña cascada*. (Isa. XLII-3).

Y contra esta pertinaz sordera viene a clamar el Enviado de Dios; después de bellísima pincelada en el v. 2, que presenta a Cristo como *débil ramito* delante del Señor *creciendo cual raíz que brota de tierra sedienta*, casi sin transición, con la rapidez de visión divina sin horizontes de tiempo, aparece el cuadro trágico de la Pasión; al que es *más bello que todos los hombres*, Isaías le ve en la noche del prendimiento y en el día de su muerte, *despojado de toda su hermosura* y aun de *aspecto humano*, hasta el punto de *no poderle conocer* (v. 2); al que recibe el *vasallaje de angélicas adoraciones* le *ve despreciado* ante el Sanedrín, ante Pilatos, ante Herodes; al que tiene *como posesión todos los confines de la tierra*, le contempla como *el postrero de los hombres* (v. 3) al ser pospuesto a un salteador, sedicioso y asesino; el que es la *delicia de los bienaventurados*, se le presenta como el *Varón de dolores y curtido en trabajos*, y por último el que es la *Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, en su rostro velado por las afrentas de la Pasión no encuentra *indicios para conocerle ni hacer aprecio de él*.

* * *

Pero aún más que los Evangelistas ahonda Isaías en las causas de esta lastimera tragedia; él pone sobre el mástil de la Cruz su eficaz y verdadera razón, más alta que el *Jesus Nazarenus, Rex Judeorum* que no fué sino providencial pretexto de Pilatos; escuchémosle: «Él (el Mesías Cristo) fué llagado *por nuestras iniquidades*, quebrantado *por nuestros pecados*: *Él cargó con nuestros dolores*; sobre *Él cayó el castigo para nuestra paz* (con Dios) y *con sus cardenales fuimos sanados*» (v. 5).

¡Luminosas profecías que recogidas y divulgadas en la versión griega de los *Setenta* hablaron al mundo gentil tres siglos antes del acontecimiento, que parece relatado por testigo ocular desde Getsemaní al Gólgota!



El Descendimiento. — Una de las magníficas tallas del retablo de la iglesia del Salvador, de la vetérrima Coyanza, que talló la gubia de Doncel (1545). — Derribada la iglesia del Salvador, donde se celebró el famoso Concilio, faro esplendente en medio del tenebroso siglo X, parte de las tallas, columnas y demás elementos decorativos del retablo fueron salvadas y recogidas, como despojos de un naufragio, en la parroquia de San Pedro, donde esparcidos, acá y allá, esperan una mano artista que las una en un todo armónico y piadoso. Son de estilo italiano clásico, con evidentes recuerdos de Juni, de buen aspecto, al que contribuye un estofado primoroso.

Y este mismo Paciente Divino aparece en medio del *universal rebaño de extraviados, tirando cada cual por un camino de perdición*, como buen Pastor que viene a cargar sobre sus hombros a sus ovejas, echando sobre sí las penas de sus iniquidades, las de cada uno de nosotros (v. 6) que llegaron a formar el insoportable peso de la Cruz.

Emocionante es la delicadeza con que la pluma del Profeta describe el modo de inmolarse la Víctima divina, no bajo el temor reverencial de Isaac ante la voz de su Padre Abraham, sino en oblación voluntaria: «*El se ofreció, porque Él mismo lo quiso*» y el eco de estas palabras le renovó Cristo en el Huerto al decir que si quisiera evitar su prendimiento *podía rogar al Padre, quien inmediatamente le facilitaría más de doce legiones de ángeles*. Se entregó de su propia voluntad: *¡quia Ipse voluit!* (v. 7).

El silencio de Jesús en medio de la deshecha borrasca de la Pasión llegó a sacudir la indiferencia fría de Pilatos, la bestialidad de Herodes; así lo recogieron los Evangelistas; pues ya la pluma de Isaías nos le diseñó «*como oveja llevada al matadero, y como cordero delante del que le trasquila; enmudecerá y no abrirá su boca*» (v. 7).

Y si la abrió en la Cruz, en la primera palabra de intercesión por sus perseguidores y verdugos, no se le ocultó este sublime rasgo de generosidad al Profeta que le presentó «*rogando por los transgresores*» (v. 12).

* * *

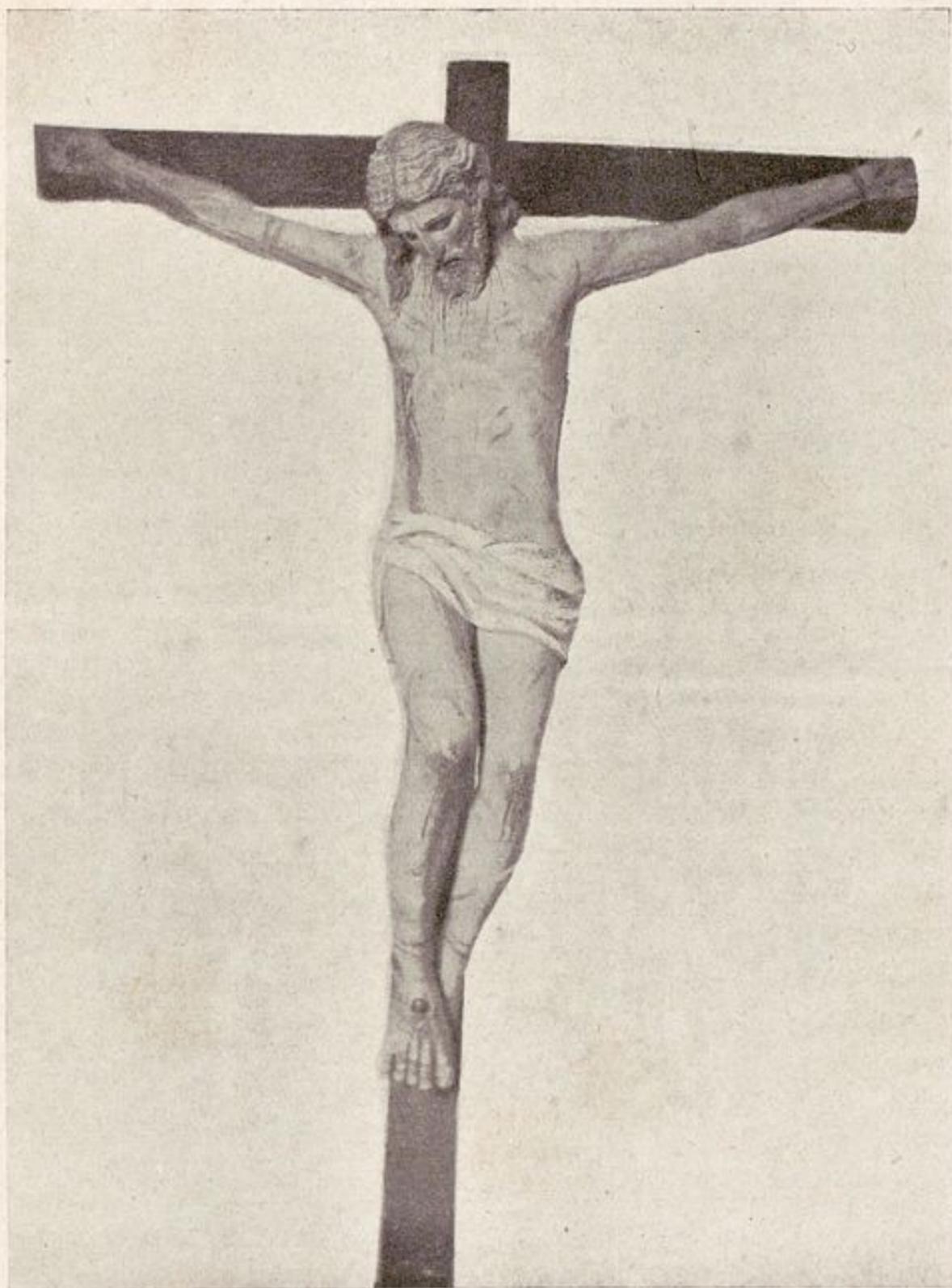
Pero el panorama que abarca en la Pasión de Cristo la vista de Isaías no es un campo de vencimiento y fracaso y aplastamiento bajo la losa del sepulcro, como creyeron la tarde del Viernes Santo los Sanedritas: cual en la alborada del tercer día después de la muerte resurge Cristo triunfador y el ángel del Señor remueve la losa del sepulcro y asentado sobre ella, mientras los guardias caen como muertos de terror, anuncia la victoria del Nazareno, así el Profeta desde el cuadro de aquel Hombre despreciado, el *último de los hombres, en quien desde la planta del pie a la coronilla no hay parte sana*, pasa su vista al mismo que *viene de Edon, teñidas sus vestiduras con regia púrpura de vencedor, hermoso, caminando en la plenitud de su fortaleza* (cp. 63, v. 1).

Y el mismo Mesías, victorioso en su Resurrección, entronizado en su Ascensión es el que por boca del Profeta se proclama *Verbo de Justicia, Mediador y Redentor para salvarnos* (cp. 63, v. 2).

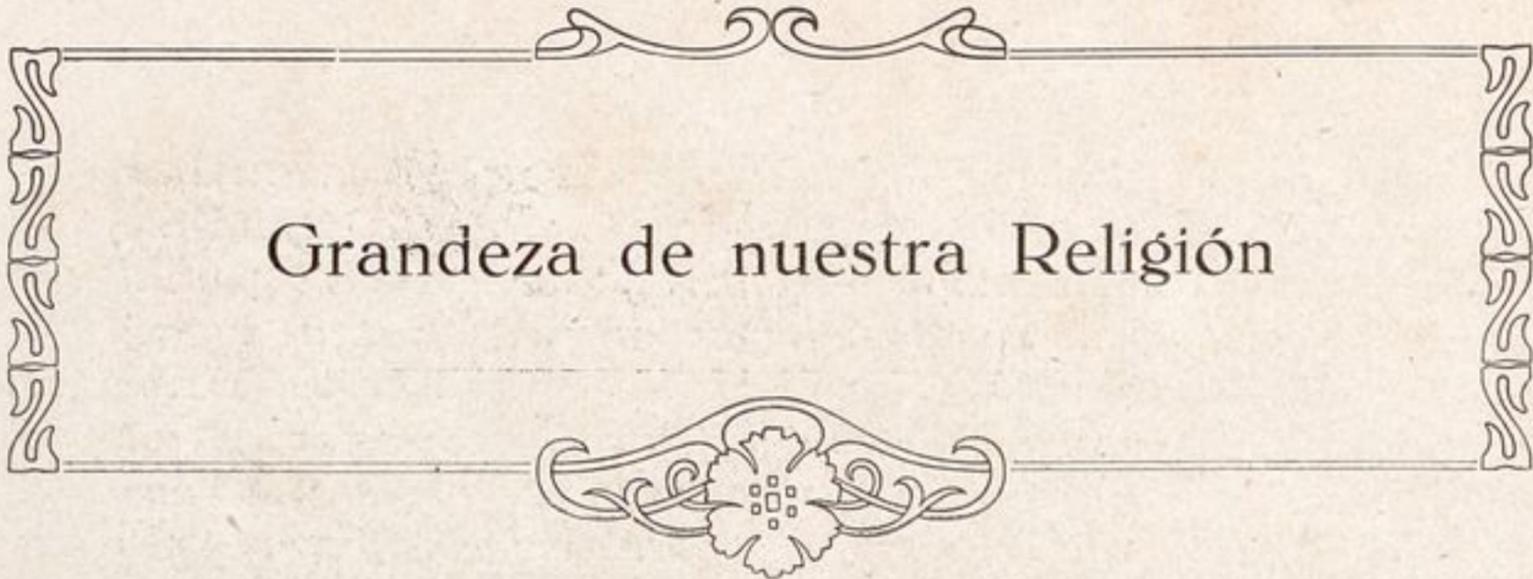
En este Proto-Evangelio de la Pasión de Cristo está ya la norma del espíritu con que hemos de celebrar estos santos días; las tristezas y lágrimas de la *Semana Mayor* sean semillas que fructificarán creciendo hasta la altura de *aquel Monte Santo* que nos muestra Isaías, y a ese monte de la Iglesia, aquí militante y siempre triunfante seremos exaltados con Cristo, pasando desde el Gólgota al rebosante río *de paz, que nos hará abundar en las delicias de su gloria* (cp. LXVI-11).

F. HERRANZ

Lectoral de Valladolid.



Medina de Río seco. Convento de Santa Clara. Crucifijo que coronaba el antiguo retablo mayor de Alonso de Rocas, discípulo de Gregorio Fernández.



Grandeza de nuestra Religión

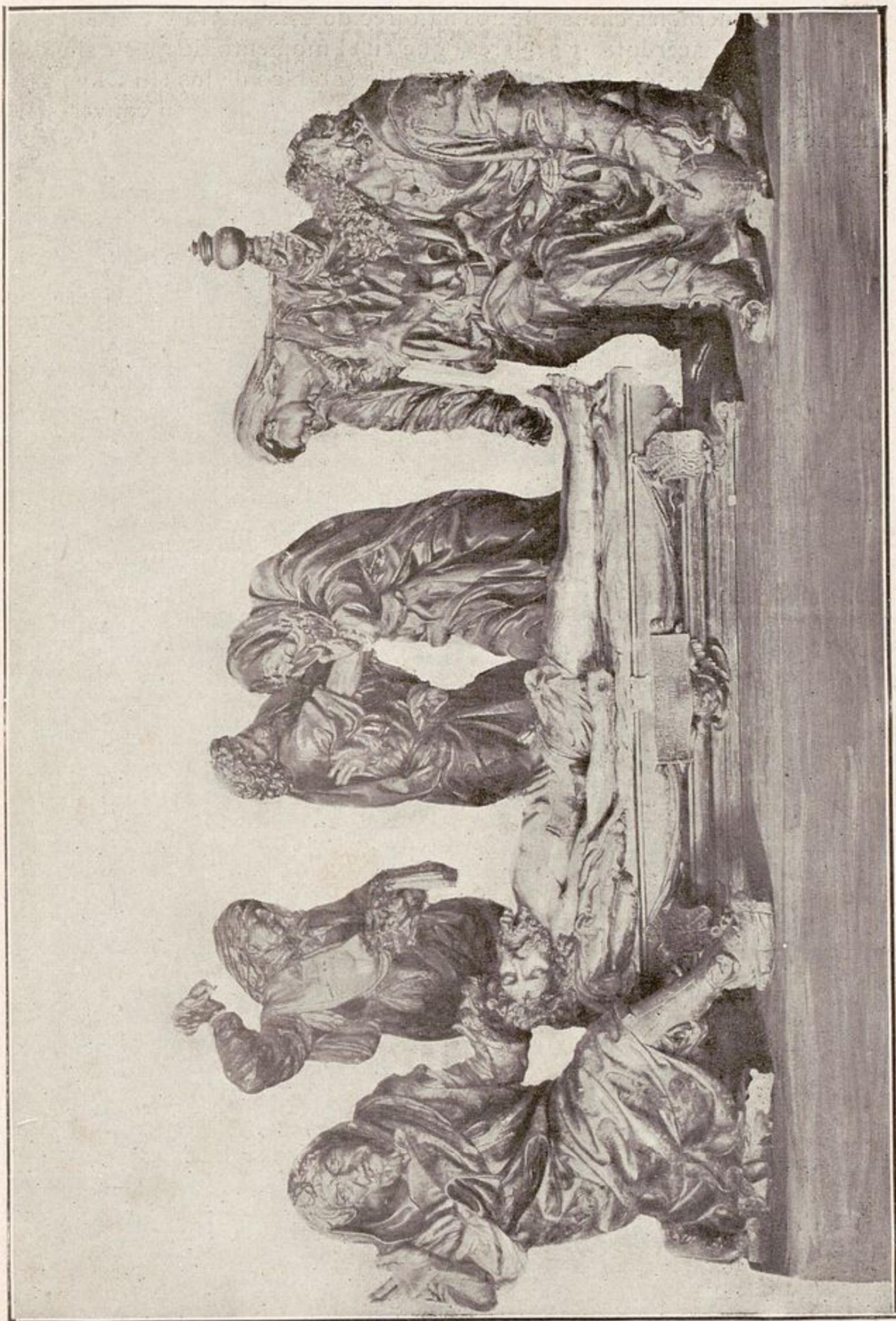
Estudiando serenamente la Historia de las Religiones para compararlas, resalta al primer golpe de vista la superioridad de la Católica sobre todas las demás.

Me fijaré tan sólo en dos de sus características que demuestran esa superioridad incontrastable.

Recordando en estos días de Semana Santa la crucifixión del Señor, cuando clavado en la cruz moría lentamente y con sufrimientos terribles para dar hasta la última gota de sangre por todos, dirigiéndose al Padre, Jesucristo pidió el perdón para sus verdugos y enemigos. Si no hubiera miles de pruebas de la divinidad de Cristo sería bastante con haber impuesto a los cristianos el perdón de las injurias, porque si toda creencia religiosa supone limitaciones a instintos naturales de los hombres, no hay norma que contrarie más las pasiones que el cumplimiento de este precepto, de una elevación y sublimidad incomparables. La venganza es instintiva en el hombre; esta reacción es natural en cualquier injuria o agresión, y de seguir estos impulsos, el hombre se ensañaría con su enemigo devolviéndole mal por mal, buscando la ocasión para cobrar la ofensa que se le hizo; y, sin embargo, por Ley de Dios tenemos que perdonar al que nos ofende, reprimiendo la ira y frenando la soberbia que nos es innata, e imitando a Jesús en la cumbre del Gólgota, perdonando al que nos ofendió para que nosotros seamos por Él ungidos por el divino bálsamo del perdón.

Y eso es porque en nuestra Religión todo es amor y todo lo que es contrario a éste, como el odio y la venganza, es proscrito y condenado por ser opuesto al amor de Dios; pues aunque se dice vulgarmente que la venganza es el placer de los dioses, la frase puede ser admirable en las religiones que prometen la creencia en varios dioses, que al ser varios son falsos.

Es nuestra Religión la del perdón y la del amor; eso es lo que significa el divino corazón de Jesús, que lacerado por las ofensas constantes de los hombres, se nos ofrece por su gran amor a las criaturas, imponiéndonos por su ejemplo que nosotros perdonemos por amor a Dios; que perdonesmos a nuestros deudores como Él nos perdona, devolviendo bien por mal,



El Entierro de Cristo, Juan de Juni — Esta obra esplendorosa fué el centro de un gran retablo asentado en cierta Capilla del Convento de San Francisco, de Valladolid — Esculturas pensadas para retablo, con punto de vista fijo, será difícil hallar cualquier creación análoga que supere a este grandioso y emocionante grupo, suma y compendio de perfecciones, de genialidad y de esplendidez.

que es el acto de mayor y más sublime grandeza espiritual. Sólo así se explican los innumerables casos que nos ha ofrecido esta guerra tan cruel, a la que Obispos, Sacerdotes y seculares, que en el momento de morir sin más delito que el ser católicos, víctimas del odio satánico de los sin Dios, bendijeron a sus verdugos y pidieron, no sólo su perdón, sino su conversión; hermoso ejemplo de caridad cristiana, de la que sólo son capaces los poseídos de una gran fe y de un alma limpia y pura, que no sólo desechan el rencor y la ira, sino que anhelan para los descarriados que obtengan por la misericordia divina el arrepentimiento de sus culpas y emprendan la nueva que les ha de conducir a la gloria eterna.

Pero si el Supremo Hacedor nos otorga su gran amor y nos concede el perdón, esto no impide que los hombres comparezcan ante Él para dar estrecha cuenta de su conducta en la tierra, ya que la creencia y la fe en nuestra religión han de ir acompañadas de las buenas obras. A cada uno dará Dios su merecido, sin que para él haya privilegios de clase y de castas; será, por tanto, Justicia absoluta, y he aquí otra nota o característica demostrativa de la grandeza del catolicismo, realzada más todavía si se tiene en cuenta que la doctrina de Cristo es favorable al pobre o desvalido y al menesteroso y más rígida para el rico y para el que en esta vida ha ocupado posiciones y cargos; por eso nuestra Religión bien puede llamarse de los pobres, para los que principalmente se ha impuesto la caridad en sus distintos aspectos, y por eso es incomprensible que en estos últimos tiempos grandes masas del proletariado hayan abandonado la Ley de Dios y hayan perseguido con saña satánica a los católicos; pues sólo por un envenenamiento del espíritu o por una aberración puede explicarse este absurdo fenómeno. Pidamos a Dios de todo corazón que ilumine la conciencia de estos extraviados para que, saliendo de su positivismo materialista, vuelvan al seno de la Iglesia y se conviertan en campeones esforzados de su doctrina.

CALIXTO VALVERDE

Ex Rector de la Universidad Vallisoletana.

Ojos bellos que me dais
dulce muerte con llamarme,
ojos que con no mirarme
dulce vida me quitáis.

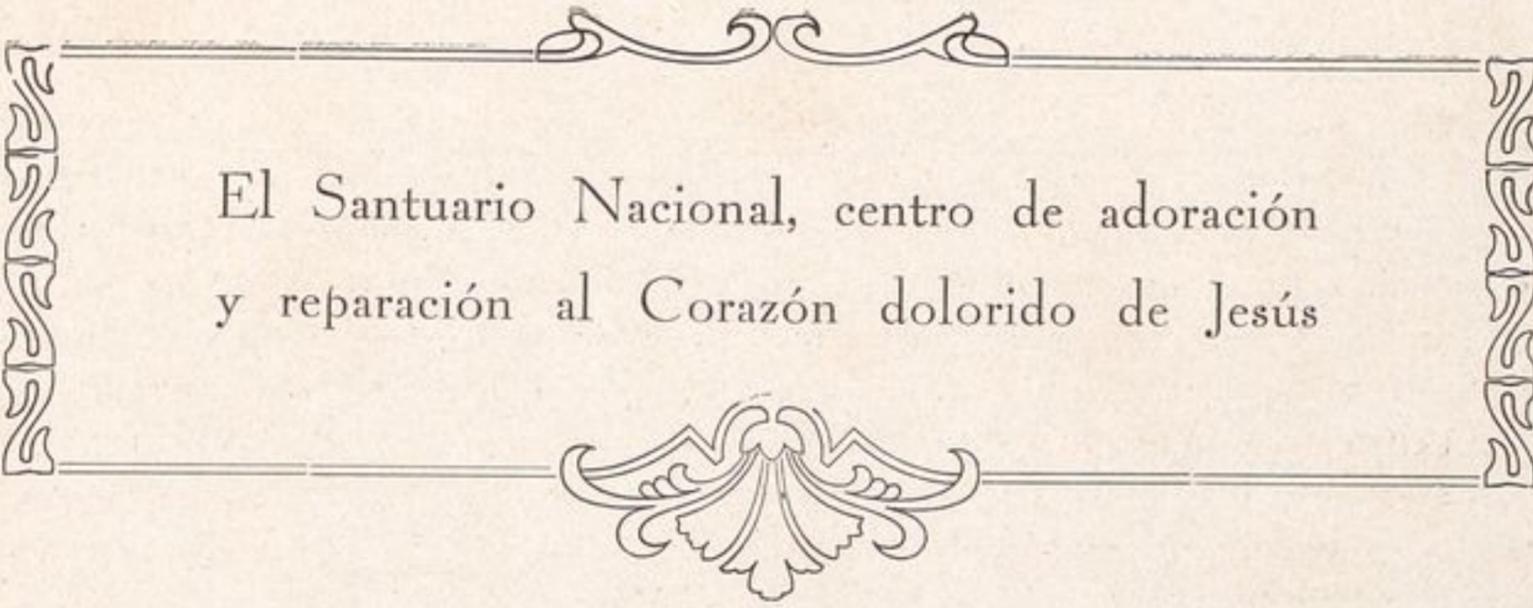
Vuestra bondad o rigor
siempre a morir me condena:

si no me miráis, de pena,
y si me miráis, de amor.

Mas, si tal es mi destino
que de todos modos muero,
morirme de amores quiero.

¡Miradme, Jesús divino!

R. REYES, s. J.



El Santuario Nacional, centro de adoración
y reparación al Corazón dolorido de Jesús

Todos los lugares de la tierra son aptos para recogerlos espiritualmente y tributar a Dios el culto y la adoración que le debemos. El Universo es un inmenso templo, donde Dios escucha nuestras súplicas y atiende nuestros ruegos. Así sabemos que Ezequiel dirigió a Dios su oración desde su lecho de dolor, Job en un estercolero, Daniel en la cueva de los leones, el Buen Ladrón en la cruz, San Pablo en la prisión. *Ubicumque simus, intra Deum sumus.* En cualquier lugar que estemos, nos encontramos siempre en Dios.

Pero hay lugares privilegiados, especialmente consagrados a Dios, donde la oración brota más poderosa, pujante, eficaz y es mejor oída: son los templos.

En los templos nuestra oración adquiere más fuerza y virtud, porque allí todo es sagrado, todo está dedicado a Dios y allí mora Cristo Jesús, real y corporalmente sacramentado por nosotros.

Mas... por encima de los templos están los santuarios. Los templos son elegidos por los hombres, los santuarios son elegidos por Dios. Los hombres pueden construir iglesias en distintos lugares, donde se realicen sublimes cultos de adoración, de reverencia, de amor a Dios y donde se celebre también el augusto sacrificio de la Santa Misa. Sólo Dios puede erigir un *Santuario* y vincular a él gracias

extraordinarias, favores especialísimos y virtudes maravillosas y secretas que atraigan hacia sí a todos los pueblos.

A veces ocurre que oramos fervorosamente en nuestras casas o en nuestros templos, pidiendo algún favor especial a Dios y no hemos sido escuchados. Hemos acudido a un santuario (al Pilar, a Santiago, al Santuario Nacional del S. C. de Jesús, en Valladolid, el segundo en el mundo dedicado al S. C.) y hemos sido favorecidos en nuestra petición. Es que Dios lo ha querido así para honrar aquellos lugares, objeto de su predilección divina.

El Santuario Nacional del S. C. de Jesús, en Valladolid, es la cuna de la devoción al Corazón Divino en España y el centro de donde irradian y donde convergen las efusiones amorosas de ese Corazón Divino.

Allí, Cristo Jesús descubrió al padre Bernardo de Hoyos los secretos de sus amarguras y de sus santas promesas y le manifestó su Corazón dolorido, llagado, cubierto de espinas, coronado por una cruz y demandando amor y reparación.

Veamos cómo nos lo refiere el angelical apóstol del Corazón Divino: «El día de la Ascensión, después de comulgar, tuve la misma visión referida del Corazón, aunque con la circunstancia de verle rodeado con la corona de espinas y una cruz en la extremidad de arriba. También vi la

herida por la cual parece se asomaban los espíritus más puros de aquella sangre que redimió al mundo». Este corazón estaba «todo abrasado de amor y condolido de lo poco que se le estima».

En otra ocasión le manifestó Cristo Jesús los terribles dolores de agonía que padeció su Corazón en Getsemaní y que le llenaron de la más profunda aflicción. Ante esta visión exclamó Bernardo: «¡Oh Corazón dulcísimo! ¿Quién podrá explicar las amarguras, congojas, tedios y atrocísimos tormentos que mi alma vió retratados en Vos?...»

¡Cuántos hechos extraordinarios y sobrenaturales se han obrado en San Ambrosio, de Valladolid, hoy Santuario Nacional! Nada hay de ilusión, ni de exageración piadosa en estas manifestaciones. Se trata de hechos plenamente comprobados y suficientemente demostrados con argumentos irrecusables. De aquí la veneración, el respeto y el amor que todos debemos sentir por el Santuario Nacional.

No es posible penetrar en él, movidos por los más puros sentimientos y despojados de todo afecto terreno, sin que sintamos en nuestro corazón las fuertes emociones de los misterios de nuestra Redención, sobre todo al contemplar a que el Corazón herido, rodeado de espinas y coronado por la cruz, como se le mostró Cristo Jesús al P. Hoyos y como antes lo había hecho también a Santa Margarita M.^a de Alacoque, diciéndola: «He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y de los cuales sólo recibe ingraticudes».

Y ¿qué dicen a nuestra alma esa cruz, esas espinas, esa herida, que contempló en el Corazón Divino, el P. Hoyos?

La cruz nos recuerda la inmensidad del amor que nos tiene Jesús y que le llevó hasta el sacrificio. No se puede amar sin sufrir y el sacrificio es la prueba más elocuente del amor. Por

eso Cristo Jesús, al entregarnos en estos tiempos su Corazón, como el último esfuerzo que hacía para salvarnos, nos le presenta con la cruz.

La Corona de espinas es el signo característico de Cristo Rey por el que nos recuerda de qué manera fundó su Reino y cómo fué coronado Rey de la Tierra, esto es, con su pasión dolorosísima y afrentosa en el Calvario, donde su trono es la cruz, su diadema las espinas, su púrpura la sangre y su corte los verdugos.

El Corazón herido es el gran don que Cristo Jesús hace a la humanidad y que nos predica constantemente la profundidad del amor que nos tiene, y la magnitud del beneficio con que quiere manifestárnoslo. Con el corazón herido nos comunica Cristo Jesús los méritos de su muerte y nos da también el precio del perdón. Por esa herida fluyen los dos principales elementos de que el Salvador se vale para continuar, por medio de la Iglesia, su obra redentora, *el agua* símbolo del sacramento del Bautismo y *la sangre* símbolo de la Sagrada Eucaristía.

Esto significan esos sagrados emblemas que rodean el Corazón Divino y que el P. Hoyos contempló con tanta emoción y recogimiento en lo que es hoy Santuario Nacional del Sagrado Corazón de Jesús.

Que pronto este *relicacario bendito* de las divinas promesas, *arca santa* que guarda entre sus muros aquella voz de auras celestiales del Rey Divino, sea el anhelado gran *Propiciatorio* de nuestra Patria, donde todos los españoles acudamos a ofrecer a Cristo Jesús cuanto de nosotros exige en la confesión pública de su realeza, en la defensa de sus sacratísimos derechos y en la proclamación completa, absoluta y efectiva de su Reinado en nuestra Patria.

DE LOS ANALES DEL SANTUARIO

FUNDACION "MOLA"

Como en las antiguas gestas. Un nombre: ¡Mola!

Como en las viejas Cruzadas. Un pueblo: ¡Navarra!

Como en los días esplendentes del Imperio. Una Fundación religiosa: ¡la que acaba de realizar la Excelentísima Señora Doña Consuelo Bascón Franco, Viuda del glorioso General Mola, espejo de damas cristianas.

Y como la Fundación era en sufragio perpetuo de un Artífice de la España Nueva Católica, de un Héroe Nacional y Representativo, Representativo y Nacional había de ser el Templo que se escogiera; no había duda en la elección: el Santuario Nacional del Sagrado Corazón de Jesús, donde el Rey Divino prometió reinar en España con más veneración que en el resto del orbe. Por ese reino de Cristo ofreció en holocausto su vida Mola, el Vice-Caudillo inmortal de esta sin par Cruzada. De él son estos testimonios

invictos, expresivos del espíritu y trascendencia del Movimiento Salvador, tomados del discurso grandilocuente,



de forma insuperable, que pronunció en «Radio Castilla» el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción, del primer Año Triunfal, en los albores rojigualdos de la Cruzada:

«Hemos de obtener una victoria decisiva y pronta por tres causas: porque nos asiste la razón, nos apoya el pueblo sano, NOS AYUDA EL QUE TODO LO PUEDE...

»Se nos pregunta del otro lado que adónde vamos. Es fácil y lo hemos repetido muchas veces. A imponer el orden; a dar pan y trabajo a todos los españoles y a hacer justicia, por igual..., y luego, sobre las ruinas que el Frente Popular deje —sangre, fango y lágrimas— edificar un Estado grande, fuerte, poderoso, que ha de tener por gallardo remate, allá en la altura, una Cruz de amplios brazos, señal de protección a todos, Cruz sacada de los escombros de la España que fué; pues es la CRUZ SÍMBOLO DE NUESTRA RELIGIÓN Y DE NUESTRA FE, LO ÚNICO QUE HA QUEDADO Y QUEDARÁ INTACTO EN ESTA VORÁGINE DE LOCURA, vorágine que intentaba teñir para siempre las aguas de nuestros ríos con el carmín glorioso de la valiente sangre española».

Así habló el Hombre providencial que supo encuadrar en visión certera, el ímpetu heroico de Navarra, el Héroe Nacional representativo, que murió abrasado en la santa hoguera patriótica que ardía dentro de su pecho de guerrero español, relicario de la fe y de la lealtad tradicional española.

Su cuerpo de gladiador, arrojado en el manto bicolor de la Enseña bendita de la Patria, descansa en los brazos de su tierra amada; pero en el Santuario Nacional Español se ofrecerá un Misa perpetua y brillará perennemente con fulgor de amor inextinguible una lámpara en sufragio del alma nobilísima del General simbólico de esta Cruzada, y, a su resplandor, las generaciones que en peregrinación nacional vayan desfilando por el Santuario, elevarán al Cielo el homenaje de gratitud cristiana y patriótica de una constante y férvida plegaria por el buen Hijo de España...

Parabienes sin fin a la Excelentísima señora doña Consuelo Bascón Franco, y a sus cristianos hijos doña Consuelo, doña Ángeles, don Emilio y doña María de los Dolores Mola Bascón, agrupados en torno de ella, por haber dado este ejemplo tan alto y tan español a la faz del mundo, propio de esta España, émula de la esplendorosa del Imperio.

Con palabras autorizadas —las del Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Valladolid, Dr. García y García, al aceptar y aprobar las cláusulas de la Fundación, presentadas en nombre de la excelsa Dama y sus buenísimos hijos, por mediación del dignísimo Abogado e Ingeniero Sr. D. Juan Antonio Bravo Díaz-Cañedo— vamos a cerrar con broche de oro y pedrería estas líneas, homenaje de nuestra gratitud cristiana:

«...Y no queremos dejar de significar Nuestra pastoral satisfacción por esta devota y ejemplar conducta de tan cristiana y benemérita familia, digna continuadora del preclaro nombre heredado del heroico General, Adalid de Cristo y de la Patria, y en cuya memoria y sufragio tan inspiradamente han elegido el Santuario Nacional como sede canónica de esa piadosa fundación, ya que los anhelos religiosos y patrióticos del invicto soldado al servicio de Cristo y de España tuvieron por fuente suprema de energía su fe religiosa y la esperanza en el Corazón divino para la liberación de la Iglesia y de España del ominoso yugo de los sin Dios y sin Patria, contra los que se levantó y a los que siempre arrolló en jornadas de instauración del reinado de Cristo en justicia y en paz dentro de los confines de nuestra Patria, y por cuyas proezas y sacrificios esperamos que el Rey supremo habrá ceñido los lauros del triunfo de la gloria eterna a quien tantos conquistó en los campos de batalla».

A. M. D. G.

¿Podría Vd. procurar
ENTRE SUS PARIENTES Y AMIGOS
ALGUNAS NUEVAS SUSCRIPCIONES
A NUESTRA REVISTA?

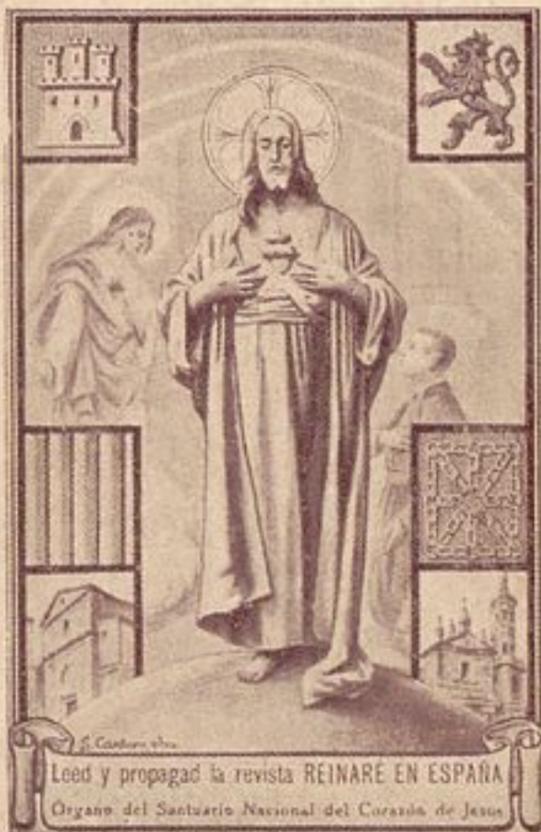
No deje de hacerlo. Propague cuanto pueda esta hermosa Obra religioso - patriótica, tan del agrado del Sagrado Corazón de Jesús, y que tantos beneficios ha de reportar a la Iglesia y a España.

Boletín de suscripción a la Revista "Reinaré en España"

D.
que vive en provincia
de calle de
número piso, se suscribe a la citada Revista.
En a de de 193.....

FIRMA

- NOTAS - 1.ª La firma y las señas de la dirección deben estar escritas en letra muy clara.
2.ª Los de Valladolid envíen este Boletín a nuestras oficinas: Palacio Arzobispal.
3.ª Los de fuera, corten este Boletín, inclúyanle en un sobre, pónganle un sello de dos céntimos y envíenle a la Administración de REINARÉ EN ESPAÑA: Palacio Arzobispal, Apartado núm. 2, Valladolid.
4.ª El precio de la suscripción es de cinco pesetas al año.



Leed y propagad la revista **REINARE EN ESPAÑA**
Organo del Santuario Nacional del Corazón de Jesús